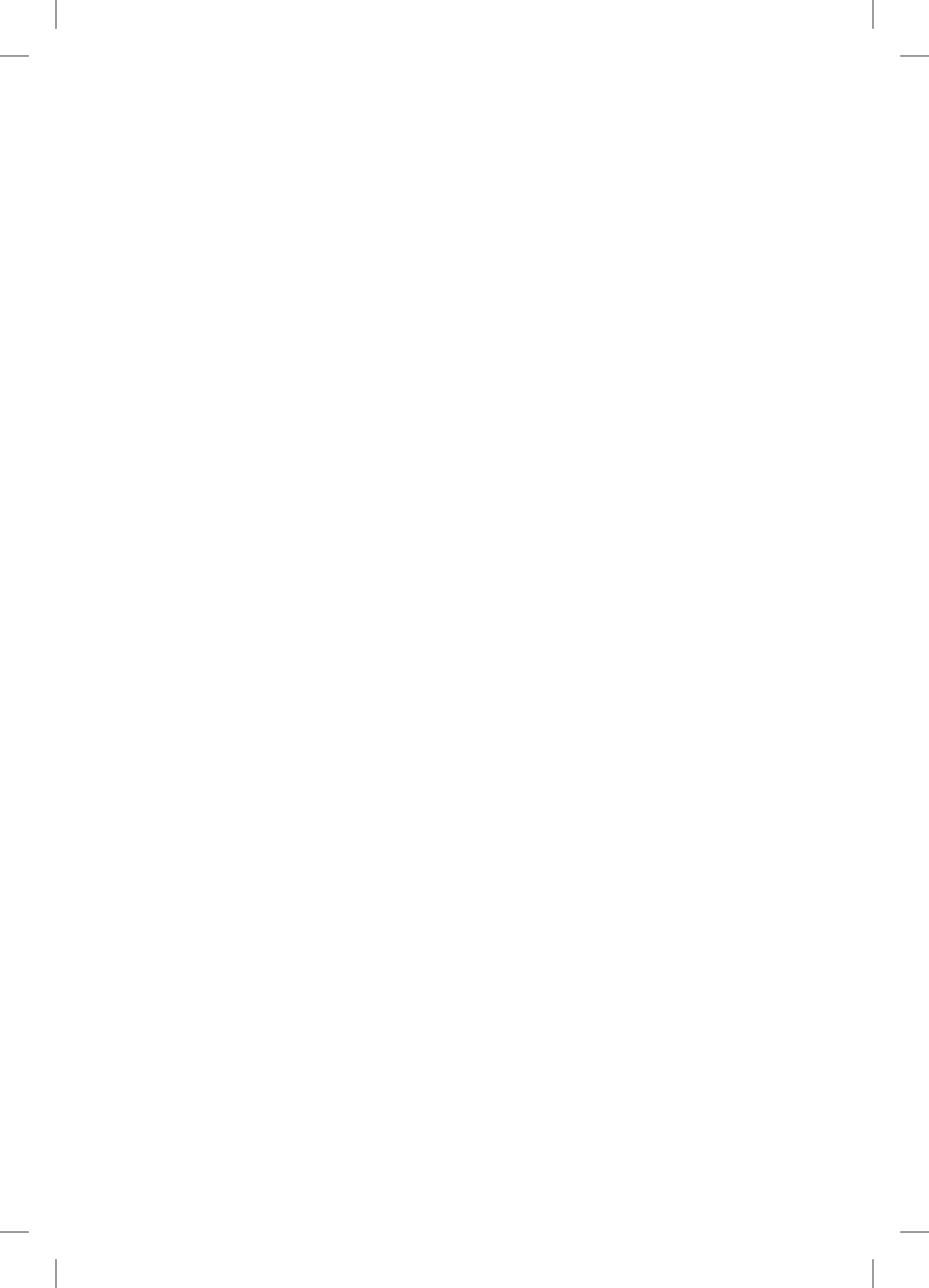


B. Benil D. e.





AMO LUEGO EXISTO
SIBILLA ALERAMO

B. Benit. D. e.

AMO LUEGO EXISTO
SIBILLA ALERAMO
Edición, traducción e introducción de **Valentina Zucchi**



BENILDE EDICIONES
2017
<http://www.benilde.org>
Sevilla-España

DISEÑO
Bane

IMAGEN DE PORTADA
Foto de Sibilla Aleramo de la "Fon-
dazione Gramsci"

ISBN 978-84-16390-31-1

©Fondazione Istituto Gramsci Roma
©Giangiacomo Feltrinelli Editore,
1950
First published as *Una donna* in
November 1950 by Giangiacomo
Feltrinelli Editore, Milan, Italy

Volumen 5.
Colección Benilde traducciones e Interculturalidad.
Directora Mercedes González de Sande

Comité Científico Internacional: Elena Jaime de Pablos, Universidad de Almería; Nikica Mihaljevic, (Universidad de Spalato, Croatia); Dolores Ramírez Almazán, (Universidad de Sevilla, España); Alejandra Moreno Álvarez, (Universidad de Oviedo, España); María Michaela Coppola, (Universidad de Trento, Italia); Rocío González Naranjo, (Universidad de Limoges, Francia); Margherita Orsino, (Universidad de Toulouse, Francia); Claudia Pazos Alonso, (Universidad de Oxford, Reino Unido); Michèle Ramond, (Universidad Paris VIII, Francia); Yolanda Morató Agrafojo, (Universidad de León, España); Milagros Ezquerro San José, (Universidad de París-Sorbonne, Francia); Roberto Trovato, (Universidad de Génova, Italia); Rocío Cobo Piñero, Universidad de Cádiz; Katjia Torres Calzada, (Universidad Pablo Olavide de Sevilla); Víctor Silva Echeto, (Universidad de Zaragoza); María Boujaddaine, (Universidad Abdelmalek Essaadi de Tetuán, Marruecos); María Jesús Lorenzo Modia, (Universidad de A Coruña, España).

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

**AMO LUEGO EXISTO
SIBILLA ALERAMO**

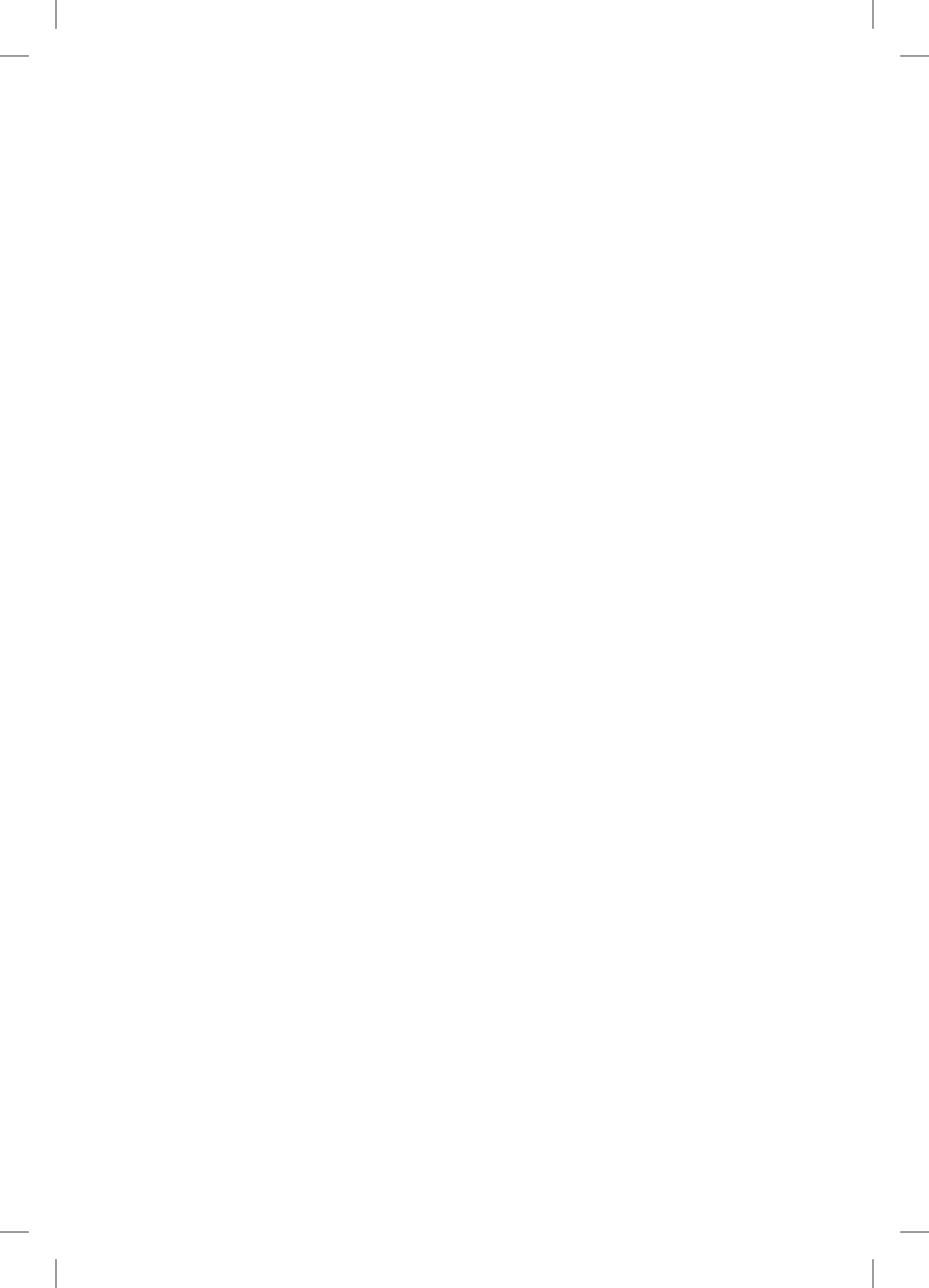
Valentina Zucchi



INTRODUCCIÓN DE VALENTINA ZUCCHI	13
FEMINISMO Y ESCRITURA	20
BIBLIOGRAFÍA	35
AMO LUEGO EXISTO	39
AGRADECIMIENTOS:	181



A mis hijos, Nicolás y Pascal, y a Daniel, mi compañero de vida



*«Todo son repugnancias cuando, olvidando el propio ser, uno se
comporta de manera indebida».*

*Sófocles
Filoctetes*



Introducción de Valentina Zucchi

Entre las mujeres italianas que escriben textos literarios en la Italia de comienzos del siglo XX, Sibilla Aleramo destaca desde el principio como una figura distinta al resto de escritoras de su época por su originalidad, su singular biografía y la naturaleza de su producción literaria.

Marta Felicina Faccio, *Rina*, verdadero nombre de la autora, nace en Alessandria, Piamonte, el 14 de agosto de 1876, y es la primera de cuatro hermanos. Su padre, Ambrogio, profesor de ciencia primero y propietario de una vidriería después, es una figura de referencia para Sibilla; hacia él siente un profundo sentimiento de aprecio y de amor devoto (Folli 2007: VII).

La madre, Ernesta Cottino, ama de casa, representa el ejemplo perfecto de la mujer en el contexto sociocultural de los primeros años del siglo XX; ocupada en criar a sus hijos, mujer devota, amante de la música y de la poesía, vivía entregada, como correspondía a aquella época, a las tareas domésticas, maternas y conyugales. Rina crece en un ambiente familiar convencional, sin conflictos ni preocupaciones aparentes, tanto desde el punto de vista económico como afectivo; y digo en apariencia porque, según se extrae de la lectura de *Una mujer* (1906), esa misma familia es en realidad un condensado de fuerzas comprimidas, oscuras y negativas que, inexorablemente, marcará los días de Rina, además de su formación espiritual y de pensamiento durante toda su vida.

Para conocer a Sibilla Aleramo, personaje complejo y capaz de suscitar controversia no solo en la opinión de los críticos y de los intelectuales, sino también en su círculo de amistades más o menos cercanas, nos encomendamos a su primera novela autobiográfica *Una mujer*, considerada desde el principio como la obra cumbre de la escritora, que gozó de un gran éxito tanto en Italia como en los países en los que se tradujo; llamó la atención por su tema: se trata, en efecto, de uno de los primeros libros feministas aparecidos en Italia que hablan de la condición de las mujeres. Esta novela relata la historia íntima y los sucesos perso-

nales más significativos que marcaron la vida de Rina —que aún no es Sibilla— y que la llevaron de manera inevitable a comenzar su revuelta personal hacia una nueva vida, hacia la libertad, respondiendo a la llamada de un feminismo experimentado en su propia piel.

El primer acontecimiento íntimo que condicionará la existencia de Rina y que se nos cuenta en *Una mujer* es la traición del padre hacia la madre, venerado hasta el momento por ella como si se tratase de una divinidad; este será el primer gran dolor que sufrirá Rina, seguido casi inmediatamente por el intento de suicidio de la madre, a la que la escritora definirá siempre como una figura débil, silenciosa, rendida, casi larval en su resignada aceptación de su condición de mujer, de esposa y de madre; la locura pronto le robará su aspecto humano y la despojará de todas sus facultades mentales. Solo deseará la muerte para poner fin a su incapacidad de luchar, de emerger de nuevo para sí misma y para sus hijos. Ernesta falleció en el manicomio de Macerata en 1917, donde había sido ingresada a causa de su enfermedad mental. Para Rina la relación con la madre representará para siempre un fracaso, una derrota, un amor tácito y castrado, constantemente contaminada por la rabia que la autora sintió siempre hacia este nefasto ejemplo pasivo y deprimente de feminidad frustrada que no supo erigirse como un modelo propositivo de mujer; de madre para su hija. Rina vivirá para siempre con el temor de parecerse a ella, de ser como la figura de la que ella misma renegó, de no conseguir romper la insidiosa cadena generacional que obliga a las mujeres a vivir, como si una ley superior lo impusiese, una vida hecha a imagen y semejanza de sus propias madres.

Rina se rebelará desde muy joven contra esta patética trama de comportamientos femeninos y todas sus fuerzas se concentrarán en la superación de este modelo, para inaugurar una nueva época para la mujer: una vuelta a nacer como persona autónoma, consciente y fuerte, siempre preparada para la lucha en un intento por defender sus propias ideas en el respecto más absoluto de sí misma.

Rina asistió a la escuela primaria en Milán; más adelante, interrumpió sus estudios pero su extraordinario amor por la li-

teratura hizo de ella una lectora infatigable y, a pesar de que su formación intelectual fuese absolutamente autodidacta (su cultura se construyó poco a poco), se nutrió de lecturas fundamentales para su recorrido como escritora; leyó y la influenciaron sobre todo Ibsen, Whitman, Goethe, Novalis, Keats, Shelley, Poe, Strindberg, Oscar Wilde y Nietzsche. *Il trionfo della morte*, de Gabriele D'Annunzio, la apasionó y la definió como «la revelación solitaria de lo que es un estilo» (Zancan 2000: 117). El poeta decadente será un fuerte modelo para ella, uno de los pocos hacia quien mirar, ya que Sibilla Aleramo no recorre de forma clásica la tradición literaria, no se nutre de fuentes sino que procede de modo aislado, atravesando los géneros literarios; ella misma dirá: «Yo no quiero en absoluto hacer arte, sino una obra sobre la verdad» (Zancan 1998: 186-187).

Su escritura contiene, por tanto, una misión: contar la verdad y dejar huella de sí misma, a fin de que las mujeres aprendan la lección y puedan sacar fuerza de sus palabras y empiecen a vivir siguiendo su propia ley interior.

Se delinea un nuevo retrato, el del poeta-vate de D'Annunzio, es decir, del poeta profeta que escribe para enseñar algo, para poner en escena una idea viviente que pueda cambiar el pensamiento del mundo y que guíe a la comunidad como un pastor a su rebaño.

La familia de Rina se trasladará en 1888 de Milán, ciudad en la que vive hasta sus doce años, a Porto Civitanova, pueblo costero en la región de Las Marcas, donde el marqués Sesto Ciccolini había ofrecido al padre la dirección de su empresa industrial. Fue el padre quien empujó a Rina a emplearse como contable en la vidriería. En Porto Civitanova se ambienta la historia de *Una mujer*; allí estudiará como autodidacta, al tiempo que trabaja en la vidriería del padre. Su adolescencia, narrada ampliamente en su novela, discurre de prisa, llena de acontecimientos que, en lugar de acompañar de forma armónica los que tendrían que ser los años más serenos en la vida de una jovencita, se presentan, en cambio, desde el principio, injustos y dramáticos, muy por encima de todo aguante para una Rina aún inexperta.

Ulderico Pierangeli, un joven dependiente que trabajaba para el padre, se convertirá en 1893 en el marido de Rina, después de haber abusado de ella en la propia vidriería. Fue este un matrimonio reparador impuesto por la familia cuando Rina tenía solo dieciséis años y medio. El tema de la violencia, que por lo general aparecía en los textos femeninos en forma de *topos* literario, en *Una mujer*, en cambio, llega a ser la confesión de una vivencia existencial desgarradora (Martínez Garrido 2009: 130).

La jovencita será víctima, inconscientemente, de un mecanismo de olvido de lo ocurrido, o, sin llegar a tanto, al menos de una visión edulcorada de este; esta terrible confusión mental le impedirá en un primer momento madurar una reflexión exacta de lo que ha vivido. La condición de esposa-niña, a pesar de su voluntad, recuerda a *Casa de muñecas* de Ibsen, escrita en 1879 y que Sibilla Aleramo amaba especialmente. Aquí nos encontramos de nuevo frente un personaje femenino aññado, Nora, que cría a sus hijos como si jugase con muñecas: una mamá *naif* que aún no ha crecido y a la que menosprecia un marido que se dirige a ella como si se tratase de una niña, infantilizándola con apelativos frívolos, como «alondra» o «ardilla». Una esposa-niña que vive entre los muros de su propia casa-mundo, ligera, aparentemente feliz y despreocupada, pero en realidad ya dispuesta a escuchar los presagios de la revuelta que está a punto de estallar en su interior.

En este caso estamos ante el clásico drama burgués que pone en escena un retrato de la sociedad de entonces, sereno y moderado, en el que la familia funciona a la perfección, apoyándose en sus reconfortantes normas, aceptadas y seguidas de forma ejemplar sin hacer ruido, sin conflictos, cuando, de repente, algo subvierte el orden prefijado y trastorna el equilibrio existente. La protagonista de *Casa de muñecas*, ahora desmoralizada y aplastada por aquel mundo de mentiras, pone de manifiesto de forma heroica una fuerte consciencia de sí misma, además de una temible lucidez que la llevarán a no aceptar jamás ninguna verdad sobre la que no haya antes reflexionado en solitario.

Rina, la esposa-niña, será madre con diecinueve años; en 1895 nacerá su hijo Walter tras un primer aborto; poco después,

en 1897, intentará suicidarse con láudano, como consecuencia de una fuerte depresión a la que no encuentra salida aparente.

En efecto, si en un primer momento la maternidad le hizo pensar que podría otorgar un sentido a su existencia, pronto se percatará de que ni siquiera la relación con su hijo le será suficiente para soportar la miseria de su vida.

Rina, ya consciente de su delicadísimo estado existencial, impulsará su lento y fatigoso viaje hacia la luz que, después de infinitas y desgarradoras cavilaciones y crisis profundas, se materializará en 1902. Con veintiséis años abandonará a su marido y al pequeño hijo de siete para empezar una nueva vida que se solapa con la escritura de *Una mujer*.

La obra coincide exactamente con el nacimiento de la «nueva» mujer, de un individuo humano¹; atrás queda definitivamente Rina Pierangeli Faccio, ya muerta y sepultada, para dar paso a Sibilla Aleramo.

Abandona para siempre Porto Civitanova, para trasladarse a Roma, ciudad en la que la escritora vivirá hasta su muerte. Aunque su larga vida trascurrió en la capital, Sibilla fue una viajera incansable; siempre necesitó estar junto a sus amigos y sus amantes en distintos lugares, a menudo durante estancias prolongadas, yendo y estando, maleta en la mano y un fajo de papeles en su regazo. Entre 1911 y 1913, vivió principalmente entre Milán y Florencia, y en París, sobre todo en los años veinte, tras la publicación de su segundo libro: *Il passaggio* (1919) —definido por Clemente Rébora como «un Apocalipsis del amor», y muy apreciado en tierra francesa— y de *Andando e stando* (1921).

Su dramática e intensa vida se apagó el 13 de enero de 1960 en Roma, después de una larga enfermedad. Tenía ochenta y cuatro años.

Una mujer se tradujo a muchísimos idiomas y fue un gran éxito de público aunque, ante este libro tan atrevido, algunos intelectuales que formaban parte del círculo de Sibilla Aleramo, ya desde su primera publicación, se dividieron en dos: los que pensaban que se trataba de un ejemplo de verdadera escritura de

¹ Cfr. M. Zambrano, *Persona y democracia*, Anthropos, Barcelona, 1988, p.20.

mujer y, por tanto, digno de la más sincera consideración, y además, que los temas tratados en la novela eran un testimonio muy importante de una vida ejemplar y por ello merecedora de ser escuchada; y otros que, en cambio, sostenían que, desde el punto de vista literario, esta obra pecaba de un ostentado narcisismo por parte de Sibilla Aleramo, que tuvo la presunción de querer transformar sus asuntos privados en escritura y de ahí en arte.

Esta acusación, ante la que Sibilla sintió el deber de defenderse, también le vino de Ersilia Majno, amiga suya y figura importante del feminismo italiano².

Las palabras de Ersilia renegaban de las elecciones de vida (el amor), de hablar públicamente de sí misma (la escritura) y de la ejemplaridad del modelo de mujer «nueva» propuesto por Aleramo (Zancan 2000: 108); Ersilia, en definitiva, criticaba duramente el hecho de que la escritora presentara, públicamente y sin ningún escrúpulo, una biografía de vida extrema que ponía en escena un personaje al límite del escándalo, del que Sibilla era artífice y víctima al mismo tiempo. A estas acusaciones se unían además las prohibiciones impuestas por el crítico literario Giovanni Cena, compañero sentimental de Sibilla durante los años de escritura del libro, cuyos celos probablemente le impedían darle la libertad necesaria a la hora de contar en *Una mujer* su amor hacia el poeta Felice Damiani, al que la autora amaba justo cuando decide huir de Porto Civitanova.

Fue precisamente Cena quien vistió a la escritora con su nuevo nombre: Sibilla. Esta sugerencia procede del mito de la Sibilla, la virgen profética inspirada por la divinidad, y Aleramo lo elige la propia autora en homenaje a un poema de Giosuè Carducci *Piamonte*, (1890), «L'esultante di castella e vigne suol d'Aleramo».

El enfrentamiento con Ersilia y con Cena alienta, pues, a Sibilla a poner de relieve la radical unicidad de su recorrido: un

² Ersilia Majno fue un personaje importante del movimiento feminista italiano de los primeros años del Novecento. Sobre la correspondencia entre Ersilia y Sibilla habla M. Zancan a través de A. Buttafuoco, que publicó todas las cartas de forma integral, *Ersilia y Sibilla, o la responsabilità dell'eccezionale*, en «Quaderni dell'Associazione Culturale Livia Laverani Donini», II (1986), 3, pp. 51-63, y retomadas y comentadas en *Vite esemplari. Donne nuove di primo Novecento*, en, *Soelamento. Sibilla Aleramo: una biografia intellettuale*, de A. Buttafuoco y M. Zancan (ed.), Milán, 1988, pp. 139-63.

itinerario solitario para renacer a través de la escritura. Pese a las censuras y a los cambios realizados en el texto, en un primer momento las editoriales no quisieron publicarlo.

Se propuso la publicación de la novela a la editorial Treves que no la publicó porque la encontraba aburrida y la rechazó; más adelante se envió el manuscrito a Baldini y Castoldi que amablemente declinó también la propuesta de una posible publicación. Finalmente fue Roux quien decidió publicarla, después de las numerosas e ininterrumpidas intervenciones de revisión y reelaboración de Sibilla del texto.

Una mujer, publicada en Italia en 1906, se tradujo a varios idiomas, pero limitándonos al panorama español, quiero hacer referencia solamente a las traducciones de esta obra presentes en España.

La primera traducción en lengua castellana de *Una mujer* es la de José Prat y se remonta a 1907 y fue publicada por la editorial F. Sampere y Compañía de Valencia. Una segunda traducción es la de 1976, publicada por la editorial Galba de Barcelona. Luego, mucho más adelante, concretamente en 1990, será Mercedes de Corral quien traduzca esta obra para la editorial Circe de Barcelona. Esta traducción se hizo a partir del texto original de *Una mujer*, publicado en la primera edición en la Universale Economica de Feltrinelli en 1950.

Esta misma obra fue traducida también al catalán por Alba Dedeu (2013), con el título *Una dona*, para una editorial de Martorell pequeña e independiente, Adesiara.

Existe también otra obra de Sibilla traducida solamente en lengua catalana; se trata de la correspondencia entre Sibilla Aleramo y el poeta Dino Campana: *Un viaggio chiamato amore. Lettere 1916-1918*, publicada por primera vez en Italia en 1958, dos años antes de la muerte de la escritora. Carme Arenas Noguera tradujo en 2012, para la editorial Leonard Muntaner de Palma de Mallorca, esta novela epistolar bajo el título de *Cartes (1916-1918)*.

Si *Una mujer* es un texto fundamental por la dramática historia que cuenta, la de una mujer cuya vida fue excepcional, *Amo luego existo* es una obra muy significativa para entender el universo poético de la escritora. De ahí que asombre bastante

que este texto, que la editorial Feltrinelli acaba de volver a editar (2016), cayera en el olvido para la crítica, a diferencia de los mencionados anteriormente. De hecho, este diario epistolar, durante años, no gozó de una mirada atenta por parte de dicha crítica que, probablemente, y con una cierta superficialidad, lo interpretó como el enésimo texto en el que la autora no es capaz de dejar de hablar, una vez más, de sí misma. Casi se podría decir que *Amo luego existo* ha sido, hasta ahora, un texto abandonado, en medio de la tan numerosa producción autobiográfica de Sibilla Aleramo.

FEMINISMO Y ESCRITURA

Sibilla Aleramo fue la primera mujer italiana que empezó la gran revolución feminista³(González 2009: 292); en cierta forma fue la pionera de las escritoras italianas del siglo XX en tratar el tema de la mujer italiana; puede ser considerada como una feminista *ante litteram*, en el sentido de que fue la primera escritora que en la Italia de aquel entonces tuvo el valor de no conformarse con toda una serie de principios que regentaba el universo humano y social de las mujeres, rebelándose con gran perseverancia, en un intento por mejorar las condiciones del mundo femenino.

Su feminismo, ni teórico ni de acción, es una actitud moral instintiva, un pensamiento personal aislado que nunca se alineó con movimientos organizados; fue ante todo la obediencia a un imperativo interior que no podía no escuchar.

Sibilla Aleramo nunca encabezó ningún movimiento, no debatió sobre el tema, sencillamente puso en práctica su feminismo de forma autónoma y solitaria, a través de una continua y difícil lucha personal que la ocupó durante toda su vida, en un esfuerzo por cambiar su existencia y, con ella, la de muchas otras mujeres que compartían sus mismas inquietudes, además de su forma de pensar, y que tal vez podían aprender de ella como ejemplo de voluntad de quien intenta crearse una nueva vida,

3 Cfr. I. González, *La revolucionaria e insumisa Sibilla Aleramo: Il passaggio*, en E. González de Sande y A. Cruzado Rodríguez, *Las revolucionarias. Literatura e insuñión femenina*, Arcibel Editores, Sevilla, 2009, p. 291-302.

conociendo desde el principio y con gran claridad las dificultades económicas que sufriría (precio inevitable que hay que pagar como resultado de la anhelada libertad) y los inmensos desasosiegos que la afligirían en su profunda e infinita soledad existencial. Sibilla, inicialmente, participó en el movimiento feminista. Se dedicó a una de las principales actividades de la sección romana: la fundación de escuelas nocturnas femeninas y para campesinos y campesinas de las que se hizo promotora. Formó parte también del Comité para la Instrucción de las Poblaciones en el Sur de Italia, constituido después del terremoto de 1908.

Aun así, poco después se alejó del movimiento feminista, juzgándolo probablemente como una breve aventura, heroica al principio, grotesca al final. Ahora se trataba, según su punto de vista, de reivindicar y expresar la diversidad femenina (Folli 2007: XIII).

Sibilla Aleramo empezó a escribir *Una mujer*, su obra más importante, en 1902. Esta novela, como ya dije anteriormente, a pesar de haber sido criticada por algunos personajes que formaban parte del círculo privado de Sibilla Aleramo, en realidad obtuvo de inmediato aquella notoriedad que probablemente ni la propia escritora había imaginado; de hecho, no solamente el público, especialmente femenino, sino también la crítica, tanto italiana como de los países en los que se tradujo, la acogieron con gran clamor.

Una mujer se interpreta desde el principio como el manifiesto del feminismo italiano; un feminismo moderno en el que se derriba de forma imperiosa, como nunca había hecho ninguna escritora italiana antes que ella, el modelo de maternidad que existía entonces. Estamos ante un texto que tiene el gran mérito de rebelarse con toda la voz de la que dispone la autora contra una idea de maternidad entristecida por todos los falsos valores que la han sostenido hasta aquel momento: el sacrificio, la inmolación y el martirologio de ser madre. Sibilla Aleramo destruye con tenacidad el antiguo modelo de maternidad impuesto por la cultura de la que proviene y en la que vive, proponiendo uno nuevo totalmente distinto al que ella ha vivido como hija y que seguirá hasta el final de sus días, con inmenso esfuerzo pero a la

vez con una coherencia asombrosa que emociona y sacude, tan grandes son la determinación y la fuerza que lo alimentan.

Al criticar el antiguo modelo de maternidad, alejándose para siempre de él, Sibilla quiere ser una madre-mujer distinta, reinventada, reconstruida; entendiendo por madre la sustancia más íntima de ser mujer; su necesidad más natural, su condición más primitiva.

El concepto de madre y de mujer en Sibilla se funden de forma indisoluble; la madre jamás podría anular a la mujer y tampoco la mujer sería capaz de eliminar su esencia, es decir, la madre.

Aun así, y aunque pueda parecer una contradicción en términos, Sibilla, para lograr abatir el modelo de madre que se le enseñó y poder por tanto vivir otro, tiene que empezar desde cero; desde sí misma, desde su ser mujer, derrumbando muchos clichés y herencias culturales que le impedirían renovarse en ambos planos. Si no se construye una nueva mujer con una nueva identidad y con nuevos modelos o mitos a los que mirar no puede existir la nueva madre, la que prodigiosamente podrá enseñar a sus propios hijos algo bueno.

Una mujer, con un estilo narrativo afilado a la vez que poético y vibrante, habla de la soledad existencial de quien se lanza al viaje hacia la libertad y refleja cómo la escritura es el instrumento para renacer y transformarse en un nuevo sujeto social, después de haber alcanzado la libertad como individuo humano.

El modelo que Sibilla tiene en la cabeza, al principio de su recorrido como escritora, es la novela de formación, el *Bildungsroman*, el único capaz de transformar, lentamente, a la protagonista en heroína.

Es la escritura, así como ella la entiende, la que sella el nacimiento de la «nueva» mujer; la Sibilla que veremos más adelante moverse en espacios distintos a los de su pasado en Porto Civitanova; la Sibilla atenta a los ambientes intelectuales y mundanos de la Roma de los primeros años del siglo XX, ocupada en sus amores, siempre apasionados y nuevos; la Sibilla escritora y la Sibilla persona, amante universal que tiende hacia la espiritualidad del infinito de las cosas.

En *Una mujer* la palabra poética, que se enlaza con la palabra de mujer, en tanto en cuanto es capaz de traducir en arte el ritmo interior de sus pensamientos, en realidad es la lengua del sueño, la más adherente al sueño de armónica totalidad custodiado por las mujeres, la más adecuada para representar en ello la imagen fantástica de sí misma (Zancan 2000: 138).

La escritura se transforma en el instrumento de acceso al verdadero mundo de la escritora, el privado y el emotivo; la unión y la fusión con su yo más verdadero, y finalmente el testimonio que queda para lanzar un mensaje de salvación, para llevar adelante una denuncia social, para cantar la verdad.

Con *Una mujer* conocemos su biografía; asistimos a su terrible historia personal, densa de fatigas y angustias; sabemos los motivos que la han empujado al abandono del nido conyugal y de su hijo, después de un recorrido de formación que la enfrenta a una apuesta muy valiente consigo misma para llegar a ser lo que ella quiere: una persona libre, es decir, consciente de su firme voluntad de renacer a una nueva vida con y por medio de la escritura.

Pero existe algo que *Una mujer* no refleja y que, en cambio, *Amo luego existo* expresa de forma perfecta como ningún otro libro suyo consigue hacer; me refiero al anhelo de Sibilla hacia la búsqueda del amor universal. Este será su intento moral privado, su imperativo absoluto, su ley interior, la *loi du coeur* de Blaise Pascal.

Amo luego existo es el instrumento perfecto que el lector tiene a su alcance para ahondar en el misterio de los sentimientos más íntimos de Sibilla Aleramo, que permite establecer una relación con un universo poético que trasciende lo tangible de los acontecimientos narrados hasta llegar a tocar las más altas esferas de las percepciones espirituales de su alma.

Sibilla escribirá en 1911: «El lenguaje humano es uno. [...] Pero tal vez las leyes secretas del ritmo tienen un sexo» (Aleramo 1997: 86).

La autora, respecto a la escritura de *Una mujer*, en *Amo luego existo*, crea una nueva poética, *al femminile*⁴; mientras el primero legitimaba el nacer de Sibilla a la literatura, el segundo hace vivir la palabra poética, la palabra de mujer. En *Amo luego existo*, de hecho, la prosa es mucho más lírica y está absolutamente concentrada en expresar la desbordante sensibilidad femenina de la escritora a través de un lenguaje sugerente en su armonía y liviandad. La sensualidad de la palabra define la que ahora es una refinada prosa poética que se corresponde perfectamente con la expresión más íntima de sus pensamientos de mujer.

Las cartas, género de escritura típicamente femenino, consiguen en *Amo luego existo*, aún más que una prosa narrativa, desvelar un alma y narrar, siguiendo el movimiento espontáneo de los sentimientos y de los pensamientos, la existencia más privada de Sibilla hasta llegar a ser el verdadero testimonio de su vida; un diario sincero y apasionado que cuenta, a modo flujo de conciencia, cómo el tiempo escanda sus días; una mañana transcurrida de modo sereno o atormentado, a la que después sigue una tarde atareada o una noche agitada en los meandros de sus propios «laberintos» mentales, o deleitada por un encuentro o extasiada por la ternura de algunas reminiscencias amorosas.

Sibilla escribe *Amo luego existo* entre 1924 y 1926, y se publica en 1927. Se trata de una novela epistolar autobiográfica que contiene cuarenta y tres cartas escritas y jamás enviadas a su amor lejano, Luciano.

Él partió, solo, para vivir una experiencia iniciática en un lugar no muy bien definido cerca del mar, en un acantilado desierto, donde sabemos que había una torre, pero del que no conocemos sus coordenadas geográficas. Luciano se fue allí para poner en práctica los ritos iniciáticos del cenáculo de los *Magi*, del que formaba parte como discípulo de Julius Evola, presente en el libro bajo el *alter ego* de Bruno Tellegra, con quien la escritora mantuvo una intensa relación sentimental que luego terminó, como le pasará con otras muchas, de una forma muy dolorosa.

⁴ Es una escritura de mujer que habla del universo femenino y en la que, tanto el contenido como el lenguaje con el que este se expresa, son totalmente femeninos. Esta poética, por encima de todo, refleja la sensibilidad de la nueva mujer.

Luciano, continuamente nombrado, invocado, deseado en esta obra, es el *alter ego* tras el que Sibilla esconde a su personaje más importante: Giulio Parise, el destinatario de este libro, que no es fruto de su ficción literaria, como siempre sucede con los personajes que Sibilla pone en escena. Vemos de nuevo como en Sibilla, escritura y biografía coinciden en un sinfín de fusiones e identificaciones que están en la base del binomio de la vida con el arte.

Los *alter ego* que Sibilla emplea para hablar de las personas con las que se encuentra en la vida, y que luego traslada a sus páginas, evidencian el sentido de su escritura; no le interesa crear personajes interesantes, escribir el gran libro, no quiere hacer tan solo arte sino componer parte por parte el cristal en el que mirarse, reencontrarse, comprenderse; los nombres no le importan, lo único que cuenta es la necesidad de escribir para hablar de sí misma, para reconocerse, para no perderse; su escritura se concentra constantemente en el descubrimiento de su ser y de su verdad.

Lo importante no es nombrar sino mostrar las cosas: «¡Un hilo de canto, un hilo de canto que me hable de esencias sin nombres, solo de esencias, sin explicación!» (Aleramo 1985: 61).

Con *Amo luego existo* estamos ante un texto que arrastra un río de memorias, de recuerdos, de reflexiones privadas transportadas en un plan literario, por medio de una composición narrativa que se construye alrededor de numerosas cartas.

En esta obra, la poética *al femminile* de Aleramo toca tanto los contenidos como el estilo con el que se expresan esos contenidos, uniéndolos en un bloque inseparable en el que la lengua literaria, es decir, su arte, está al servicio del contenido, de su vida, y viceversa. De esa manera se crea un mundo poético coherente, homogéneo, amalgamado, que se nutre de temáticas personales que definen su imaginario privado y artístico.

Esta escritura vuelve a reflejar del mismo modo su vida ejemplar: extraordinaria, especial y única, totalmente aislada en su tiempo histórico y afligida en las soledades de su espíritu. De hecho, su voz aparece como un grito solitario que rompe el silencio del mundo en el que vive; Sibilla parece flotar en aguas ator-

mentadas que sacuden su alborotado corazón, siempre ocupado en sufrir, esperar, amar y buscar de forma incesante el amor en cada cosa y en perseguir reconocimientos que alivien sus penas.

Esta alma que vaga en libertad, nacida señora y guerrera, enfrascada en el tumulto de pasiones opuestas que la ven recorrer locamente los senderos de sus propios laberintos interiores, en realidad se siente invadida, en las profundidades de sus aguas, por una tremenda sensación de paz; sus miembros son tibios, la fuerza de sus acciones y de la justicia de la lógica que las ha impulsado, la sostiene, la mantiene en pie y la hace vivir con gran dignidad, a pesar de las continuas ayudas que tendrá que recibir durante toda su vida, tanto morales como económicas.

Sibilla se desliza entre los pliegues del amor, de la locura, de la desesperación; nos habla de la amistad, de la maternidad, de la lucha por la libertad para poder ser un nuevo sujeto social; de su pobre y eterno vagabundeo, de una relación mística con las cosas en su afán por alcanzar el amor infinito, no solo de un hombre sino proyectado al invisible que nos rodea, a la naturaleza observada y vivida con intensa participación en todas sus manifestaciones.

Sibilla, también en su vida, hablaba siempre de sus amores: «El amor, el sentimiento del amor es invencible en mí, como lo es la fe en el alma del creyente» (Conti 2004: 19).

Aquí la autora cambia el concepto de fe; no estamos delante de una creyente, Dios no está, no se trata de fe religiosa sino de fe en el amor, vivido como única salvación personal, como clave de la existencia, como fundamento ontológico, como único camino para sobrevivir, que se alimenta y crece cada día un poco más.

Sibilla se posiciona en una perspectiva de pensamiento posmoderno; estamos lejos de la línea de pensamiento racional relacionado con el logos, hecho de silogismos y de apuestas. El amor vence a la razón y se convierte para la escritora en un medio muy poderoso para entender el mundo y conocerse a sí misma a través del constante filtro de la emoción, de la intuición. Todo es amor, el amor está por todas partes, el amor es su fe y su paz, incluso en la condena y en el tormento. El amor es para

Sibilla una categoría irrenunciable (Conti 2004: 12), y la vemos, al seguir sus pasos a través de sus páginas, portarse como una mística seducida constantemente por un espíritu de amor infinito, incluso cuando la espiamos en sus soledades contemplativas, la sorprendemos invadida por un atormentado sentimiento de verdadera pasión espiritual hasta en su carnalidad, a veces casi poseída y aferrada a la vida como a quien le queda solo un único aliento de vida y no quiere perder ni un instante.

Partiendo del *Cogito ergo sum* cartesiano y a través de la escritura, vivida como necesidad espiritual y existencial, como terapia y proceso ontológico, «escribo luego existo», Sibilla llega, siguiendo el misticismo de la ley del corazón, a la verdad absoluta y razón de vida del «amo luego existo».

En efecto, el amor en Sibilla, presente como supremo ideal de libertad del espíritu, así como en su forma tangible de obsesiva y desesperada búsqueda, llega a trascender toda lógica de la razón, supera los límites de las constricciones, rompe las barreras de los deberes morales impuestos y se convierte en el Sentido que impulsa su viaje hacia la libertad, manifestándose como absoluta justificación de todas sus acciones, iniciativas y voluntades.

Para Sibilla, a pesar de todo, el amor existe y esta certeza mueve todos sus pasos en la tierra, hace palpitar su cuerpo, sacude sus venas, alimenta su sangre, la empuja más allá de todo, animándola siempre a encontrar amor en cualquier rincón del mundo, secreto para los demás pero visible para sus ojos: «[...] En mi bondad está mi fuerza, en mi potencia de amor, mi gloria...» (Aleramo 1998: 116).

Ella, la nómada loca, la *indigente*, sin una casa verdaderamente suya, con pocos objetos en una maleta; ella, la Maga, la amante, la amiga; sacudida como en un mar revuelto, de un amor a otro, siempre en movimiento, deambulando por distintos lugares, a veces perdida como si no tuviese ninguna meta; ella, la guerrera, sola, libre por el mundo: «La nómada que aparece, desaparece, que es siempre nueva y siempre igual, fuera del tiempo» (Aleramo 1998: 16).

Siempre es impelente en Aleramo la necesidad de sinceridad y de libertad y su alergia a la mentira, al deseo olvidado y a la asfixia de cualquier relación en la que ella definitivamente ya no cree, se transforman en urgentes necesidades de un gesto, de un movimiento, de un empuje hacia adelante que la lleve a otro lugar y a otro tiempo distintos donde el amor exista.

La vida es grande y la búsqueda del amor es cada vez más ávida y está envuelta por una espiritualidad que la guía y la sostiene:

Me decía a mí misma: «¿Qué importa?». Decía: «Ve más allá». Decía: «Uno te ha decepcionado, el otro te ha mentido, aquel huyó, este otro fue raptado por la muerte y no te llamó, el de más allá no te ha esperado, se cansó. No importa, no importa, también tú estás tan cansada, casi a punto de morirte tú también, sin embargo, tu corazón aún aguanta, ve más allá, el amor existe» (Aleramo 1998: 49).

En la carta del 18 de julio, ella misma afirma que el amor existe; así empiezan de hecho estas páginas que contienen una declaración de una poética *al femminile* que condensa de forma magistral su credo:

Cuanto más he ido creciendo, cuanto más me he sentido distinta de las demás, insustituible, sola y señora de mí misma, tanto más he anhelado buscar quien duplicara mi riqueza, quien hiciese de ella un milagro desmesurado y se perdiese conmigo en la inmensidad del cosmos, en las oraciones, en el éxtasis (Aleramo 1998: 50).

El amor cósmico, espiritual, parece ser alcanzable solo después de haberse formado en completa soledad y de haberse conocido a sí misma; sólo entonces, en la certeza de un amor puro y del respeto hacia ella misma, es posible abrirse al otro,

intentar unirse, y en la fusión, en el acoplamiento con el otro, alcanzar el cántico del amor.

Sibilla, ajena a las corrientes literarias, persigue una nueva expresividad, completamente femenina, que sacará su fuerza de una elección existencial y artística que nunca más abandonará, la coincidencia de la vida con el arte. Reivindica una escritura de mujer que, abrazando la autobiografía, alcanza su fin: traducir su existencia en arte.

La forma autobiográfica, constante en la producción de Sibilla, es tan arraigada y vital que nos hace pensar que esta era la forma de expresión elegida por la autora para poder comprobar la veracidad de lo que iba narrando a través del uso de cartas y documentos que representaban, sin filtros, el enlace tangible entre el arte y la vida (Conti 1985: 114).

En *Amo luego existo* el amor universal, que envuelve el infinito de la realidad también en la que es su dimensión invisible y que gobierna el pensamiento, está por todas partes; acaricia un color, alcanza el perfume de las rosas que, con su belleza pura, tienen el poder de transformar por completo la habitación en la que Sibilla se encuentra; el amor se confunde con los vivos aromas de la campaña emiliana que emanan del heno recién segado en el crepúsculo y de las espigas de trigo aún no cortadas: «[...] Elegía de los hilares de vides fugaces, del maíz aún verde, del horizonte incierto. [...] Del agua de lavanda que aún no he comprado» (Aleramo 1998: 83).

La naturaleza adquiere espesor en la plenitud de su sensualidad: un paisaje contemplado por la ventanilla del tren durante uno de sus ininterrumpidos viajes; la madre selva, la vid enroscada en el cenador bajo la ventana del lugar en el que se encuentra, el deseo desenfrenado de un jugoso melocotón para ofrecer a los secos labios de su amado, los largos hilares de vides, la orgullosa sensualidad de las gardenias y de la lluvia de la semilla de la clemátide que cae en abundancia con su crujido.

Amor por la noche romana, por el pequeño cuarto de su desván en el que escribe pensando en Luciano. Al leer estas páginas parecen alcanzarnos los perfumes de las cosas que la rodean y rozarnos los susurros del viento, mientras, en el cielo, las nubes pasan rápidas: «La noche estival, con su avenida frondosa y perfumada, se extendía sobre Roma con vasto y quieto respiro» (Aleramo 1998: 117).

Hay tanta carnalidad en esta mujer y en su escritura, que incluso las cartas que reflejan sus costumbres diarias asumen los tonos de un atractivo método de vida, de una consciente sensualidad estremecedora: «Después, bajando por la calle Veneto y por el Tritón, muchos transeúntes me miraban; rosa palo mi vestido, rosas pálidas mis mejillas sin colorete; solo los labios acentuados por el carmín» (Aleramo 1998: 108).

La libertad, conquistada con mucho esfuerzo y dolor, día tras día, su natural inclinación al amor y a saberlo percibir, la capacidad de dar y de recibir desde lo alto de su bondad, junto a su fuerza moral y a su espíritu siempre atento a la verdad, hacen de ella un ser invencible incluso en los momentos de soledad y de extravío.

El amor para ella es impetuosa locura, a ratos la invade un deseo furioso de hacerse daño, le retumban los oídos, un zumbido la persigue: un extraño latido, como si allí, detrás de los lóbulos, algo estuviese rompiéndose.

La intensidad de los recuerdos amorosos y de Luciano, en la nostalgia de sus bocas, de sus miradas y de sus sonrisas, le provoca malestares físicos; la emotividad la subyuga. Está abatida, aniquilada, la espera de su amado la lacera. Son constantes en el libro las alusiones al deseo de sus besos y de su cuerpo; la soledad en la que él la ha confinado a ratos es insoportable y Sibilla parece retorcerse como una condenada, agotada por su necesidad de amor expresado a través de un «subversivo» reconocimiento de su selvática y refinada sensualidad que fluye en un cuerpo totalmente femenino: «Felicidad y afán, en el espíritu y en las venas» (Aleramo 1998: 7).

Así empieza *Amo luego existo*, y con la misma palabra *felicidad* se cierra la obra. La felicidad del amor se presenta como

un mensaje solemne durante toda la novela; el amor es apatía y dolor en la espera enloquecida, pero antes que nada es felicidad, magia, canto; el amor es un himno: «Luciano, Luciano, el amor querrá un canto aún jamás oído, grande. Y tal vez será el canto a dos que soñé durante toda mi vida» (Aleramo 1998: 97).

Ahora la vemos feliz, loca de amor, luego triste y confundida, dudosa, preocupada por el dinero, siempre poco. El nomadismo, cuyo precio tendrá que pagar, es decir, la pobreza que caracterizará la vida de Sibilla, se celebra, como sugiere Rita Guerricchio en el prólogo de *Andando e stando* (Editorial Feltrinelli en la *Universale Economica*, 1997), en nombre de un mensaje de vida y de arte del que ella se hace divulgadora, agotada pero perseverante, y que marcará su época más dura, la vivida ente los años 1890 y 1910, de iniciación feroz pero feliz a una identidad de pensamiento que la iguala a sus símiles: los expatriados, los irregulares, los vagabundos, lo que evidencia la herencia de una formación intelectual poco dispuesta a la ligereza pero siempre solemne, dramática y puritana incluso en la más insolente transgresión y anarquía: «Yendo y estando. Alegría de dar, alegría de recibir, sin saber nada de mañana, sin esperar nada. [...] Mística libertad, sabiduría espacial de mi tierra, realidad insoluble y cósmica» (Aleramo 1985: 66).

Sibilla vivirá a duras penas durante toda su vida; su trabajo de escritora, junto a su ocupación como colaboradora en revistas culturales, nunca le dará un bienestar económico, y por eso la vemos en *Amo luego existo* constantemente angustiada por el dinero y obligada a tener que pedirles favores a sus acomodados amigos o conocidos que, sin embargo, a menudo no están dispuestos a prestarle una pequeña cantidad de su renta para ayudarla.

La mayoría de las veces tampoco consigue pagar el alquiler de su pequeño desván, ni comer regularmente tres almuerzos diarios, regalarse un frasco de perfume o ponerse un nuevo par de zapatos. A veces hasta tiene que vender algunos objetos para poder llegar a fin de mes: la pitillera con el broche de zafiro que le regaló Endimione o las cartas autógrafas de Rodin, Barrès y De Amicis.

Sibilla, a excepción de algunos objetos, no posee nada, se mueve ligera por el mundo; la acompañan solamente su fuerza, su verdad y su triunfante libertad.

Vive en un cuartucho de tres metros por cuatro donde las cosas que crean su atmósfera son muy pocas: un maletín de cuero, una mesilla, la estatuilla de un Buda y los retratos de su madre, de su padre y de su hijo, además de una flor que parece no poder faltar nunca. A veces vive en habitaciones alquiladas, en hoteles y pensiones, es incapaz de concebir la idea de propiedad que parece no importarle; mira los objetos con indiferencia, convencida de que en realidad nada le pertenece a nadie y que: «Solo el significado interior, el “símbolo” de las cosas, cuando sabe uno percibirlo, es “nuestro”, en perpetuo tránsito» (Aleramo: 1998: 90).

Pero hay que reconocer que las dificultades económicas de Sibilla, que padecidas por otras personas representarían el drama del fracaso de una vida, en ella sin embargo parecen ser casi un privilegio, un lujo, una prueba que solo muy pocos elegidos saben superar. En Sibilla hay preocupación pero jamás un sentimiento de derrota; ella conoce muy bien las razones que justifican la situación en la que se encuentra y en todo esto hay una justicia, un sentido, los mismos que definían la vida de la Duse sobre quien Sibilla habla en su libro. Eleonora Duse, de hecho, se sentía afortunada, aunque su vida hubiese transcurrido entre afanes y dificultades, al igual que la de Sibilla.

Aleramo vive su destino como algo glorioso y, no obstante no le desearía a ninguna hermana uno igual al suyo, aun así, sabe que no lo cambiaría por ningún otro; sus dificultades económicas están al servicio de su escritura y una vez más el canto a la vida vence, su ley es imbatible, su misión continúa, yendo y estando, en busca del amor, vivido en todo momento sin esperar nada; no es el resultado lo que la motiva sino el recorrido, la búsqueda incesante, el intento de encontrarlo y de poder llegar entonces al perfeccionamiento de su persona.

Al leer *Amo luego existo* resulta evidente su escritura totalmente femenina; en efecto, solo una mujer podría escribir este libro: las palabras están empapadas de amor, llenas de un senti-

miento inequívocamente femenino; las frases se siguen la una a la otra, líricas, apasionadas y vibrantes.

El género literario de la novela epistolar, siempre con la adopción de la primera persona, condiciona el ritmo de la narración y de su lenguaje, y tanto su estilo narrativo, que consigue expresar perfectamente su universo poético *al femmine*, como su léxico, a menudo áulico, reflejan con gran eficacia sus temáticas.

Muchas veces los períodos son muy largos, parecen no acabar nunca, como si fueran un pensamiento en voz alta, la necesidad de materializar sus propias soledades, sus profundas y confusas reflexiones, sus pensamientos más secretos, en un monólogo que parece más propio de la oralidad que de la escritura. Flujos infinitos de palabras con las que Sibilla habla de sí con su amado; la puntuación da un ritmo rápido a las frases y la narración se transforma en un condensado vertiginoso de ideas, emociones, acontecimientos reales y estados de ánimo.

Esta puntuación subyace a varios artificios retóricos; está llena de puntos interrogativos, suspensivos y exclamativos; las preguntas de Sibilla a Luciano son apremiantes y provocan una cierta inquietud, porque sabemos que estas cartas no tienen una respuesta; no se trata de una correspondencia entre dos personas sino unidireccional. Luciano no puede contestar, parece casi como si el destinatario, real desde el momento que sabemos que no es fruto de su fantasía, pero ausente en esta relación, es para Sibilla un pretexto para poder hablar consigo misma a través de un libre ejercicio de escritura. Luciano podría incluso ser su *alter ego*, su doble, en la medida en que el denso entramado de preguntas y exclamaciones confieren a la narración el tono de un soliloquio. En realidad, las preguntas que dirige a Luciano es como si se las hiciese a sí misma para luego poderse contestar, encontrando en la realidad de su escritura las verdades que necesita de forma autónoma. De lo contrario, el mismo proceso sin pluma no serviría de nada; es la intención de querer escribir este libro para Luciano la que le ofrece la posibilidad de abrir su propio corazón y desvelar sus secretos.

Los puntos suspensivos crean una sensación de *suspense* y unen todos los elementos del periodo en un movimiento rítmico

que crea casi una prolongación sonora, el eco de un discurso o de un pensamiento. Es palpable el frenesí de la espera del regreso de su amado, de quien no sabemos casi nada hasta el final del libro: Sibilla está agitada, enervada en este espacio de tiempo donde, sola, espera volver a abrazarle.

La autora crea una escritura en la que se mezclan distintos estilos: la suya no es poesía, aunque en el texto haya algunos fragmentos en verso, sino una prosa poética donde los lirismos son encendidos y numerosos. La estética de Aleramo, cuando abraza este estilo, es muy cercana al poeta D'Annunzio; parece encantarse a sí misma y escucharse mientras sus palabras altisonantes cantan su amor. D'Annunzio está en todos aquellos motivos decadentes de autocelebración y de búsqueda de elementos de sensualidad en las cosas, sobre todo en las sugerencias poéticas que se refieren a los fenómenos de la naturaleza.

Si el hombre puede decir: «Pienso luego existo», la mujer va más allá, y la fuerza de su sentimiento la hace temblar de una orgullosa certeza: «Amo luego existo».

Con *Amo luego existo* hemos llegado al final de su recorrido hacia la libertad a través de la escritura. Estamos en frente de una mujer «nueva», cambiada, que ha vuelto a nacer; su lucha ha merecido la pena y Sibilla, triunfante, lo sabe.

BIBLIOGRAFÍA

- Aleramo, Sibilla, *Amo dunque sono*, Feltrinelli, Milano, 1998.
- Aleramo, Sibilla, *Andando e stando*. Prefazione di Rita Guerricchio, Feltrinelli, Milano, 1997.
- Aleramo, Sibilla, *Una donna*. Prefazione di Anna Folli. Postfazione di Emilio Cecchi, Feltrinelli, Milano, 2007.
- Aleramo, Sibilla, *Un viaggio chiamato amore. Lettere 1916-1918*. Introduzione di Bruna Conti, Valter Casini Editore, Milano, 2004.
- Aleramo, Sibilla, *Il passaggio*, Serra e Riva Editori, Milano, 1985.
- Aleramo, Sibilla, *Orsa minore*, Feltrinelli, Milano, 2002.
- Aleramo, Sibilla, *Selva d'amore*, Newton Compton Editori, Roma, 1980.
- Aleramo, Sibilla, *Dal mio diario 1940-44*, Tumminelli, Roma, 1945.
- Arriaga Flórez, Mercedes, "La perspectiva pragmática del texto autobiográfico: Cuando el diario se convierte en autobiografía: Sibilla Aleramo", *Philologia hispalensis*, n. 6, 1991, pp. 127-134.
- Arriaga Flórez, Mercedes, "La Continuità Della Specchio: Sibilla Aleramo", en *Segni Eretici. Scrittura di Donne Fra Autobiografia, Etica e Mito*. Bari, Adriatica. 1993, pp. 71-82.
- Arriaga Flórez, Mercedes, "Percorsi di Autorità Autorevole: Gertrudis Gómez de Avellaneda y Sibilla Aleramo, en *Scritture/Visioni. Percorsi Femminili Della Discorsività*. Bari, Italia. Edizioni del Sud. 1996, pp. 35-55.
- Braidotti, Rosi, *madri, mostri e macchine*, manifesto libri, Roma, 1996.
- Braidotti, Rosi, *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*, Paidós, Buenos

Aires, 2000.

Buttafuoco, Annarita, Zancan, Marina, *Svelamento. Sibilla Aleramo: una biografia intellettuale*, Feltrinelli, Milano, 1988.

Buttafuoco, Annarita, *Cronache femminili. Temi e momenti della stampa emancipazionista in Italia dall'unità al fascismo*, Dipartimento di studi storico-sociali e filosofici dell'Università di Siena, Facoltà di Magistero, Arezzo, 1988.

Contorbia Franco, Melandri Lea, Morino Alba, *Sibilla Aleramo. Coscienza e scrittura*, Feltrinelli, Milano, 1986.

Debenedetti, Giacomo, *Il romanzo del Novecento*, Garzanti, Milano, 2006.

De Ceccatty, René, *Sibilla Aleramo*, Éditions Du Rocher, Monaco, 1992.

De Céspedes, Alba, *Quaderno proibito*, il Saggiatore, Milano, 2006.

Duby, George, Perrot, Michelle, *Storia delle donne, Il novecento*, Laterza, Roma-Bari, 2007.

Federzoni Marina, Pezzini Isabella, Pozzato Maria Pia, *Aleramo*, 161, Il Castoro, "La Nuova Italia", Firenze, 1980.

Folli, Anna, *Penne leggere*, Guerini e Associati, Milano, 2000.

González, Isabel, «La revolucionaria e insumisa Sibilla Aleramo: Il passaggio» en González de Sande, Estela y Cruzado Rodríguez, Angeles, *Las Revolucionarias. Literatura e insumisión femenina*, Arcibel Editores, Sevilla, 2009, pp.291-302.

Héritier Françoise, *Maschile e femminile*, Editori Laterza, Roma-Bari, 2000.

Ibsen, Henrik, *Casa de muñecas*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2007.

Maddamma, Manuela, *Anime estreme*, Vallecchi, Firenze, 2009.

Martínez Garrido, Elisa, «Ancora alcune riflessioni critiche sul dolore, sulla pietà e sugli animali in Dino Buzzati», *Testo*, 62,

- 2012, pp. 93-107.
- Martínez Garrido, Elisa, «*Bildungsroman* y crítica de género. Novela rosa y narrativa de mujeres», en *Cuadernos de Filología Italiana*, nº extraordinario, 2000, pp. 529-546.
- Martínez Garrido, Elisa, «La violencia contra las mujeres al renacer de la nueva identidad», en *Transmisión y apología del uso de la violencia contra las mujeres: refranes, dichos y textos literarios*, Publicaciones de la UCM, 2009, pp. 128-148.
- Messina, Maria, *Piccoli gorgbi*, Sellerio editore, Palermo, 1988.
- Messina, Maria, *La casa nel vicolo*, Sellerio editore, Palermo, 1999.
- Morante, Elsa, *La storia*. Prefazione di Cesare Garboli, Einaudi, Torino, 1995.
- Morante, Elsa, *Diario 1938*, Einaudi, Torino, 2005.
- Neera, *Duello d'anime*, Treves, Milano, 1911.
- Nergaard, Siri, *La teoria della traduzione nella storia*, Bompiani, Milano, 1993.
- Nida, Eugene, *Sobre la traducción*, Cátedra, Madrid, 2012.
- Omero, *Odissea*, Einaudi, Torino, 1963.
- Paz, Octavio, *La llama doble. Amor y erotismo*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1997.
- Rampello, Liliana, *Il canto del mondo reale*, il Saggiatore, Milano, 2005.
- Ricoeur, Paul, *Sobre la traducción*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Romano, Lalla, *Maria*, Einaudi, Torino, 1995.
- Romano, Lalla, *Le parole tra noi leggere*, Einaudi, Torino, 1996.
- Rosa, Giovanna, *Cattedrali di carta*, il Saggiatore, Milano, 2006.
- Sackville-West, Vita, *Cara Virginia. Le lettere di Vita Sackville-West a Virginia Woolf*, a c. Di Louise De Salvo e Mitchell A. Leaska, La Tartaruga, Milano, 1985 (ora *Adorata creatura*, La Tartaruga, Milano, 2000).
- Torre, Esteban, *Teoría de la traducción literaria*, Editorial

- Síntesis, Madrid, 2001.
- Vivanti, Annie, *Vae Victis*, Quintieri, Milano, 1917.
- Woolf, Virginia, *Orlando*, Mondadori, Milano, 1993.
- Woolf, Virginia, *Una stanza tutta per sé*. Prefazione di Marisa Bulgheroni, Feltrinelli, Milano, 2011.
- Woolf, Virginia, *Le onde*, Postfazione di Nadia Fusini, Einaudi, Torino, 1995.
- Woolf, Virginia, *La signora Dalloway*, Introduzione di Nadia Fusini, Feltrinelli, Milano, 1993.
- Woolf, Virginia, *Al Faro*, Introduzione di Nadia Fusini, Feltrinelli, Milano, 1992.
- Yourcenar, Marguerite, *Pellegrina e straniera*, Einaudi, Torino, 1990.
- Zambrano, María, *Persona y Democracia. La historia sacrificial*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- Zambrano, María, *All'ombra del Dio sconosciuto*, Pratiche Editrice, Milano, 1997.
- Zancan, Marina, *Il doppio itinerario della scrittura*, Einaudi, Torino, 1998.
- Zancan, Marina, *Letteratura italiana, Le opere, IV Il Novecento*, Einaudi, Torino, 2000.

SIBILLA ALERAMO

AMO LUEGO EXISTO

Traducción de Valentina Zucchi



Roma, 2 de julio

Felicidad y afán; en el espíritu y en las venas, como cuando nos besábamos y en el beso se daban cita, terriblemente, todas las fuerzas crueles, enloquecidas y grandes de nuestras vidas.

Luciano¹, Luciano mío, y tú te alejabas de mi boca, levantabas el rostro, la luz te iluminaba desde arriba, sacudías los cabellos, como rayos violetas, donde yo veía las serpientes de la Medusa y las pequeñas vides de Dioniso... Así, tumbada, me sentía fascinada, con los brazos abiertos, extendidos. Una vez más el beso no nos había alejado y una vez más nuestros labios, tan dulces, volvían a unirse en un temerario desaffo.

Como en aquel tiempo, como también antes de ayer por la tarde, esta mañana cuando ya no sé nada de ti, Luciano, si te has marchado ya, si ya navegas en el cielo, o si has postergado tu viaje y has decidido mantener la misma distancia entre nosotros, yo me entrego a ti, me someto a ti. Mi sufrimiento es mi felicidad.

Quiero creer en lo que me dijiste, quiero creer también en mi poder de amor y en el milagro último del universo... Quiero ser feliz, en esta fe y en la espera. Sin pensar, así, en un inmenso silencio en el que mis palabras son solo los latidos de mi corazón. Ah, si hoy gano a los sordos ímpetus de mi pasión, hoy, cuando, tal vez, aún sigas cerca de aquí, Luciano, si venzo y no voy a buscarte salvajemente mientras tal vez aún esté a tiempo, todo el sufrimiento que derrocharé después, será de antemano absuelto, transformado en canto...

Y tras el canto, ¿dónde va a abatirse la alondra, en qué alegría? Ella lo sabe, atravesando el azul y el blanco, en lo alto y sola.

¿Ves? Me parece tener alas, ahora, cuando tú te alejas con ellas. Creía, y así era, hacerme hermosa como tú, en tus brazos. Sentía que me volvía joven, como tú, fuente de vida, llena de luz.

¿Dónde estás? ¿Dónde?

¹ Luciano, el destinatario de las cartas que componen esta obra, es el *alter ego* de Giulio Parise, el hombre al que amaba Sibilla Aleramo.

Ayer, a través del triste teléfono, me has repetido que debe serme fácil seguirte con el espíritu... Tu voz, que insinuaba prodigios, ya daba la idea de lo irreal. Y...

No, silencio, hoy. Para sernos propicios en los días que vendrán.

Ojalá yo recuerde tu voz de entonces, cuando te miraba y tocándote me parecía poder llegar a tocarla también; la misma que salía de tu garganta, se expandía por la amplia habitación, diciendo cosas misteriosas, hechas más de música que de palabras, nítidas y sin respuesta.

Mis ojos y las caricias de mi mano te contestaban. Mi esencia, átomo del infinito, estaba presente en ti, vibraba como tu palabra dentro de mí.

¡Hermoso! Te fastidiaba si te llamaba «hermoso», palabra en la que encierro tu gracia y tu gloria...

Te vas como un cruzado, Luciano, Hijo de los Dioses², con tu cabellera de violeta, con tu mirada de aguilucho, con tu cuerpo perfecto que no ha querido desnudarse para mí y entregarse a mi sed, oh, Luciano, has dicho que me poseerás enteramente solo cuando nuestros espíritus se hayan compenetrado el uno con el otro, Luciano, Luciano, yo sé que estas invocaciones te llegan aún antes de que las escriba y en este momento tú me ves y me llamas: «¡Sibilla!».

Mi nombre y mi corazón te estaban destinados. Me has asido, pero ahora con tu brazo extendido, alejado de mí, aunque tu mano continúe apretándome con fuerza, no me dejarás caer. Me llevarás otra vez sobre tu pecho, desvanecido todo afán, en soledad, la felicidad respirará con suavidad sobre nosotros.

² En mayúscula en el original. En esta edición se ha mantenido el criterio sobre mayúscula inicial del original italiano. (*N. de la T.*)

3 de julio

Ayer, en cuanto terminé de escribirte y cerré el sobre que te entregaría a tu regreso, me asaltó una angustia oscura. Tuve que tumbarme en el diván, el diván de nuestros besos, e invocar toda mi calma porque me socorriese...

Me sentí aliviada aunque no volví a encontrar la exaltación de la mañana.

Empecé a preparar mis baúles y, al levantar la tapa de aquel en cuyo fondo había dejado algunos libros, ¡mira qué título veo! *Cuando nosotros muertos nos despertamos*.

Tomo en mis manos el pequeño volumen, lo abro, los ojos leen la frase: «Los hombres se percatan de lo irreparable, cuando, una vez muertos, se despiertan...!».

La antigua ibseniana que hay en mí se ha estremecido.

Ansiedad, angustiada ansiedad de buscarte, de alcanzarte, de colgarme de tus hombros y de gritar: «¡Piensa, piensa en lo que luego no podremos solucionar...!».

Y salí, me fui a tu casa.

El portero no supo o no quiso decirme si ya te habías marchado.

Tuve que resignarme y volver atrás, así.

En la calle la gente no ha sospechado; he seguido con mi paso ágil y rápido de siempre, el que te sorprendió la noche que nos volvimos a encontrar, hace tres meses, después de un año que no nos veíamos, ¿recuerdas? También mi aspecto era el mismo, el de una mujer de rostro sonrosado con un vestido rosa, el de una mujer ante quien casi todos se vuelven a mirar, porque gusta: forma definida y armoniosa.

Ni siquiera sospechó nada, más tarde, el escritor español que vino a saludarme...

Esta mañana me interrumpieron los preparativos de mi viaje. Ahora está todo listo. Este salón ya no se reconoce. Ya nos hemos marchado, ¡Luciano! Sonreíste cuando te dije, la primera

noche, aquí mismo, que parecía que hubiéramos llegado juntos, desde lejos...

Junto a ti viví todo el mes; a pesar de que hayas venido a verme pocas veces...

Era un bonito refugio, *casi digno*³, como ayer por la noche dijo aquel español sin saber que estaba pronunciando una palabra tan justa.

¿Volveremos alguna vez?

Y esa es una frase banal para ti. Pero algunas banalidades asumen significados desgarradores cuando uno ya ha vivido mucho...

¡Luciano! No me has mandado ni el saludo ni el regalo que me habías prometido. Has desaparecido...

¿Cómo, de qué manera te sentiré mañana, lejos de aquí, donde supiste crear nuestro sueño?

³ En cursiva en el original. En esta edición se han mantenido las cursivas de la autora. (N. de la T.)

Milán, 4 de julio

Al mediodía, al beber agua helada en una fina copa de cristal, en la mesa perfectamente servida en este pequeño y antiguo hotel, en pleno corazón de la ciudad, de repente, me he preguntado qué agua beberás tú, allá abajo en la torre de la que me hablaste... Una torre en el medio del mar. Una atalaya derruida, en un escollo desierto.

No podré saber cuándo llegarás. Te acompañarán con un barco, te dejarán, con los víveres para todo el mes.

Solo.

Anclarás la hamaca. ¿Habrá ventanas o tan solo aspilleras? ¿Escaleras? ¿En lo alto de la torre habrá una explanada, algún metro para pasear?

«Estaré alejado de todo», me dijiste. «Solo hablaré con los Genios y con los Demonios».

Tenías la sonrisa de un chiquillo que desea que se le perdone una travesura inocente.

«Cabe también la posibilidad de que yo no vuelva...».

Yo te cerré la boca con la mano, pero tú me apartaste de ti, siempre sonriendo.

«Podría, ¿cómo decírtelo...? Fracasas en esa prueba...».

«¡Morir! También puede sucederme a mí, de un instante al otro».

«Para mí las probabilidades son infinitamente mayores, por la tensión espantosa. Allá abajo el riesgo será extremo...».

Temblé. Las venas de tus bellas y viriles manos eran sorprendentemente túrgidas.

Volviste entonces a hablar de la torre, de la hamaca, del mar, de la natación que harás cada día durante largas horas.

Te verán desnudo las olas donde cantaron las Sirenas alrededor de la nave de Ulises.

Anochecer. Después de las doce horas de viaje de la noche anterior y del día de hoy, lleno de visitas a viejos amigos, me en-

Amo luego existo

cuento agotada, me tumbo, espero dormir, a pesar del estruendo que llega de la calle.

Sé que piensas en mí, a ratos, con intensidad vertiginosa.

5 de julio, por la mañana

Oh, Luciano mío, por primera vez me has informado de algo que apenas se puede decir y que a lo mejor ni siquiera se puede llamar comunicación. Me ha quedado un sentimiento de gracia que se acerca, que está a punto de serme revelado, ¡Luciano!

En el duermevela, hace una hora, el mundo se me presentaba como una zona coloreada (la habitación era oscura y fuera, el cielo, me di cuenta después, muy gris y lluvioso). No sé muy bien si mi espíritu únicamente veía o si de alguna forma también pasaba a través del gran prisma. Luego, he tenido la percepción de ti, no corpórea, sino de tu fuerza secreta, dirigida en aquel momento a sondear aquellas y otras zonas, como grandes realidades y algo, que no era tu querida voz sino otra cosa que partía de ti, de tu espíritu, tocó mi esencia persuadiéndola completamente. Las franjas de colores se disolvieron. La potencia de penetrar en el misterio del cosmos, potencia tuya, mía, cósmica, se me manifestó de forma más lúcida. El misterio anhelaba trepidante como una esposa enamorada...

Oh, no sé explicarlo, no sé explicarlo. De todas maneras tú puedes entenderme pero nadie más, tal vez. En el mismo instante mi cuerpo se despertaba junto a la turbia conciencia de su pobreza, de su agotamiento, de todo lo que obstaculiza que la misma potencia se realice completamente... No importa, Luciano. Ha habido un instante de unión divina entre la vida oculta y la vida real, entre los astros y la tierra, entre tu corazón y el mío y, por primera vez, sí, me ha iluminado la certeza de tu suerte, aunque aún no de la mía...

Ahora estoy segura de que no te has marchado en vano o por una ilusión fantástica en soledad y en busca de reinos tal vez oscuros, tal vez radiantes, a la conquista de facultades profundas. Los poderes se conquistan no vienen dados. Por don tenemos nuestra forma, este nuestro aspecto que casi siempre llega a ser el reflejo de nuestra futura transformación interior. ¡Y

tú, Luciano, que tienes en tu frente los claros signos de quienes están predestinados a llevar a cabo grandes hazañas! Sin embargo, lo ves, yo dudaba y hasta te lo decía. Pero tú conoces el porqué. Sabes que yo venía de una experiencia que alejaría para siempre de cualquier contacto con el mundo exotérico a un alma menos intrépida que la mía. Yo, herida, íntimamente ofendida. Tu infinita seducción ha hecho que yo no huyera al saber que tú también eras de la secta de los *Magi*...⁴ En realidad hui, nos conocimos hace ya un año y, desde entonces, podríamos haber sido amantes pero hui y luego, después de mucho tiempo, te he vuelto a ver y tú me has sonreído con tanta alegría que hubiera estado realmente demasiado ciega o sido demasiado cobarde para volverte a alejar de mí...

Dudaba de que pudieras ser víctima de tus sueños.

«Cuando tenía dieciséis años...», me contaste una tarde...

(Dieciséis años, fresca de efebo... La tierra ofrecía todos sus bienes al prodigio de tu belleza, así como, mucho tiempo antes, los había ofrecido a mi adolescencia también admirable... Pero ¿somos nosotros sus hijos o tal vez pertenezcamos a la flota del alto cielo...?).

«Con dieciséis años... Si yo hablase de algún sueño maravilloso, este estaría, sin embargo, aún más cerca de la realidad de los mortales de cuanto yo viví en la *escuela mágica*...⁵ Sin embargo, nada me pareció inesperado y raro. No puedo decir mucho de lo que es el misterio en la eternidad: no se entendería. No puedo ni decir cómo ocurrió. Así, sencillamente. Vi a un Desconocido, en un lugar solitario, en las orillas del río sagrado. Nuestros ojos se cruzaron. En ese instante desapareció la conciencia de mi carne. Viví como puro diamante, sumergido en un océano de luz. No recuerdo las pocas palabras que nos dirigimos».

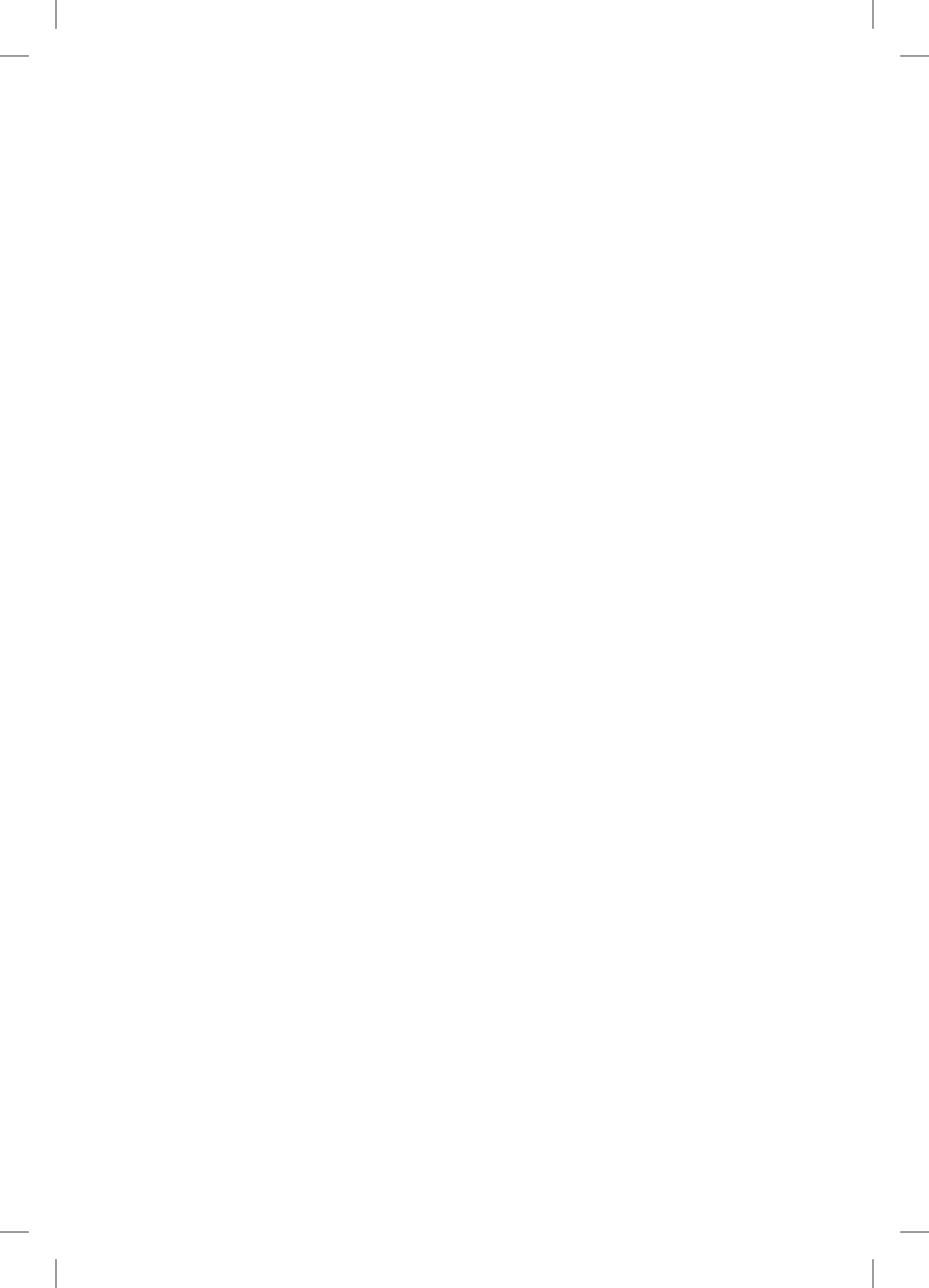
«Conocí al Desconocido y los misterios del mundo subterráneo, de los cielos y de los Dioses. Los Omnipotentes que me consagraron Rey me dieron el cetro y la corona».

⁴ Círculo del filósofo, pintor y escritor Julius Evola, amante de Sibilla durante un tiempo. Entre los muchos discípulos de Julius Evola se encontraba Luciano, a quien Sibilla dedica su libro. Este grupo de intelectuales practicaba rituales de ocultismo y de esoterismo muy de moda en los años veinte en Italia. Hacían también rituales de iniciación y de «magia», hacia los que Sibilla se sentía muy atraída.

⁵ Aquí la autora vuelve a referirse a los *Magi* (véase la nota 4).

Palabras herméticas. Mientras las pronunciabas te miraba,
perdida.

Esta mañana lanzan resplandores en el recuerdo... ¿Estoy
yo a punto de entender su sentido arcano...?



6 de julio, por la mañana

No vuelvo a leer estas cartas, las guardo cada noche, cada una en un sobre numerado; ¿serán treinta, cuarenta, cuando te las entregue? Tú me obligaste a escribirte y sellar de ese modo, y cada día, muchas páginas que, dijiste, podrán ser luego *nuestro* libro...

Paradójica tu petición y paradójica mi obediencia. ¿Quién lo diría?

A los amigos y conocidos que vuelvo a encontrar en esta estancia milanesa les digo que por fin trabajo en una novela, que tal vez sea buena y que estoy bastante contenta. Me escuchan con asombro, luego se alegran porque, un poco, me quieren. Aquel querer que se puede sentir hacia la nómada que aparece, desaparece, que es siempre nueva y siempre igual, fuera del tiempo... Creen en mi palabra, saben que no conozco las mentiras, ni malas ni buenas, y que no uso maquillaje, excepto un ligero rojo en los labios, cuyo sabor te gustó, al igual que la salpicadura dorada en mis cabellos alrededor del mechón plateado. Aun así se maravillan. ¡Piensan que llevaba mucho tiempo sin escribir nada!

«¿A santo de qué, se preguntan, Sibilla se prepara ahora con tanto esfuerzo?».

Esfuerzo y creación para ellos son sinónimos. «Bendita sea la falta de dinero —alguien piensa— que ha hecho, con toda seguridad, que se lance, por desesperación, a la tabla de salvación de una novela de éxito, como quien nada en un naufragio...».

Conocen lo del contrato — ¿lo hablé contigo? —. Y que tendré que entregar el manuscrito en otoño.

Era febrero, una mañana cristalina, cuando conseguí que me recibiera un momento el editor, en el vestíbulo del hotel de los Ambasciatori. «¿Quiere que firme un contrato para un nuevo libro?». «Imposible, no puedo, tengo que rechazar a diario ofertas igual de halagadoras...». «Y bien, ¿puede ofrecerme un puesto como correctora de pruebas? Si no, mañana tendré que poner

un anuncio en los periódicos diciendo que una escritora busca urgentemente un empleo como gobernanta...».

La exasperación acumulada en estos meses y años, a causa de esta necia cuestión de mi indigencia, le dio a mi voz un tono peculiar. Vi al hombre de hombros anchos y de rostro bondadoso y amplio, tambalearse como tras de un golpe, palidecer, mirarme con ojos nuevos. Los dos de pie, iguales en estatura, nos miramos en silencio durante algunos segundos. «Señora, lo que usted me dice es muy penoso. Hace un momento le dije con total sinceridad que me era imposible hacer nada por usted, pero ahora siento que es imposible no hacer nada. Vamos a ver...». En cinco minutos, de pie, se estableció que yo percibiría un cheque mensual durante ocho meses como adelanto de los que serían los porcentajes de una novela que mientras tanto debería escribir. Después de aquellos cinco minutos no nos volvimos a ver. En estos días, estoy aquí para hablarle, pero no está, llegará mañana. Sus mil quinientas liras, junto con las trescientas que me manda mi hermano desde Colombia, donde vive desde hace veinte años, han sido suficientes, en este tiempo, solo para el alojamiento y el único almuerzo diario (tú me demostraste que se puede ayunar durante semanas enteras sin daño físico y con beneficio para la mente). Ahora, para irme a Salso⁶, para curarme de un antiguo dolor de hombro, como recomienda mi médico, y para comprarme un vestidillo en las «rebajas» de la Palmero en las de Ventura⁷, necesito un suplemento y espero persuadir al editor, durante un encuentro igual de corto, pero no tan dramático, como aquel del hotel romano... Luego, en octubre...

¿Estaré viva en octubre?

¿Tú lo quieres, Luciano?

¿Qué quieres tú, para mí, desde lejos, en los instantes en los que piensas en mí?

6 Salsomaggiore Terme es una localidad en la provincia de Parma famosa por el turismo termal. En los años veinte era un lugar muy de moda, frecuentado por la élite italiana.

7 Palmer y Ventura eran dos casas italianas de moda muy elegantes. En 1920, Marta Palmer, propietaria de la firma, explicaba cómo en aquel momento la moda italiana, aún sin identidad propia, estaba muy cerca todavía de la francesa, es más, la copiaba. La casa de moda Ventura, sin embargo, trabajaba oficialmente para la casa real; el traje de novia de la princesa María José de Piamonte fue un diseño suyo.

¿Que me libere de todas las contingencias y me disuelva finalmente en los espacios como la música y la luz, o que me quede mucho más tiempo para transmitir a los que no se nos parecen la belleza de los mitos trágicos? ¿Quieres que me quede, contigo o sin ti, victoriosa y a la vez derrotada, todavía, siempre?

¿Quieres que te ame o que te olvide?

¿O preparas para mí, en este silencio sagrado como el que precede el alba en los cielos, un nuevo estado inaudito, donde yo apenas me reconozca por lo aliviada que me sentiré de toda mi ansiedad?

Si fuiste tú quien me pidió que yo escribiera todos estos días dirigiéndome a ti, siempre a ti, como si mis palabras te alcanzaran una tras otra, o las oyeras por tu sortilegio en la torre encantada, golpeada por las olas, donde quemas granos de incienso a los Dioses; los únicos que te ven. Si fuiste tú quien me pidió, Luciano, aquel ejercicio claramente espiritual, pero también sentimental, terriblemente sentimental, ¿no debería pensar entonces que tal vez mi pasión te importa y que quieres encontrártela de nuevo mayor?

«Querida...» tu voz murmuraba la última noche. «Querida», me decían tus ojos y tus manos. Éramos un solo gemido, oprimido por la dulzura...



7 de julio, por la mañana

Mi larga vida, mi breve arte.

En esta habitación de hotel, donde el ininterrumpido ruido del tráfico de la ciudad sube golpeándome el cerebro, que me parece que se ha transformado también en metal y en piedra, pienso esta mañana en otras habitaciones parecidas, en otros infernales estruendos, en días lejanos siempre de verano. Las mismas maletas, con algunos parches de menos, estaban apoyadas encima de idénticos taburetes. Por eso me vuelvo a acordar de las ciudades septentrionales, tal vez por la propia calidad de la luz, a través del encaje de las cortinas. Turín, Bolonia. Los días en los que, sola, esperaba poder ir a Londres para alcanzar a Endimione⁸, al que amaba, y recuerdo los días, dos años después, en los que, sola, esperaba saber si el drama escrito por mí, tras la muerte de Endimione, sería aceptado por un gran actor...

(El drama a través del que tú me has «visto», dijiste, me has «entendido» aún mucho antes de encontrarme en mi forma terrenal. ¿De verdad se halla en él todo el lado trascendente de mi esencia...?).

Anochecer. Quisiera presentarte un día a mi amiga más querida: Teresa⁹. Quisiera que escuchases las notas de su voz cuando apoya su cuello fino en mi hombro y dice: «Sibilla, ¡mi dulce Sibilla!».

Tiene el cabello liso, con raya en medio, los ojos negros y el rostro de mujer más perfecto que haya contemplado jamás; pequeño, ovalado, con una expresión tan maravillosa en todo momento que la belleza de los rasgos se convierte en algo secundario. La persona, los gestos, todo es música. Tal vez solo Shelley tuvo semejante transparencia espiritual y, en su luminoso

⁸ *Endimione* es un poema dramático en tres actos inspirado en la historia de amor de Sibilla y el joven atleta Tullio Bozza (Endimione), cuya vida se vio truncada por una muerte temprana. La representación de esta obra tuvo mucho éxito en París; sin embargo, en el teatro Carignano de Turín fue un absoluto fracaso.

⁹ Teresa Tallone fue la gran amiga de Sibilla. Murió sin haber cumplido los cuarenta años, dejando huérfanos a sus tres hijos.

aspecto, semejante armonía reveladora. Y ahora tú renuevas el prodigio, Luciano, pero menos frecuentemente que Teresa, pues tú eres mago, mientras que ella es santa. Ella transfigura la materia por el simple don de la gracia, sin embargo, tú, por medio de elementos de la voluntad...

Es santa, como la golondrina. Lo que ella toca, sobrevolándolo con el aleteo de sus alas, se convierte en bendito.

Pequeña, dulce, inerme.

Una vez, en invierno, la vi aquí, en Milán, sin fuego, casi sin alimento, con su segundo hijo al pecho, y sonreía, ni un quejido, sonreía diciendo: «¿Sabes? Este poquito de debilidad hace que vea a todo el mundo con un halo alrededor; es divertido...».

De niña era maliciosa, un sueño, una inspiración de cuento, con un intelecto de amor tan lúcido y profundo que ni Dante ni Shakespeare lo hubiesen imaginado más grande. Luego la vida le ha dado a su hombre, a su poeta y ella lo ha acogido para protegerle, defenderle, envolverle en una eterna melodía, de modo que él, en realidad, no percibe ninguna miseria a su alrededor. Mujer, ¡mujer! La he amado y la amo de forma inefable; creo que ninguna criatura me ha, al igual que ella y antes de haberte encontrado, elevado el alma hasta el punto de darle las gracias a la divinidad. Ningún hombre, ninguna obra de genio, ningún amanecer hasta el mar o la selva, ninguno de los muchos jardines donde tiembla la secreta alegría de las flores...A veces se lo he dicho, pero se ha escabullido, moviendo las delicadas manos alrededor de mi frente, enrojeciendo, con tierna humildad: «¡Dulce Sibilla! Eres tú quien me adorna con todo lo que crees que soy!». Pero sabe que miente y por eso su rostro se colorea con semejante amabilidad. Sabe que la quiero como a una hija y a una madre a la vez y de la misma forma ella me quiere a mí, su mayor y su menor, iguales por esencia, aunque la suerte haya sido tan diferente, afortunadas las dos, pero más ella, y más digna, infinitamente...

8 de julio

Estoy mal hoy. El organismo femenino, hasta el más sano, ante sus periódicos malestares se encuentra siempre indefenso y humillado aunque su vida sexual haya recorrido ya gran parte de su propio ciclo. Es más, vuelve a sentir entonces aquel vago estupor y extravío que tuvo en la adolescencia. Una sensación salvaje, pudibunda y triste, un deseo de huida, de entierro... Hasta ahora ninguna poetisa¹⁰, en una superación heroica, ha analizado y expresado esta condición animal y sagrada, estas pausas en las que la vida del espíritu está suspendida en un halo turbio...

¿Recuerdas una de las primeras preguntas que me hiciste la tarde que nos presentaron, hace un año? «¿Qué es el arte para usted?». Me asombró, porque era la misma pregunta que me hizo algunos meses antes Bruno Tellegra¹¹, la tarde en que la había conocido.

Te contesté... que no sabía contestar. No sé si aquella sincera humildad te gustó. Pero luego te dije que lo poco que una mujer puede realizar en el campo de la poesía es el resultado de una tensión infinitamente más tremenda que la tensión viril; te dije, hermoso muchacho que me mirabas en la penumbra, cuanto se inmola quien persigue creaciones del espíritu en lugar que de sangre...

(¡La sangre, la sangre...! ¡Tú no tienes que tocarla, en este mes de ascesis mágica...!).

Estoy mal hoy.

Aun así tengo que levantarme, salir, ver gente, enfrentarme al editor, asegurarme la vida para este mes y para el próximo, que he prometido esperarte. Imagina, mi adivino, la parte de humanidad que se afana en mí en el tumulto hostil, mientras que

¹⁰ He optado por el término *poetisa*, en lugar de *una poeta*, por fidelidad al texto original. (N. de la T.)

¹¹ Bruno Tellegra es el *alter ego* de Julius Evola en *Amo luego existo*. En este periodo, Evola frecuentaba los círculos esotéricos de Roma y participaba en la vida nocturna de la capital, al tiempo que mantenía una apasionada y atormentada relación sentimental con Sibilla Aleramo, como ella misma refleja en este libro.

su instinto profundo sería refugiarse en un bosque, ¿y allí tal vez morir? Morir como el lobo de De Vigny... ¿Recuerdas?

*Jamais entrer dans le pacte des villes*¹².

Toda mi vida he sido la refractaria, la rebelde, ¡oh pero inerme! «Alma mía que tienes alas pero no armas», escribí una vez. La sociedad justo no me perdona esto, no me perdona que vaya sola e indefensa, yo mujer, y condene así, implícitamente, aunque en silencio, su forma de ser, sus corazas, sus puñales, sus venenos. No me perdona y se venga; es lógico. Es decir, cree vengarse, fuerte de su oro, de sus estatutos, de su infinita cobardía. Si yo, no obstante, llego a arrancarle algo, sucede que me conformo siempre con el mínimo suficiente para salvarme, para salvar dentro de mí lo que los demás no tienen. Y la criatura salvaje que soy, la que se ha conservado intacta a pesar de que haya tenido que descender a menudo a la llanura hormigueante y miasmática, la criatura de libertad y de altura, en ciertos días, como hoy, ¡se ríe, se ríe, se ríe! Hace una hora estaba triste, ahora se ríe, en la inminencia de la lucha, grotesca lucha para tener un poco de materia para transformar en esencia, esencia armoniosa, olorosa, para ser donada a todos.

Anochecer. Media hora después de la entrevista con el editor, estaba en casa de unas personas a las que no veía desde el otoño pasado y que me encontraron «maravillosamente bien, extraordinariamente mejor que la otra vez». Es la impresión que han tenido todos los que me han visto en estos días. Pero hoy, ¿por qué alegre prodigio he conservado este aspecto, justo hoy, después de haber salido del despacho del editor sin haber conseguido nada?

Otras veces, después de semejantes derrotas, aunque reaccionara, mi rostro dejaba intuir amargura y a veces una sombra de desasosiego. Hoy, aunque esté enferma y cansada, he conser-

¹² «No entrar jamás en el pacto entre ciudades». En francés en el original. La traducción es mía. (*N. de la T.*)

vado esta luz de una segunda juventud que irradia desde que me has besado, Luciano...

¿Me quieres? Son cosas que no se preguntan, lo sé. ¡Pero esta noche, esta noche déjame ser una niña! Decías: «¡Qué pequeña te vuelves, cómo cambias!», y tú también te transformabas, tierno, protector...¿Me quieres? ¿Me quieres? No sufrías, si lloraba. No lloro. Pero abrázame, acaríame, tu mano es aún más leve que la mía, acaríame, quiero tus dedos entre mis cabellos, en mi frente, en mis ojos y saber que hacerme feliz te da felicidad a ti. Hermoso amor mío lejano, ¿me oyes?



9 de julio

¿Y si tú no te hubieses marchado de Roma? ¿Si todo fuese un cuento; el viaje, la torre en medio del mar, el mes perfecto de aislamiento, sin otra comunicación que la de espíritu a espíritu?

Hace un año, alguien, ¿te imaginas quién? Bruno Tellegra dijo a todo el mundo que dejaba la ciudad por un retiro espiritual de unas cuantas semanas, pero se encerró en casa. Su familia estaba ausente; por la mañana una mujer le llevaba el pan, la fruta, un poco de leche y luego se iba. La casa se impregnó de extraños aromas; incienso, benjuí, eucalipto, sobre los que al final dominó el éter.

Solo yo lo sabía. Una tarde dejó que le visitase: durante algunos minutos. A excepción del aire, casi irrespirable, y las ventanas cerradas en pleno verano, el pequeño estudio que tú conoces no era en absoluto distinto: el mismo orden, la misma disposición de los muebles, de los libros, de los cuadros. Encima del escritorio, abierto, un antiguo tratado de magia. Como marcapáginas, una pequeña cinta verde esmeralda, con la que yo había atado la melena de mis cabellos el día en que los había cortado y enviado de manera romántica a él, que se había apresurado a quemarlos...

Me pareció más demacrado de lo habitual: algo en su persona daba la idea de desgaste, aunque estuviese vestido de forma impecable como siempre.

Mi olfato se llevó consigo, durante muchos días, aquel atroz olor a éter.

¿Si te hubieras quedado tú también...? No en casa de tu madre, ¿sino en el gran estudio secreto que has amueblado a tu manera y no quisiste que yo lo viera?

¿La pequeña cocina de campo que tenía y que aceptaste, la hamaca que te di, encantada, pensando que dormirías en algo mío, para que te servirán? Pero no puedes haberme engañado. ¡Hay en tu voz, en tus gestos, en la emanación de todo tu ser, una

pureza tan entrañable! Aún más entrañable que tu propia belleza. En tu potencia de fascinación jamás sentí algo perverso...

Innumerables divinidades respiran a tu alrededor. Esa es tu gloria, donde los demás fracasaron tú ganas, dispensas el sueño, el cuidado.

Entonces estaba convencida de haber nacido a tu lado, yo que podría ser tu madre, que soy madre para ti en las más leves caricias.

«Crees», me decías, «que los dioses existen; crees en mi divinidad y en la tuya; crees, niña, que vives en mí, y que cuando tengas cien años serás amada como hoy, inmortal».

«Creo», te contestaba, «en tu gracia».

Es tu gracia la que da fuerza y consistencia de realidad a todo lo que inventas, o repites, inspirado por seres invisibles.

Íntima gracia, e incluso parece ser la misma que recubre de belleza tu rostro y tu cuerpo y que los recrea tal y como son, instante tras instante, como en un hechizo. Tu aspecto testimonio la posibilidad de todo prodigio...

¿Las estrellas cubren tu cielo esta noche o alguna tormenta las esconde y las olas profundas golpean alrededor de tu palacio real?

¿Estás levantado, contemplando la abierta y espaciosa noche, o duermes, agotado por interrogar en exceso a las fuerzas cósmicas? ¿O escribes con tu pequeña maquina? ¿También mi nombre tal vez se graba en el papel?

Mira, me invade un desenfrenado deseo de ofrecer a tus secos labios un jugoso melocotón...

10 de julio

Momentos vertiginosos de absoluta soledad, en medio de la gente; caminando por las calles o incluso en medio de las personas que me hablan, quizás con cariño. Momentos de abstracción hasta de mí misma y de ti, amor mío. Tú te fuiste a buscarlos lejos, ¡con tantos preparativos! Perdón, querido. No hay traza de malicia en lo que te digo. Como mucho, solo melancolía, sumisa. Mi larga experiencia, aunque no «técnica», me ha convencido de que, ante el misterio, valen solo estos acercamientos inesperados, no buscados, no forzados. Rezos en el monte, no dentro del templo. Mejor, rezo en el secreto del corazón, dondequiera que sea, silencioso, en cualquier momento...

Pero tú, ¿cómo actúas? ¿Cuál es el secreto de tus obras, en tu vida humana y en tu vida sobrenatural? ¿Con qué medios se manifiesta tu luz infinita? Si es que la usas.

Eres hombre, ¿cuáles son los límites de tu humanidad?

¿Te ríes? Ah, ¡cómo me gustaría verte reír! ¿Recuerdas que protestabas si te decía que me parecías una mujer enamorada?

¡Eres un hombre, anda, no te asustes!

Me voy dentro de una hora para Salso. He vendido por quinientas liras dos cartas firmadas por Rodin, una por Barrès¹³, otra que me escribió De Amicis¹⁴ cuando era pequeña...

Sin embargo, no he podido procurarme un vestido nuevo, ni un poco de agua de lavanda, que ya no me queda.

13 En los años veinte, los numerosos viajes de Sibilla a París, después de la traducción al francés de su obra *Il passaggio*—muy valorada por la crítica gala—, la fueron acercando cada vez más al ambiente de los intelectuales franceses, que mostraban gran curiosidad por el mundo poético de Sibilla. Durante sus estancias en esta ciudad, la autora entabló amistad con muchos de ellos, entre los que se encontraban Rodin y Barrès.

14 Escritor italiano, novelista y autor de libros de viaje de la segunda mitad del siglo XIX.



Salsomaggiore, 11 de julio

¿Cómo he terminado la carta de ayer? Con la añoranza de no haber podido comprar un poco de agua de olor. Sin embargo, bajando en la estación de Borgo San Donnino, aturdida por el día tan caluroso, olvidé que hay un trenecito local que de allí llega hasta aquí arriba, y por eso me dejé enjaular en un automóvil. Cincuenta liras, me dijo luego el conserje del hotel. ¡Bah!

El campo, al atardecer, espigas todavía sin cortar, heno segado, la buena campiña emiliana, me envolvieron, mientras corría, con mil vivos aromas.

Ahora no te describiré este otro refugio. Cuando me leas ya estaré lejos de aquí.

Lo más duro de soportar en este momento, aparte de no saber cómo estás, es no poder hacerte saber nada de mí. ¿Cómo me estoy haciendo a este lugar? ¿Cuándo piensas en mí? ¿O sigues viéndome en el diván rojo en el rincón de aquella habitación donde quizás no volveremos nunca más? ¿Con la túnica de color dorado?

Escalofríos. El deseo de ti me atraviesa hasta sentir casi que desvanezco. Estoy en la cama. Tengo el cuaderno en mis rodillas y el lápiz en la mano, pero entre una frase y la otra pasan siglos. Mi mano derecha se apoya en el pecho que tú besaste. Furiosa es la tentación de lacerarme. Tú, si piensas en mí, no sufres. ¿Cuál era tu tormento, cuando te resistías y evitabas mis abrazos y te lanzabas al otro diván, en la otra esquina, lejos de mí? Yo me quedaba abatida, fulminada. Acariciaba, como ahora acaricio mi pecho, todo tu cuerpo pero cubierto, tu virilidad protegida. Protegida por tu feroz voluntad, por la mía. Lo sabes. Desde la primera noche, llena de trepidación y de amor, no intenté rebelarme a tu imposición, la acepté, entendí la realidad trágica que me anunciabas: que si hubieses interrumpido tu castidad, probablemente morirías, por no poder gobernar de nuevo el espantoso fluido, concentrado en ti para otras finalidades...

No sé si fui mujer, no sé si fui espíritu. Fui *amor*. Fui tú y yo, un único ritmo, un único silbido heroico.

¿Te supliqué alguna vez que me hicieras tuya? ¡Toda mi sangre te imploraba! Pero contenía con fuerza igual a la tuya el delirio, para que no llegara a expresarse en palabras ni en gestos irreparables. Besos, solo besos, mientras los recuerdos retumbaban en mis venas. Siempre era un vertiginoso descubrimiento de felicidad.

Y cuando nuestras bocas se alejaban, volviendo a abrir los ojos, veía los tuyos encenderse de nuevo en su círculo oscuro. La sombra, que al alba se disipa en la oscuridad de un bosque o en el límite del horizonte entre el mar y el cielo, es menos profunda.

Veía que tú, al igual que yo, habías tocado increíbles reinos nocturnos, donde imagino que la inmortalidad, y no la muerte, sonríe con la sonrisa de millones de estrellas... Aflorábamos a la luz de la vida que pasa, de la vida que ha tomado nuestras dos formas y no las abandona. Nos enlazábamos con fuerza como quien está a punto de perderse, y entonces, entonces te ibas...

Desde la pared, una máscara mía observaba todo, sabía, secreta.

Anochecer. Y una vez más este estruendo en los oídos; no el silbido que según el vulgo se oye cuando alguien desde lejos habla de nosotros, sino un latido extraño, la sensación de que allí, detrás de los lóbulos, algo está a punto de hacerse añicos...

Tal vez nuestra vida, la tuya y la mía, esté en peligro y este es el aviso, inútil como muchos otros, como las indicaciones del adivino o de la hechicera.

Luciano, Luciano, ¡y tú qué quieres ser mago!

Me dijiste que ya habías hecho cosas fantásticas, fantásticas no solo al contarlas sino en la realidad. ¿De verdad una noche invocaste gnomos y duendes en una gran villa romana, donde entraste con dos adeptos a pesar de las cancelas cerradas y de los altos muros?

«Tú no me crees, no puedes creerme... Es inútil que yo te lo cuente... La mente no puede expresar ni comprender lo que es pura conciencia del espíritu...».

Me contestabas siempre lo mismo cuando te preguntaba por qué tú y los tuyos no divulgabais vuestras experiencias, vuestras acciones y, por el contrario, las envolvíais en un hermético silencio. Siempre repetías: «Es inútil», con esa voz tuya que asume un valor extraordinario cuando quiere subrayar una palabra.

Yo que he conocido a tantas personas singulares; hombres, mujeres, genios, y uno o dos seres más angélicos que humanos, aún no había escuchado nunca semejante acento que realmente no sé definir, si no con vuestro vocablo: arcano.

¡Qué bien sabes enseñar o esconder, de forma tan exquisita según las circunstancias, tu condición de Iniciado!

Tu mayor encanto reside justamente en poder pasar, de un momento a otro, de la risa espontánea del niño a otra muy distinta, llena de sapiencia cósmica, en la que parecen refulgir como minerales preciosos o como astros, todos los espíritus infernales y celestes. Cuando hablabas de las virtudes lunares de ciertas plantas o de la capacidad que tú habías adquirido para fijar el sol en el cenit o de los largos ayunos que practicas por disciplina y por auxilio de tus estudios y de tus empresas milagrosas, tu rostro conservaba la luminosa serenidad de cuando, anteriormente, me habías hablado del gran lecho de rosas que acogió a un amor tuyo...

Todo en ti se muestra naturalmente. Las fórmulas alquímicas y los rituales ocultos son como entretenimientos, bellos cuentos que tú ofreces como otros ofrecen un frasco de perfume.

Eres perfecto como una invención de la fantasía.

La última tarde (pero no la última, no, no quiero llamarla así, me parece de mal augurio —al contrario, la tarde que nos despedimos para esta breve y a la vez larga separación—) me dijiste que la sustancia divina de que estás hecho es impenetrable aunque se pueda evidenciar...

No, no consigo recordar...

Noté de inmediato que tus palabras eran devoradas por lo invisible y que no las retendría...

Pero estabas a mi lado: ¿qué importaban las palabras?

¡Ah, me anulo! ¡Tú me despreciarás, leyéndome!

Tal vez me estás despreciando en este mismo instante...
¡Sin embargo, sin embargo! Querías que fuera mujer, aún más
mujer de lo que soy. Bien, tienes que estar contento... Baluceo,
deliro, me contradigo... Este es el terror al que quiero vencer,
sin embargo no lo logro... Puede ser que nuestra vida esté en
los confines de la locura... ¿De mi locura qué importa? Pero tú
¡no tienes que morir, tú no! Más allá de tu misterio, de todo lo
que quieres creer y que quieres que exista, yo te he visto como
una maravilla radiante, como una infinita promesa de futuro,
como un don sagrado para todos, no solo para mí, sino para to-
dos, para todos, Luciano, y no tienes que perderte, no puedes, yo
quiero que tú te quedes, y por eso te encontré, por eso desde lejos
te asisto, el amor me transforma en maga a mí también, Luciano,
Luciano, ¡vive!

12 de julio

Siempre me conmueven las ramas verdes al sol. Estoy aquí en la pequeña galería reservada para mí, entre la habitación y el jardín. En el cenador hay una vid virgen muy común, o una madreSelva, como quieras llamarla tú, docto también en botánica.

Entreveo otras criaturas vegetales del jardín, igual de comunes, acacias blancas de menudo follaje y la cima de algún castaño de indias. El viento y la luz hacen de ellos milagros de delicadeza y de alegría.

En esta contemplación, ya no me acuerdo de la condición espiritual en la que me encontré al despertarme, poco después de amanecer, donde algo percibido en sueños, había permanecido dentro de mí y estaba haciéndose consciencia...

¿Pero por qué los sentidos a menudo son un estorbo en lugar de ser un trámite para las revelaciones interiores...?

¿Estos ojos míos, benditos sean, que han visto tantas cosas y que aún no se han cansado, no se me dieron acaso para reconocer la gloria del universo?

¿Qué me contestas, Luciano? ¿Qué aún no he aprendido a dirigir mis sentidos para servirme de ellos de la mejor forma?

Me contestas, querida voz, que aún no he aprendido a concentrarme; ¿es así?

Así es.

En tantos años, con tanta vida, vida creadora y con larguísima períodos de aislamiento y de silencio, es cierto, es cierto que yo nunca llegué a fijar completamente las intuiciones que han aflorado a mi espíritu, infinitas veces, entre el sueño y la vigilia, intuiciones, alucinaciones, mensajes secretos...

Mi culpa o mi fatalidad, no sé. ¿Tú lo sabes? No me amas menos por esto.

¡Ah! Si hubiese podido desde niña, desde que, con seis años, seis años, me pregunté el significado de la palabra «consciencia» (vuelvo a ver la calle de la ciudad y la hora del día en que sucedió), ¡si hubiese podido dirigir, regular este don!

Mi padre, mi madre ignoraban los gérmenes de profunda vida que había en mí. Mi madre afinó, durante un tiempo breve, mi sensibilidad; mi padre puso normas a mis energías físicas y racionales.

Tú no leíste mi primer libro, *Una mujer*. Al principio hay el relato de mi educación infantil, de mi *dressage*¹⁵ mental. Luego sigue la narración completa de la que yo llamo mi prehistoria, hasta el día en que dejé a mi marido y a mi hijo y empecé a vivir como Sibilla.

Ese mismo día, ¿te lo dije ya? Tú, Luciano, nacías.

Si yo inventara esa conciencia para una novela, ¿quién se lo creería?

Tenía los años que tienes tú ahora.

Y los hombres creían que yo perseguía el arte, la libertad, la voluptuosidad...

Pero al mismo tiempo veían en mí el signo inefable de algo que trascendía todo eso.

Alas alrededor de la frente...

Etéreo mundo tácito...

Palabras que fueron visiones y que todavía no pronuncié...

Son todos motivos que vuelven en mis poemas, a larga distancia.

Los hombres, los mejores, sentían, sienten en mí un destino no cumplido, y esta especie de halo es lo que les fascina y a la vez les perturba...

Anochecer. Hoy he vuelto a ver a uno de ellos, estaba de paso por poco tiempo, uno al que amé por algún tiempo, hace muchos años, del que fui amante una única noche, y solo hoy me ha dicho por qué entonces no se quedó conmigo, porque se substraía al hechizo que emanaba de mí, de mi apasionado sueño de una prodigiosa existencia a dos...

¹⁵ 'Educación mental', 'espiritual'. En francés en el original. (*N. de la T.*)

Amor, ¡esperanza de milagro!

Me ha dicho —las sienes se le han vuelto grises y en su rostro surcado es incluso más atractivo el reflejo de su alto ingenio—, me ha dicho que fue el fantasma de quien en mi libro *Il passaggio*¹⁶ se llama Andrea¹⁷, el que se ha interpuesto entre nosotros, obsesivamente...

Él fue muy amigo de Andrea, en su juventud.

De hecho me conoció cuando vivía a su lado...

«Usted era, sin retórica, una imagen angelical, en aquel entorno muy humilde, en aquellas tareas de secretaria, de ama de casa, de criada; era increíblemente bella y pura, y al lado de Andrea con su penoso aspecto, con aquella desgracia física...».

«Le quería».

«Pero no podía ser amor carnal».

«No. Pero gozaba con la alegría que yo le daba. Le veía transfigurarse por la felicidad, con mis besos. Siete años, así. Siete años de absoluta dedicación, sin tan siquiera un pensamiento de infidelidad».

«Es cierto. Era testigo de ello. Y yo que la encontraba extraordinariamente deseable, nunca osé decírselo en aquel entonces».

«¿Por qué nadie quiso considerar todo esto, cuando me alejé de él, cuando lo dejé, por qué se me condenó tan ferozmente...?».

«Yo, no...».

«Muchos, muchos, casi todos, amigos y desconocidos. Todavía hoy, después de quince años, B., por ejemplo, cuando habla de mí, es más duro conmigo que sus mármoles, precisamente él que por aquel entonces decía ser mi hermano... Nadie quiso creer tampoco que yo, al dejar a Andrea, sufriese igual que él. Nadie quiso saber cuánto le supliqué que nos viéramos y man-

¹⁶ *Il passaggio* es la obra hacia la que Sibilla siente más apego. La escribió en 1919, mucho después que *Una mujer* y algunos años antes que *Amo luego existo*. Centrada en el amor universal, en ella Sibilla siente la necesidad de hablar de sus relaciones sentimentales sin tapujos; nos confiesa incluso algunas cosas escandalosas que ni en *Una mujer* se había atrevido a hacer. Habla de lo que quiere sin filtros ni censuras y, precisamente esa sinceridad, es la que lleva a la autora a sentir predilección por esta novela.

¹⁷ Andrea es, en realidad, el poeta Giovanni Cena, con quien Sibilla mantuvo una relación durante muchos años.

tuviésemos una relación tierna...Andrea siempre contestó con crueldad: o todo o nada».

«Seguía siendo, a pesar de la ideología que profesaba y de su poesía, rudo, criatura de la tierra...Su sufrimiento era distinto al suyo. Perdiéndola a usted, el cerró su existencia, aunque sobreviviera, ¿cuánto? ¿Casi una década...? Usted, en cambio, empezó el verdadero experimento de la libertad, de la libertad interior, después de aquella separación...».

Considerando las distintas fases de mi destino, pienso en los lentos desarrollos geológicos: periodo secundario, terciario...

«Él la ahogaba, todavía más espiritual que físicamente».

«Empecé a escribir versos más adelante... Fue la misma y misteriosa ley que me había arrancado, con el sudor de mi sangre, de mi hijo, también adorado, la que me hizo poner fin a aquella larga y perfecta inmolación...».

«Sí, sí, ¿le dije que la noche que se entregó a mí con una tal esperanza, vi palpitar en usted algo parecido a dos grandes alas celestes...? ¡Ah, si no hubiese aparecido también aquel espectro! Aún más deforme de lo que el pobrecito fue en vida, perdóneme...».

«Usted acababa de volver de la guerra, los nervios enfermos...».

«Hubiera podido ser una cosa muy bonita, duradera, entre nosotros... Muchas veces sentí una punzante añoranza. La recordé a usted, la recuerdo. Lo que la diferencia de cualquier otra en el acto del amor y que creo proceda de su individualidad excepcional, es eso; voluptuosa como es, maravillosa en ardor, conserva, sin embargo, en su aspecto y en cada uno de sus gestos, una luz purísima, cándida, diría casi un aura virginal. Y nunca le sucede, como en cambio les sucede a las demás al probar el placer, que se descomponga; ¿me comprende...?».

Permanecemos callados, por un tiempo. Olor a almendros en flor, a miel, saliva para la memoria de ambos, de los almendros que en la noche lejana asistieron al vano intento de amor.

« ¿Y ahora es feliz? Querida. Parece estar en la víspera de una Epifanía».

13 de julio

La primera noche que viniste a verme, aún no hace ni tres meses, me dijiste después de un rato.

«Emana de usted un sentido de inviolabilidad».

Aquella noche estaba en un extraño estado de excitación.

El día antes había recibido una carta de amor muy bonita, con notas por aquí y por allá de verdadera conmoción, de un joven, un chico extranjero de raza corsaria.

Llevaba tiempo sin recibir cartas de amor —casi nadie ya las escribe— pero aquella me agradó mucho...

Tú me interrumpes:

«¿Este formó parte de los hombres que habías poseído — es la mujer que posee no el hombre— durante los tres meses anteriores a nuestro primer beso?».

Y me lo preguntas con una leve alteración de tu maravilloso rostro, a pesar de haberme dicho —pero no te creo— que eres incapaz de tener celos y que, si me encaprichara de algún hermoso varón, tú mismo me lo traerías.

¿Más de un hombre en tres meses? Y eso que mi existencia tuvo larguísimas fidelidades (nueve años con mi marido, siete con Andrea, tres con Endimione...) y larguísimos oasis de castidad...

Rápidos contactos, sin un después.

A uno de esos hombres lo quise, entonces. Volvió de repente. Fue él quien me había dejado; la comedia de la vida es esta: los regresos nunca coinciden con las esperas. Y el abrazo fue una especie de repetición del adiós, vértigo temerario y triste.

Aquellos tres meses no fueron alegres en absoluto.

Tan solo tuve una sola hora agradable, una noche transcurrida con un oficial aviador simpático, gallardo. Una noche impetuosa y ligera, como una danza o como un vuelo. El aviador, de rancio abolengo, supo despedirse con una sonrisa elegante:

«¿La reina no hará que me maten después de haberme otorgado el alto honor de acogerme por una noche?».

Al amanecer, sola, oí el despertar de los pájaros en el jardín de enfrente. Alrededor de un núcleo de voces trinantes, un inmenso coro empezó a cantar en el vértigo del vuelo y de la luz.

Tal vez para ellos cada aurora es como para nosotros el Año nuevo o un inicio de era. ¡Tan alegre! Una esperanza que llena de frescor el cielo de color ópalo.

(El ópalo, la piedra que tú prefieres, ¡Luciano!).

Viniste a verme la primera vez pocas noches después.

El extranjero de la carta y el gentil aviador y el que volvió, todos, desaparecieron, como por encanto, de mi memoria.

Solos, por primera vez, sentimos súbitamente que de nosotros dos emanaba y se difundía alrededor una armonía delicada, que enseguida percibimos preciosa.

Tal vez la preparó el largo ayuno de un año.

Estábamos solos, solos con dos sombras, dos larvas y el asombro de saberlas inofensivas, después de haber creído durante un año que eran insuperables.

Ni siquiera hablamos de ellas.

Evocamos a un tercero, a un amigo, más mío que tuyo, que había venido a verme aquel día.

Te contesté, cuando me hablaste de mi «inviolabilidad»:

«Hoy Riccardi me ha repetido una vez más que mi destino es el de no poder ser completamente de un hombre solo, nunca amada completamente...».

«¿Por qué?».

«¡Bueno! Dice Riccardi que yo soy claramente una antelación, un aviso de quien vivirá en la tierra dentro de unos siglos, del andrógino liberado, espiritualizado... Dice que aquel retrato mío, justamente aquel, sí, que se encuentra también en el volumen de mis poesías, es un documento irrefutable...».

Cogiste la fotografía, murmuraste, lentamente:

«Perfil, todo finura y luz... de una espiritualidad aún más vibrante e intensa de la que rodea la cabeza de Psique en el Museo napolitano... Al antiguo mármol le falta esta alta frente de mujer moderna...».

Alegremente yo misma continué con el elogio:

«Un día, la Duse, apuntando con el índice sobre este espacio, dijo: “Aquí se puede escribir *genio*”, sonriendo de forma adorable como siempre para atenuar la gravedad de la sentencia... Pues bien, nuestro Riccardi, nuestro gran y querido Riccardi, más que genio me quiere mito... Y mientras, piensa en condenarme a la soledad durante toda la vida... Perspectiva poco atractiva, ¿no...?».

Yo conservaba mi tono gracioso, pero mi voz temblaba un poco. Y tú, Luciano, dijiste de nuevo:

«Inviolable. Inviolable». Luego: «Riccardi tiene razón y a la vez está equivocado. Usted es una imagen sorprendente, única tal vez por ahora, del acoplamiento del principio viril —creador, divino— en la forma femínea. La luz en el fondo de sus ojos es insostenible y usted lo sabe, lo ha escrito.

«¿Para usted también...?».

Sonreíste y continuaste:

«Mah, mah... *para empezar* es mujer. Mujer».

En tu voz vibraban todas las caricias de una tarde primaveral en un prado.

«En el amor sería necesario conseguir anularse e inmolarse totalmente... Entonces el hombre amado sería suyo eternamente... Acontecería la compenetración espiritual...».

Yo murmuré:

«Lo he intentado, muchas veces lo he intentado...».

«Evidentemente, usted no lo ha conseguido. Habría que lograrlo».

«¡Ahora es tarde...!».

«¡Me dijo una sabia que una mujer puede amar hasta con ochenta años!».

Nos reímos, nos volvimos niños. Nunca había sentido mi corazón tan ligero. Tu gracia hacía su efecto.

«¡Y la tuya, Sibilla!», añadiste tú.

¿Mentías? ¿Mientes? ¡No!

Las dos sombras, de los que habían sido nuestro tormento, un año antes, y por medio de las cuales nos habíamos encontrado, las dos sombras estaban presentes, ¡pero tan insignificantes!

Ni tan siquiera teníamos tiempo para compadecerlas. ¡Qué vivos estábamos, tú y yo, aquella noche, Luciano!

¿Recuerdas el pequeño Buda de bronce dorado?

Ahora, está aquí y tiene sujetas las hojas de las cartas que te he escrito.

Lo cogiste entre tus manos, varoniles, de venas turgentes; te agachaste para observarlo, con tus ojos de halcón.

«Es del siglo dieciséis. ¿Queremos profanarlo?».

«¿Se puede?».

«¡Seguro!». Estabas serio otra vez.

Cogí unas tijeras grandes de un estuche que me había regalado Endimione. El Buda es un regalo del Príncipe. Endimione y el Príncipe, solo ellos, entre muchos hombres que encontré y que amé durante años o instantes, solo ellos tuvieron la suerte de poseer una belleza sorprendente casi como la tuya, aunque menos esplendorosa...

Quitaste el soporte del pequeño ídolo y cogiste con extrema delicadeza, con dos dedos, una vez levantada hacia la luz, la cajita que lo envolvía, parecida a un capullo de seda bruñida.

Lo palpaste, lo oliste y luego, en silencio, lo volviste a poner en la cavidad de bronce, volviendo a cerrar con la fina lámina grabada con signos secretos.

El Buda permaneció impasible, como lo veo ahora, con los ojos larguísimos oblicuos debajo del alto arco, la mano izquierda colgando encima de la rodilla.

¿Qué contiene el pequeño capullo? ¿Una oración? ¿Un ritual?

Me has hecho prometer que no volvería a abrirlo nunca más y que no consentiría que nadie más lo abriese.

14 de julio

Me siento profundamente angustiada, aún más que el día después de tu salida.

Invoco mentalmente tu ayuda, con la fuerza que aún me queda.

Pero tú no me das señal alguna, ni en sueño ni durante la vigilia... ¿Cuándo aparecerás, Luciano?

Y mientras, yo estoy aquí, dolorida, pensando y recordando, ¿qué es de ti?

Quizá también el tiempo en aquel lugar sea infausto: temporales, tormentas, tempestades...

¿Estará protegida de los rayos la torre de mi Amado?

¿Qué te revelará el cielo?

Los días, las noches, el variar de los colores del mar, el vuelo de los alciones y de los halcones, la espuma, la salinidad; ¿adviertes todo esto o estás absorto, fuera del espacio y del tiempo?

¡Poder saber algo de ti, poder hacerte llegar un grito mío!

Hoy ya no me retumban los oídos, pero la nuca me martilla terriblemente...

«¿Qué será de mí?», te preguntaba.

Respondías:

«Nosotros no poseemos poderes de previsión sobre las personas a las que estamos unidas sentimentalmente».

Los médicos, los cirujanos, casi nunca se encargan del cuidado de sus propios familiares.

Solo los artistas, los pintores y los poetas se obstinan en trabajar sobre la materia que más los hace sufrir, se obstinan en transfigurarla...

Tengo aquí unas gardenias, ligeramente marchitas, de fiera sensualidad. Me las mandó esta mañana una admiradora, una joven señora que se presentó el otro día; dijo que estaba feliz de poder conocerme por fin.

Es refinada, agraciada, muy inteligente, muy sensible.

Amo luego existo

Las gardenias venían acompañadas de un billete: «El amor me las manda, con amor os las ofrezco».

Ah, una flor, una flor de tu parte, ¿cuándo la conseguiré?

15 de julio

Ayer por la tarde estaba algo mejor y, después del almuerzo (aquí tomo a la fuerza las tres comidas reglamentarias, a pensión completa y no sin repugnancia, pensaba en ti que vives allí de galletas y conservas de fruta; ¡pero no adelgaces demasiado!, ¡no te estropees demasiado!), después del almuerzo me quedé en el salón a conversar con la señora de las gardenias.

Yo llevaba la túnica con el velo rojo del año pasado, la de la tarde en que te presentaron a mí.

La joven está de luto. Le hicieron un peluquín de cabellos cortos que lleva encima de los suyos, también rubios, que no se los corta por no disgustar al marido. Me contó su historia entera; con ardor y a la vez con delicadeza, típico de una mujer de mundo que de joven tuvo el gusto de la cultura, que estudió y viajó, y a la que le ha quedado un delicado interés por cualquier expresión de vida interior y de arte. Conocí alguna que otra así. Son difíciles de encontrar en sociedad, pero existen: criaturas de fuerte y rica fantasía; viven una doble existencia, aquella ficticia de las relaciones con su propio ambiente y aquella, real para ellas, de sus sueños. Aunque no tomen morfina o éter, tienen en la mirada un halo de nostalgia, una mezcla de amargura y de tristeza. Agraciadas, refinadas, a veces productos de cruces de razas. Vienen hacia mí, cuando no se trata simplemente de esnobismo intelectual, porque se figuran que yo soy una de las que ellas quisieran ser; vienen hacia mí con tímida y conmovedora amabilidad. Lo que no imaginan, que no pueden imaginar, a pesar de su singular inteligencia y nobleza, como la de ayer por la tarde, es la tragedia implícita que está en haber querido, al contrario de ellas, llevar mis propios sueños en el bullicio, en el maremágnum de todos los días; la tragedia del poeta, del creador. Y me envidian.

Pero si apenas se les muestra un margen de verdad ¡cómo se asustan!

Ayer aludía al hecho de que no tengo casa desde hace años y años...

«¿Y sus objetos, y sus libros...?».

«Vendidos, perdidos. Ya no poseo nada. Lo que me quedó está en dos baúles».

Vi que le costaba esfuerzo, a pesar de su tendencia a la fantasía, imaginarse en concreto una condición de vida parecida.

Así que, cuando hablo con otras, de mis dificultades económicas, de los periódicos que no buscan o rechazan mi colaboración, de los editores que ofrecen retribuciones ridículas, de la coalición en contra de los trabajos teatrales de una mujer, y semejantes deleites, entiendo que quien me escucha piensa que aun así yo tengo una base segura, una fuente de ingreso fija, una renta (como tuve, en verdad, antes de la guerra). Tú mismo, ¿dime! ¿Has pensado acaso algunas veces que yo viviese de la caridad? La dificultad se interpreta en el sentido de que no hay dinero para un abrigo de piel, para un alojamiento mejor, para una camarera o tal vez una dama de compañía. ¡Pero si yo le contara a esta sensible aristócrata que no tendré, dentro de diez días, nada con qué pagar la cuenta de la pensión y que, en el caso en que el editor me adelantara un cheque, no sabría cómo arreglármelas para el mes siguiente!

Si le contara que, en cuatro años, he tenido, como regalo, o en préstamo, para vivir, de amigas y amigos, una suma que tal vez equivalga a la mitad de lo que su marido gastó durante el mismo periodo, tan solo para vestirla. ¡Y es de fortuna mediocre! Pero las hay que por renta tienen millones...

En París...

¿Te he hablado alguna vez de aquella última y paradójica estancia allí arriba?

Invierno 1922-1923. La traducción de mi *Passaggio*, valorada, como ya sabes, por la crítica francesa, unánimemente, entre las más impresionantes y significativas obras del lirismo moderno, había despertado hacia mí la más viva curiosidad del mundo parisino.

A los poetas y a las princesas, a los académicos y a los burgueses *cozzus*¹⁸, a los diplomáticos y a los *cabotines*¹⁹, en el té y en las comidas y conferencias en mi honor, les agradaba presentarse a mí y felicitarme con exquisitos cumplidos. Sin embargo yo percibía un destello de asombro en los ojos de todos ante mi modesta capa de paño que cubría por el día mi modesto traje, y que por la tarde, en las ricas recepciones, dejaba en el vestíbulo para quedarme con mi sencillo vestido de velo negro, siempre el mismo...

*La poétesse italienne... la poétesse italienne...Un grand talent, et une vraie beauté, infiniment gracieuse...Mais, bon Dieu, on voit, malgré son allure de grande dame, qu'elle n'a pas le sou... Quelle drôle de situation fait donc l'Italie à ses ambassadrices littéraires...?*²⁰

Lo pensaban, lo decían de forma sumisa, aunque continuaran, por aquella suya magnífica tradición de respeto hacia el ingenio, a invitarme y a festejarme.

Ahora bien, si hubiese aparecido con pieles y con joyas, si hubiese podido devolver las invitaciones, dar la dirección de un hotel en la Rue de Rivoli, hubiera tenido, aquel invierno, a todo París a mis pies... Sin embargo, vivía como una pobre estudiante eslava en la *Rive Gauche* (tenía una ventana sobre el Sena, sobre el Sena donde los grandes barcos de quilla roja surcaban alegres la niebla). Y sufría el frío. Una tarde tuve que renunciar a ir a una reunión de la duquesa de B., porque el zapatero no me había devuelto los zapatos que le había llevado a arreglar. Durante los primeros meses, había vivido con algo de dinero que me había dado el editor, y gracias a los cheques de dos o tres amigos de aquí. Después, no llegó nada más. Vendí los últimos regalos que

18 'Burgueses acomodados'. En francés en el original. (N. de la T.)

19 En español se podría traducir por 'comediante', 'teatrero', 'bufón', 'burlón', es decir, hace referencia a una persona que tiene un comportamiento bromista y, de alguna forma, teatral. (N. de la T.)

20 «La poetisa italiana...la poetisa italiana...Un gran talento y una verdadera belleza, infinitamente encantadora... Pero, Dios mío, se ve, a pesar de su aspecto de gran dama, que no tiene ni un duro... ¿En qué situación más rara deja Italia a sus embajadoras literarias...?». La traducción es mía. (N. de la T.)

me quedaban de Endimione, también la pitillera con el broche de zafiro que me había mandado a Nápoles antes de morir...

Permanecía aquí por su recuerdo. Por la representación del drama dedicado a él y que se estaba preparando en una pequeña *boîte*²¹ gloriosa...

¡París, París, miseria, sufrimiento, castidad!

Y mientras tanto, en mi país, la Envidia, con múltiples rostros masculinos y femeninos, me denigraba en las gacetas, negaba a toda mi obra cualquier valor, insinuaba que mis éxitos en tierra francesa se debían solo a la galantería.

¿Recuerdas el fresco de Giotto en Padua, la serpiente que sale de la boca del pecado que no quiero volver a nombrar?

Basta ya. En un gran *dîner prié*²², donde se habían reunido los más bellos nombres y las más bellas perlas, y yo estaba sentada entre Anatole France y un abad mundano, en casa de una israelita casada con el nieto de un papa, allí conocí una tarde a una americana quien, después del *dessert*, me habló de sus estudios teosóficos, con alegría.

Era aún joven y muy culta; me pareció interesante.

Luego me hablaron de la fantasmagórica cifra de su patrimonio.

«Venga a verme», repitió tres o cuatro veces.

Un día gélido, donde me sentía más triste y perdida de lo habitual, de repente, pensé en ella y me propuse exponerle mi situación. Telefonoo: Auteuil, veinte mil y no sé qué más.

«Venga, venga enseguida, estoy en casa hasta las seis». Tuve que coger un *taxi*. El Bosque de Boulogne, todo *givré*²³, te hubiese gustado, irreal. Más allá del bosque, la villa, muy elegante. En el zaguán, en una placa de mármol, había una inscripción en oro con grandes letras esculpidas, unas palabras del Eclesiastés: «Vanitas vanitatum et omnia vanitas».

Así.

21 *Boîte* es un término que sirve para hacer referencia a un local nocturno, pero en un contexto determinado puede usarse para hablar de una sala donde se representan funciones teatrales, como en este caso. (*N. de la T.*)

22 'Cena con invitación'. En francés en el original. (*N. de la T.*)

23 'Escarchado'. En francés en el original. En el momento en que Sibilla escribió la carta era invierno y el Bosque de Boulogne estaría probablemente helado. (*N. de la T.*)

«Lo demás es cosa vana».

Esta terrible afirmación, que ni el filósofo ni el mártir osarían transcribir en la pared de su propio tugurio o de su misma cárcel, que ni siquiera tú, Luciano, osarías ni de lejos haber dejado como un epígrafe en tu torre, sin embargo, la mujer del americano monopolizador, se permitía ofrecerla con toda tranquilidad, como una bienvenida, con letras áureas.

Pero yo fui vil.

Tendría que haberme dado la vuelta sin entrar en la casa de esos nuevos fariseos. O tendría que haber expresado mi indignación, al menos intentar explicar que aquella punzante inscripción, en aquel lugar, era una puñalada para cualquier alma en lucha contra la suerte...

Sin embargo, me callé.

Tampoco dije cuál era el motivo de mi visita.

Luego, vil otra vez, algún tiempo después, más agobiada que nunca por la necesidad, aún más exasperada, escribí, pedí ayuda... Yo, Sibilla, pedí ayuda a la reina, no sé ni yo, si del caucho o del zinc, a la aficionada a los textos religiosos.

Pero me castigó. Ella me contestó textualmente así:

«La desesperación de mi vida es que nunca puedo acercarme a una persona con simpatía sin que después, tarde o temprano, no me pida algo de dinero...».

Y no me mandó nada.



16 de julio

Lo más irónico es que a través de mi persona todo adquiere un aspecto agradable, es más, ¡estético! «Las vuestras», me escribe mi buen Roberto Bracco²⁴, «son, perdonadme, melancolías ornamentales». La larga, eterna historia de mi indignancia, la monotonía atroz de mi necesidad de dinero (oh, ¡tan poco!), la náusea de escribir cartas donde le pido dinero a gente que lo tiene, la náusea de recibir respuestas sin originalidad, casi siempre negativas, la increíble serie de experiencias que he tenido con el egoísmo de los ricos, egoísmo forrado, apuntalado, armado, nunca desnudo; y bien, ¿esta relación tan humillante, diría incluso degradante, que además es la historia de muchos poetas y de algunos genios, la misma historia de Balzac y de Dostoevskij, en qué se transforma, si yo hablo de ella?

Que seas solo tú quien me escuche o quinientos mil lectores, así es, no despierto compasión, en absoluto, en absoluto, sino al contrario, un sentido de alegre complacencia, ¿por qué? «Porque», me contestas, «hay en Sibilla en el mismo instante en que ella se presenta como una víctima, un signo de victoria, una luz, un radiar de risas, un color de gracia... ¡Porque Sibilla es valiente y no puede perecer! Porque las necias y obstinadas adversidades que en otras personas aparecen como índices de congénita mala suerte, de *malchance*²⁵ irremediable, en Sibilla, constituyen títulos de honor, privilegios, como las pruebas del hierro y del fuego para los antiguos caballeros, ¡mi hermosa guerrera!».

Ya. También Eleonora Duse decía de sí misma que era «afortunada». Se la dejó marchar, morir lejos, entre dificultades y angustias...

Suerte gloriosa.

²⁴ Roberto Bracco fue considerado como uno de los autores teatrales italianos más destacados del siglo XX. Algunas de sus creaciones se representaron en el extranjero. En gran deuda con el drama de Henrik Ibsen, Bracco trató de llevar el teatro italiano a la conciencia más profunda de la crisis en la cultura europea. Su obra analizó el dilema del papel de la mujer en la sociedad moderna. La conocida actriz italiana Eleonora Duse dio vida a alguno de sus personajes.

²⁵ 'Desgracia'. En francés en el original. (N. de la T.)

¡Pero las actrices jóvenes de hoy desde luego no envidian semejante suerte!

La escuché a una de ellas, deliciosa, mientras realizaba los ejercicios matutinos para mantenerse esbelta: cien volteretas, desnuda sobre la alfombra, antes del baño, entre un círculo de elegantes amigas, la oí que juraba: «Dios me libre de no proveer con tiempo a mi vejez, de terminar como la *pobre* Duse...».

Hace dos años, en un momento dado, me sentí tan oprimida, cansada, humillada, que tuve el miedo de ceder seriamente a la tentación del suicidio.

¿Yo que había resistido más de una vez a semejante tentación, enfurecida cuando se trataba de angustias del corazón y del espíritu, habría acaso perdido en la batalla material? Más que temor sentí un verdadero terror. Entonces, en aquel estado atormentado, imaginé y escribí mi segundo trabajo teatral, *Francesca Diamante*²⁶, que aún no se ha ni representado ni impreso, y que ni siquiera tú conoces.

Francesca Diamante, como todas mis protagonistas, es un poco yo misma. También ella representa un poco la suerte de la Duse. Con la diferencia de que Francesca es una protagonista ausente, muerta, suicida; por miseria. Todos los personajes del drama hablan de ella, de nada más, se culpan de no haber sabido quererla lo suficiente, de no haber sabido salvarla, y la llaman, tal vez no en vano: ¡Francesca! ¡Francesca! ¡Madre! ¡Amiga! ¡Francesca Diamante...!

Y bien, esta ficción poética mía simboliza de forma terrible mi propia realidad, todo, en mi vida, se transforma en materia de arte, hasta al límite de la muerte, hasta la alucinante visión de la posteridad.

Y, de forma ilógica, irracional y misteriosamente, sucede, sucede, como te decía, que cuanto más tendría que ser compadecida y ayudada, tanto más me encuentro en lo alto de un pedestal, admirada de lejos como una criatura fantástica, y sola, sola...

Anochecer: Me acordé de unos versos de Paul Valéry, de la *Jeune Parque*:

²⁶ *Francesca Diamante*, obra teatral que jamás gozó del éxito de la crítica y que nunca llegó a representarse.

*Je pense, sur le bord doré de l'univers,
À ce goût de périr qui prend la Pythonisse
En qui mugit l'espoir que le monde finisse.²⁷*

²⁷ «Yo pienso, en el borde dorado del universo, en ese placer de perecer que envuelve a la Pitonisa, en que muge la esperanza de que el mundo se acabe». La traducción es mía. (*N. de la T.*)



17 de julio

Es una fecha infausta para mí, desde los tiempos de la infancia.

Me he despertado hace poco, a las seis, con la impresión de una fuerza que actuaba, que me oprimía, dura... ¿Tú? ¿Te manifiestas a mí, solo así, de forma tan despiadada?

Aún no has aparecido ante mí, ni en el sueño ni en la vigilia. Me pregunto si no me buscas desde el lugar desconocido dónde estás, por incapacidad mía o verdaderamente por tu ausencia.

¿Incapacidad mía?

Pero voy continuamente hacia ti, cuando estoy despierta, de forma terrible; lo sabes, y cuando me rindo al sueño, es siempre con tu nombre, el único, en mi corazón... ¿Cómo estar más preparada para acogerte?

Una vez que acepté («¿podías acaso hacer otra cosa, pequeña...?», me dices con esa sonrisa que remite instantáneamente a una imagen impregnada de sabiduría milenaria), una vez que acepté este tiempo de vigilia, como una novia de la guerra, contengo el llanto, reprimo todo asalto de angustia, de terror, empeñada en mi voluntad de volverte a encontrar, casi como si te hubieses ido hace un minuto a recoger una rosa para mí, allí en el jardín...

Mi rostro ya ha cambiado, los ojos más vacíos, ha desaparecido aquel inefable color de alegría que tus besos me habían regalado.

Resistir, reaccionar. Cuánta severidad, siempre.

Ayer por la tarde, me acosté temprano, afligida, de repente me sobresalté por el ruido de un coche que venía de la calle, ante la idea enloquecida de que pudieras ser tú que habías vuelto a mí.

Estoy loca.

En otros momentos, pienso ser yo quien corre hacia ti. ¿Conseguiría encontrarte? Solo tus compañeros iniciados tienen

que saber dónde estás y desde luego no te traicionan. Ni yo les conozco, salvo a uno, superficialmente.

La torre está allá abajo, en el mar de Calabria hacia Escila...

A tu madre, que llorando te preguntó: «¿Y si me muero mientras tanto?», contestaste con frialdad: «No lo sabré, no importa».

Yo también insinué: «Podría morirme, durante este mes...». Te reíste, impetuoso: «¡No, es imposible, Sibilla!».

La tarde de la separación, en la puerta del estudio, tras tu último beso, me pusiste las manos en los hombros, me hiciste mirar hacia su interior, tus manos se posaron un instante también en mi cuello y en mi nuca, firmemente, como si me ordenasen: «No te des la vuelta». Obedecí. Las manos de Luciano me dejaron, Luciano tocó la puerta, la cerró con dulzura, sus pasos se alejaron.

No me di la vuelta, te obedecí, Luciano.

¿Quieres ser amado así?

¿En contra de toda mi persona?

¿De un amor que arranca en mí todas mis raíces más secretas, no las que ya arranqué, que me ataban a seres y cosas vivientes, sino las que alimentan mi sustancia vital, mi respiración?

Quisiera a mi vez contestar riendo: «¡Es imposible, Luciano!». Para no morirme, tengo que creer que volverás y me amarás.

Te obedecí, dejé que te alejaras, no me di la vuelta, superé el antiguo mito, pero todo eso, todo eso, porque tengo fe en el amor que arderá en ti cuando me encuentres de nuevo.

Labios que nadie besaré hasta que los tuyos vuelvan a absorberlos. Ojos ante los que volverás a aparecer, temblante de dulzura.

¡Ay, si así no sucediera!

Te inclinarás sobre mí, con tu esbelto y alto cuerpo, como un himno festivo.

Todo himno serás, después de este tiempo de inmersión en la música de las esferas. Sobre mí, sobre mí que soy como un pequeño terruño, descenderás.

Pequeño y polvoriento terruño, bañado de llanto, ¡pero te esperaba!

¿He escrito en una de estas cartas que tú y yo no somos hijos de la tierra?

Luciano, Luciano, ¡era un grito presuntuoso por lo que me atañe!

Yo soy un pequeño y polvoriento terruño bañado de llanto.

Nadie más que yo está hecha de lágrimas, lágrimas de dolor, lágrimas de alegría, nadie conoce mejor que yo hasta dónde llega la vida en este planeta, y los límites de la locura y los límites de la sombra; he explorado todo el bien y todo el mal; ¿a qué otra mujer podrías traerle un sopro ultraterreno?, ¿a qué otra tan preparada para la trascendencia?

¿Y por qué, si no fuera en tu espera, habría conservado, yo, la mujer de Ulises, este poder de amor tan intenso y tan cándido, esta fe en el amor que parece haber brotado de la virginidad del alba?

Potencia y fe salvaguardadas, cuando una millonésima parte de mi propia amargura habría disgustado para siempre a cualquier otra.

Me decía a mí misma: «¿Qué importa?». Decía: «Ve más allá». Decía: «Uno te ha decepcionado, el otro te ha mentado, aquel huyó, este otro fue raptado por la muerte y no te llamó, el de más allá no te ha esperado, se cansó. No importa, no importa, también tú estás tan cansada, casi a punto de morirte tú también, sin embargo, tu corazón aún aguanta, ve más allá, el amor existe».



18 de julio

El amor existe.

Y quien me veía perseverar tan insistentemente en la búsqueda, que parecía una condena, quien me veía conservar, a pesar de todos los trágicos fracasos, la perenne posibilidad de resurgir con una sonrisa de niña, y pronto volverme a aferrar a nuevas ilusiones y en ellas crear siempre, a pesar de todo, instantes de magnífica pasión, quien me contemplaba con ojos puros y corazón piadoso, susurraba:

«Esta mujer cree buscar el amor y sin embargo busca a Dios».

La fórmula no era exacta.

Buscaba el amor como el trámite más acertado para llegar a Dios.

Con la absoluta persuasión que solo por medio de él hubiese podido acercarme al principio divino, a la esencia invisible del universo.

Donde los demás llegan gracias a la ascesis solitaria, yo no llego sin el auxilio de una imagen viva, que lleva la impronta de mi inmortalidad.

Me reconozco incompleta, como Adán antes de que Eva surgiese a su lado, como el enamorado en el mito platónico...

Cuanto más he ido creciendo, cuanto más me he sentido distinta de las demás, insustituible, sola y señora de mí misma, tanto más he anhelado buscar quien duplicara mi riqueza, quien hiciese de ella un milagro desmesurado y se perdiese conmigo en la inmensidad del cosmos, en las oraciones, en el éxtasis.

Porque yo nací poeta, no santa.

¿Todos los poetas, incluso los más grandes, también los iniciados como Dante o Goethe, no pidieron acaso el auxilio del amor, y no fue tal vez por medio del amor que se adentraron en los reinos ocultos, o los crearon con su canto?

También tú eres poeta aunque aún no me hayas enseñado nunca tus escritos.

¿Y si el mundo entero sensible no es sino una larga, tal vez inagotable revelación que crean los artistas y sobre todo los vates²⁸? ¿Por qué los artistas y sobre todo los vates no deberían dirigir toda su potencia también hacia la revelación de las cosas secretas, de los misterios que nos envuelven?

No como los fundadores de las religiones, ni como los santos, en soledad y en renuncia.

Pero en el medio de la vida y del amor; el hombre con la mujer, la mujer con el hombre, o los dos del mismo sexo siempre y cuando estén unidos espiritualmente.

¡La pareja para las creaciones metafísicas!

Y bien, riámonos, trae buena suerte.

Nunca estuvimos tan cerca como en los momentos en que nos reímos juntos.

Este fundamento de alegría, de inocencia entre nosotros, es el que nos prometió grandes cosas.

Mi espontaneidad te sorprendió y te sedujo, la tuya me delectó.

Nos hemos gustado ambos con los elementos más sencillos y este es el símbolo más admirable. Nosotros tendemos, sí, a trascender la naturaleza humana, pero mientras tanto, es nuestra humanidad la que actúa armoniosamente y nos une entre sí.

¿Recuerdas mis ojos?

¿Recuerdas mis manos?

¿Te dijeron mis ojos y mis manos lo que eres para mí?

28 Del latín *vates* que puede traducirse tanto por 'poeta' como por 'adivino', de ahí que haya optado por dejar el término del original italiano. Este tipo de poetas recibían inspiración divina, no eran meros poetas-artistas. Los primeros en recibir este calificativo fueron los poetas latinos; Horacio y Lucrecio eran vates. En Italia Foscolo, Carducci y D'Annunzio, poetas de alta y noble inspiración moral y civil, han sido los más significativos. (N. de la T.)

19 de julio

También estas cartas están hechas un lío, ¡ay!

Afortunado tú, si en este tiempo sigues dialogando con el silencio, sin interrupciones, sin ningún tipo de desequilibrio, cuando en *Roma* te viste obligado a ver a mucha gente, a pasar muchas horas en tu trabajo.

Ayer por la tarde te estaba escribiendo, aquí en la galería, y verdaderamente formaba parte de la flota del alto cielo, cuando bruscamente llamaron a mi puerta y me trajeron una tarjeta de visita.

Oh, nada. Un viejo señor, un viejo conocido. Había visto mi nombre en el listado de los invitados de Salso en un pequeño periódico local: se había apresurado. El conserje le había dicho que estaba en el hotel.

Tuve que quitarme la bata (¿tú, en tu torre, llevas un pijama? Pero no será desde luego uno de esos suntuosos que me describiste y que te trajo de Japón un admirador...). Me puse el vestidito que arreglé hace un mes, poquita cosa, pero que te gustó (hubieses querido que lo llevara para ti, sin *fourreau*²⁹, sentir por debajo de su seda la seda de mi piel), y llegué hasta el vestíbulo al encuentro del visitante.

Setenta años, un caballero, rico, feo, gagá en el término perfecto del vocablo.

No fue suficiente decirle que estaba trabajando. Como se iba al día siguiente, pretendió que le dedicara no solo lo que quedaba de la tarde sino también la noche. Que le concediera acompañarme al baile en el *Hôtel des Thermes*...

«Se lo concedo, pero yo no tengo ni una capa, ni un chal decente para una reunión tan elegante».

«Ahora salimos; aquí, el domingo, las tiendas están abiertas y vemos si hay algo que nos sirva. ¿De acuerdo, está bien?».

«Está muy bien, pero nos comprometemos a respetar el pacto».

²⁹ 'Forro'. En francés en el original. Hace referencia al forro del vestido de seda que lleva Sibilla. (*N. de la T.*)

Él se pavoneó. Me recordó —el cielo sabe que nunca había vuelto a pensar en ello— una propuesta de viaje que me había hecho hace cinco o seis años. «Yo le había dicho que solo tenía que mandarme un telegrama, cuando estuviese preparada. Viena, París, Biarritz, unos quince días... ¿Por qué no ahora?, ¿puede? Y ¡entonces! ¡Nunca la había visto tan hermosa! ¡Pero si espera un poco más no podré mantener mi palabra! Hoy, me siento treinta años más joven... Etc., etc.». Después de haber ido de tiendas y de haber encontrado una mantilla española, mediocre, pero no había nada mejor, él se había ido a comer a su hotel, luego volvió y nos fuimos al baile. No era propiamente un baile sino una noche musical; una pequeña orquesta, números de *variétés*, *jazz-band*. Poca gente, la temporada está terminando, pero sentada por aquí y por allá, en los sillones de la gran sala, en grupos dignos, formaba un conjunto bastante decoroso. Por un lado, un joven príncipe de sangre real y damas y caballeros del séquito. Por el otro, cerca de la mesita donde nos colocamos, un hombre político celeberrimo. Lo conocía solo por los retratos, me divertí en mirarlo fijamente dos o tres veces: en su carota de pan, plebeya, hay unos ojos vagamente bárbaros que, en el encuentro con los míos, se han humedecido por el halago.

El porte de mi cabeza y mi mechón blanco en el medio del oro pálido, hacen siempre que crean que soy toda una extranjera, una duquesa inglesa o gran duquesa rusa, sin joyas, original, *troublante*³⁰, orgullosa.

«Qué bien está dentro de este marco», susurraba mi *gaga*. «¡Mire, ninguna de estas señoras la supera! ¡Qué perfil! ¡Y cuando se da la vuelta por completo y se ríe, que cosa más estupenda!».

Se ponía casi lírico.

Pero yo pensaba en mi carta diaria para ti, dejada en suspenso; amor, metafísica, espacios astrales... Pensaba en tu juventud, en la majestuosidad de tu frente... ¿Si hubieses aparecido de repente, no hubieras arruinado todo, tú?

30 'Perturbadora'. En francés en el original. (*N. de la T.*)

El espectáculo terminó bastante pronto; salimos, y en la calle el viejo sátiro sin flauta volvió a apresurarme para el viaje, verdaderamente envalentonado por la esperanza.

Entremezclaba a los más seductores programas la confianza acerca de sus historias conyugales de forma sucinta: su esposa paralítica, desde hacía veinte años, en el gran palacio tétrico... Luego, temiendo entristecerme, empezó a soltar una larga serie de anécdotas groseras, bastante repugnantes.

Volvía a ver de nuevo en mi mente su cartera, en el momento en que la había abierto para pagar mi mantilla.

Se nace con fuerzas de atracción y fuerzas de repulsión invencibles. Para toda la vida, para toda la vida. Cien veces, y en estos últimos años aún más que entonces, hubiese podido tender la mano para acoger ofertas de dinero, de bienestar, a cambio de la donación de mi cuerpo. Pero siempre, infaliblemente, la repulsión me lo impidió, instintiva, en absoluto racional, para nada moral, una repulsión física, la obediencia a no sé qué ley secreta, la ley de mi suerte.

«Usted hubiera podido, con su belleza y su ingenio, convertirse en una de las reinas de Europa, si hubiese querido», me dijo un día un hombre de gran altura, con toda seguridad.

No quise, así es, y nunca sabré muy bien porqué.

Yo que otorgo a los actos físicos una importancia muy relativa, que algunas veces, de forma excepcional, hasta me he concedido sin amor, por el único placer de los sentidos, yo que soy libre de todo prejuicio, yo, la anárquica, ¿por qué, por qué durante toda la vida me ha sido imposible venderme?

Hasta llego a escuchar las proposiciones, por el gusto algo malsano de ver como los distintos ejemplares de la fauna se diferencian en situaciones idénticas. Hasta llego a *escamoter*³¹, como ayer, un pequeño regalo, poco más que un ramo de rosas. Luego, nada más. No doy esperanzas, no gozo en hacer sufrir, mi coquetería casi nunca llega más allá del espacio de una noche o dos... Casi siempre mi coquetería ni siquiera entra en juego: muchos tipos distintos de hombres, por edad y mentalidad, sufren lo que

31 'Esconder' o 'robar'; en este contexto su significado es 'cosechar', 'obtener'. En francés en el original. (N. de la T.)

llaman mi encanto, pero enseguida están advertidos, sin que yo hable, sobre la inutilidad de sus deseos, cuando los míos, sinceros, no responden a esos.

Y otra vez, por una misteriosa ley, por una suerte misteriosa, los que me gustan, por un día o durante años, casi siempre son de mi misma especie, despreciativa del dinero, desposeída...

Solo Endimione, Endimione, casi tan bello como tú, Endimione, amado con un terrible tormento, como a alguien que yo percibía próximo a la muerte inminente, él fue el único capaz de encontrar la manera de ayudarme a vivir, no lujosamente pero con gran elegancia, durante los años canoros de Nápoles... De él podía aceptarlo todo, ya que me sentí suya desde el primer instante, antes aún de saber quién era.

En aquel entonces, que coincidió con la reimpresión de mis libros, hecha por un valiente editor, corrió la voz, por arte de los mismos ociosos de siempre, de que yo me había convertido en su amante, generosamente recompensada.

El editor debe haber guardado una nota mía de algún tiempo después, donde escribí:

«Y pensar que solo usted y yo tenemos la certeza de que nunca hemos sido nada más que buenos amigos».

Hubiese podido querer a otro, un plutócrata, si aquella enorme riqueza no me hubiese, al final, paralizado.

Tarde de primavera, en el mar de Sicilia. Hace algo más de dos años. Había pedido un encuentro, y Craso³² lo había establecido, muchos días después. Mandó a alguien a recogerme con el coche, me recibió solo con los sirvientes, en el castillo al borde del acantilado, entre el efluvio del azahar y de las rosas.

Le vi venir hacia mí, más joven de lo que me imaginaba, esbelto, impetuoso. Un pequeño rostro blanco que cerca de la frente se ensanchaba, asumía líneas amplias y tonos de luz.

Rostro pulido por voluntad y finura. La mano también era pequeña, casi femenina.

32 Craso fue el último rey de Lidia (entre el 560 y el 546 a. C.). Sibilla se sirve otra vez de personajes de la historia para crear símiles entre estos y los de su obra. En este caso Craso es el riquísimo hombre que ofrece a Sibilla su ayuda económica y que, a pesar de sentirse profundamente atraído por ella, no insiste en cortejarla como un verdadero «rey».

Entre las cosas de su entorno, de soberana perfección, de soberano valor, el espíritu de la armonía, a quien hubiese podido evocar, le habría mostrado algún aspecto de su felicidad. En las tres o cuatro salas inmensas que me hizo visitar, y en aquella adonde luego volvimos para sentarnos, había una condensación de belleza y de potencia, de pasado y de futuro, comparable solo a lo que se divisa en algún sumo poema... ¿Cómo decirte? ¿No podría ser considerado acaso un hombre de ingenio aquel que, en soledad, de humildes orígenes y en pocos años, partiendo de su ansia de dominio y de su embrutecedor trabajo de esclavo, había logrado obtener la fuerza para extraer de cualquier parte de su mundo desierto, casi como un símbolo, tanta magnificencia espiritual? En realidad, emanaba de él, además que del milagroso ambiente, esa especie de calor sobrenatural, que sentí que reverberaba solo en tres o cuatro grandes artistas, D'Annunzio, Rodin, la Duse, tal vez Gorkij.

No recuerdo si se lo dije. El diálogo de inmediato se caracterizó por sus tonos de sencillez y de gracia y onduló como unos dedos que en un prado tupido cogen flores, deliciosas.

¿Cuál entre las dos existencias puestas una frente a la otra por el destino durante aquella noche había sido la más arriesgada?

¿Cuál iba hacia una más alta, lejana meta?

Yo hablé poco de mí. Pero me di cuenta de que él leía cómodamente en mis silencios. Elogió lo que conocía de mi obra. Elogió mis manos, mi frente. En la elegancia de cada uno de sus acentos y de sus gestos se fundían elementos de distintos climas, el británico, el asiático. Ahora insinuante, ahora rígido, luego a punto de abandonarse a confesiones pueriles, después de repente grave, abstracto...

Anochecer de primavera. El viento de África venía desde allá, del mar.

Azahar, rosas. Soledad a dos, libertad. Miradas, miradas profundas, intercambios de fluido de sus ojos de hierro a los míos de oro. Blanco rostro que acaricié solo con mi sonrisa.

Tal vez el encuentro duró tres horas. Sin que yo pidiese nada, el gran financiero me dio a entender con delicadeza que no

me hubiera faltado su ayuda y que tenía que escribir, producir con confiada serenidad. Luego me hizo pasear una segunda vez por los salones, mirar las pinturas aureoladas de leyenda, los bellos mármoles antiguos. Una medalla de Siracusa extrañamente se me parecía, él lo observó. Y de ese modo, moviéndonos juntos, desde la luminosidad ya no sé si de una mujer de Palma o de Tiziano, empezó hablando de la calidad de la piel de las mujeres rubias, piel de raso, dulce también de sabor. «Como debe de ser la suya». Y con la misma liviandad con que rozaba los objetos más valiosos, pasó, por un instante, dos dedos en mi brazo desnudo.

Invitación de un rey.

¿Dices que habría que haberla aceptado?

Por el contrario, insensiblemente, casi me retiré.

Los reyes no insisten.

20 de julio

He recibido y corrijo las segundas pruebas del volumen completo de mis poesías, que el editor publicará después de dieciocho meses de retraso e incertidumbre, en otoño, por fin, a la espera de la novela...

Todos los versos —excepto los que rechacé—, todos los versos que escribí desde el 1912 hasta comienzos de este año. ¿Y antes del 12? Preguntas. ¡Nunca!

El canto se ha desprendido tarde de mí, muy tarde, cuando me he encontrado por primera vez lejos de todo sometimiento espiritual, lejos de todo el mundo, sola, con tanto amor en el pecho, pero libre, nadie cercano que pudiese oír mi voz, nadie más que me detuviese, tímida, muda...

¿Entonces, inicialmente, cantamos para nosotros mismos?

¿Entonces, es verdaderamente el canto una manera salvaje de superarnos?

Perdida en el medio de los bosques, en verdad estaba en Córcega aquel verano, cuando sentí el nudo lírico brotar en mí...

Y tras aquel gran asombro y tras aquella sensación de bendición, a la que llamé adolescencia reencontrada, cuando sentí que tenía un inesperado secreto de armonía, todo lo que escribí luego, también en prosa, estuvo marcado por la gracia aérea, por la musicalidad, aquella que sin embargo le falta a mi primera novela.

En las poesías, pequeñas, breves, mías, más mías que la luz que hay en el fondo de mis pupilas, danza y brilla, aunque se hable de lágrimas y de muerte, no sé qué felicidad...

Por esto las amo, por encima de cualquier otra cosa que haya nacido de mi corazón, las amo, con un rubor púdico, con inefable ternura.

Anochecer. «Ya es mucho, muchísimo que yo descienda de las esferas celestes a la tierra».

Lo dijiste sonriendo, mientras aludías a los astros allá arriba, a Vega, que es tu estrella, lo dijiste y lo pensaste también y fue una de las pocas veces que me hiciste daño, Luciano, ¡daño! Habrá que resarcirse otra noche. Una noche tendrás que sentir las esferas celestes bajar a la tierra, es decir, la tierra transformarse en firmamento, zona de resplandor, y tú saber solamente que eres sustancia de amor, fundida conmigo, conmigo vibrante en el éter como un punto de la constelación de la Lyra...

21 de julio

Hemos entrado en Leo: el signo bajo el que yo nací.

¿Hay lagartos, lagartijas, en tu torre?

¿Alguna mata de yerba, entre tus piedras?

¿Y momentos en los que para poder oír tu voz, cantas o silbas?

¿O repites en voz alta algunos versos?

No te has llevado ningún libro, ni siquiera el Dante de bolsillo que llevas siempre en la ciudad.

¿Tus veinticuatro años ya son veinticuatro mil?

Pienso en aquel gran venerable anciano de una novela de Kipling—*Kim*— en aquel *lama* sentado en la montaña, solo, que unifica en sí mismo la naturaleza y el universo mientras mira pasar las estaciones...

Me ha interrumpido la camarera: traía un ejemplar de todos mis libros, cinco, seis, de parte de una señora desconocida que deseaba que le pusiera mi firma. La he satisfecho.

(Mis libros, ¡mi pobre desafío al tiempo...!).

¿Ves pasar veleros en tu mar?

¿Columnas de humo rompen el azul?

Me hablaste un día de aquella parábola de un sabio, quien, interrogado por un joven discípulo suyo, ardiente de conocer el supremo misterio: «¿Cuándo caerán los últimos velos del Infinito?», lo condujo a la orilla de un río y, metiéndole la cabeza dentro del agua, se la mantuvo allí a la fuerza, hasta que el otro, casi ahogado, después de haberse librado del apretón, volvió a emerger. «Cuando el deseo de conocer tenga la misma intensidad que el instinto vital que te vuelve a empujar a la superficie, entonces tu conocerás lo Supremo».

Pero luego me dijiste también que había novecientos noventa y nueve probabilidades sobre mil de que tú no consigieras semejante perfección, durante esta experiencia tuya...

Novecientos noventa y nueve probabilidades sobre mil para tu regreso a la vida normal, entre la gente, de aquí a diez días.

Y yo —esto no lo dijo Luciano, lo dijo Sibilla— yo seré entonces para ti como una especie de «premio de consolación», ¿verdad?

Locura por locura («la locura y la magia —decía Novalis— guardan un gran parecido: un mago es un artista del delirio»), ¡quién sabe si la mía es mayor que la tuya!

Además hay aún una nueva eventualidad, que tú obtengas, a final de mes, una duplicación del permiso y te quedes lejos todo agosto...

En tal caso, yo, pasiva, ¿qué haría?

A mediados de agosto cumpliré muchos años y muchos...

¿Estaremos juntos? ¿Apoyaré la cabeza en tu hombro?

¡Cuánto te quiero, y tú lo sabes!

Tú lo sabes que esta llama encendida está aquí esperándote.

Cuando vuelvas a emerger con la conciencia de los oscuros y deslumbrantes abismos, sabes que está, a flor de las aguas, y consolador, sí, el amor de Sibilla para ti...

Mientras que yo no tengo la misma certeza y debo nutrirme solamente de esperanza y de deseo.

¿Cuál de las dos locuras es más heroica?

22 de julio

Desde hace dos días, aquí en la galería cae, en abundancia, la semilla de la clemátide: una verdadera lluvia, con el mismo crujido.

Sigo quedándome aquí, la mañana, a la espera de la hora del baño. Los impalpables granitos entran en mis cabellos, pasan por mi escote, se deslizan en mis pechos frescos por el descanso nocturno. De vez en cuando tengo también que sacudir, limpiar el papel sobre el que escribo.

Un gran zumbido, alrededor, de abejas y avispas.

Verano, nupcias.

Me quedan solamente cuatro días de recuperación, y aún no he decidido qué hacer después: si cobijarme en algún pueblo de montaña, para sosegarme al menos una semana, a la espera del momento, en el que, finalmente, sabré algo de ti; o volver sin duda a *Roma*... Creo que me rendiré a esta segunda tentación; más fuerte aunque no la más acertada.

Mientras tanto aquí tengo una libertad menor. Llegó antes de ayer Annie Vivanti³³, la gran Annie, y ya no me ha dado tregua: me quiere para ella tarde y noche. No nos veíamos desde hace dos años. Después de todo, es la criatura más divertida que haya conocido jamás. Más divertida aún que sus libros, y es mucho decir. Travesura, incongruencia, una mezcla de picardía y de candor, el *humour* anglosajón jaspeado de emotividad judía, un instinto de vida muy poderoso, hasta paradójico. Hacia mí, ella es a la vez humilde y protectora, llena de compungido respeto y también de tierna piedad por todo lo que hay en mí de irreductible, absoluto, digamos hasta trágico, como artista y como mujer.

Tan distintas, por eso tal vez, no somos rivales y nos queremos. Para cada uno de nuestros encuentros es capaz de inventar frases enamoradas. Esta vez le ofrecí la imagen de una lámpara, por lo mucho, dijo, que soy luminosa, totalmente clara.

³³ Escritora y poetisa italiana de la época de Sibilla. Se movió entre varias culturas y fue protagonista de la vida intelectual de muchos países. Gozó siempre de un gran éxito; tanto la crítica como el público la consideraban muy buena escritora, excéntrica y muy versátil.

Hace dos años me había comparado a un cielo de alta montaña, por la extremada mutabilidad de mi expresión.

Ayer por la noche estuvimos juntas en el concierto. Mientras escuchaba la *Ouverture* del *Buque fantasma* pensaba en aquella noche en casa de los amigos S., cuando la señora tocaba Debussy y Stravinskij, y yo pensaba en el movimiento armonioso que se producía en el aire y se sobreponía a la música de forma extraña, cada vez que te levantabas del sillón en que estabas recostado para pasar la página en el atril; luego volvías a tenderte y a doblar la cabeza en el respaldo. Hermoso, hermoso mío.

«¿Por qué estás triste?», preguntó Annie.

«No estoy triste».

«¿Por qué no me hablas ni de tu trabajo, ni de tu amor?».

Está convencida, sin que le haya dicho nada, que tengo un gran amor.

Sacudí la cabeza.

«¡Mujer inaccesible!».

Tarde. Miembros inmensamente cansados, letargo en el alma. La epidermis sin embargo tiene una sensibilidad duplicada. En el hueco ardiente de la mano izquierda, apoyo la garganta, y su latido me da algo de vértigo. Dos mariposas blancas se persiguen en la luz de acuario de la galería.

Verano. Nupcias.

Cuando te pedí que me dieras una prueba de lo que soy para tu corazón, para tu espíritu, me contestaste: «La prueba está en tu nombre, Sibilla». Sí, es así.

Pero si te pregunto, ¿qué soy yo para tu carne?

En ciertas horas, sabes, mi deseo se duplica por el deseo de tener la certeza de que tu sufres el mismo tormento que yo. Por el deseo de saber que tú también sientes que te vuelves loco y que te desvaneces, si piensas en lo que podrá ser el contacto de nuestros dos cuerpos desnudos... Acontecerá, ¿dime...? Me dijiste que sí, que acontecerá. ¿No agotaremos esta locura en la espera...?

¿No llegaremos a poseernos exhaustos?

¿No corremos el riesgo de convertir en disgusto el prolongado pulso de nuestras venas?

Cuando estaba a tu lado mi obsesión se placaba: tan grande era la alegría de mirarte, tanta era la gracia que emanaba de todo tu ser.

Pero ahora esta privación la percibo como algo muy feroz, en todos mis miembros, en los huesos, en la piel, en la raíz de mis cabellos.

Y sin embargo, la sola idea de que tú puedas dominar todo esto dentro de ti, (donde no hay ni un grano de pasión para mí, mientras que otras veces, para otras, has sufrido durante meses y meses esta misma tortura), junto con el pensamiento de que mi «bondad», mi «valentía», mi «lealtad» tengan un poder menor del que tuvieron la perfidia y la vileza, hace que salga de mis mismas entrañas un grito de fiera...

Y de este mal podrás curarme solo cuando vea que te hundes conmigo en la muerte, y luego renacer en un nimbo de éxtasis, y quererme otra vez, insaciablemente, como eran insaciables nuestros besos, y morir nuevamente, y luego en mi nombre volver a abrir los ojos, levantarlos llenos de sombra, llenos de inmortalidad, sonreír, quedarte dormido en mi pecho...

¿Cuándo?

¿Cuándo mis manos podrán tocar tu cuerpo desnudo?

Cruel, me has abrazado a ti sin dejar que sintiera ni un centímetro de tu piel, más abajo de tu barbilla.

Y te presentaron a mí hace un año, justo para que yo admirase tu «academia»...

Aquella que hizo que nos encontráramos me había propuesto:

«¿Quieres venir a mi casa el jueves por la noche? Haré que encuentres solamente al hermoso Luciano... ¿Quieres que le diga que se desnude y que te enseñe su cuerpo desnudo? Verás, es perfecto.

Él se desnuda con mucho desparpajo, no le da importancia. Si te gusta, te lo regalaré. Un regalo real. ¿Quieres?».

Hizo de todo, en aquel entonces, para curarme del mal que ella misma me había producido.

Amo luego existo

Yo no dije ni que sí ni que no. Sabía que de momento ningún remedio era eficaz, sin embargo me lo tomaba, así, con la mala gracia de los enfermos graves...

23 de julio

¿Por qué aquella noche no quise que te desnudaras? Inicialmente lo habías permitido, no sé bajo qué condiciones.

Pero, después de habernos presentado y tras algunas frases, tú me dijiste que habías asistido, algunos meses atrás, al «estreno» de mi *Endimione*...

¿A aquel desastre?

«No podía ser que el trabajo se salvase, interpretado de aquel modo... ¡Qué lástima! Una obra hermosa, llena de un sutil y amplio sentimiento...».

Te miré. Ya no eras solo el hermoso chico irónicamente dispuesto a cualquier fantasía morbosa que te pedía nuestra anfitriona... Eras, de repente, un alma afín a la mía. No mentías, lo sentí.

¿Podía, después de todo, aceptar que exhibieses, para mí, tu desnudez efébrica, para mí y ante aquella otra mujer, que había sido, durante algún tiempo, tu amante y que todavía gozaba al considerarte su presa?

Ya desde el principio, esa diversión que ella me había propuesto, no me atraía.

Ahora me repugnaría. Me parecería ofenderte a ti, a mí, y, no sé, quizás también a lo que de más profundo hay en mi poesía y que a ti te había seducido.

Toda una serie de coincidencias, de ritmos y rimas secretas, empezaron a revelarse ante mí.

Me impresionó un pensamiento, aquel «estreno» de *Endimione* coincidía con mi encuentro con el hombre por el que sufría en aquellos días. El hombre que, de nuevo, había sido el amante de Piera Vasco y que seguía siendo su esclavo.

Con la diferencia de que, mientras tú, sin haberme visto nunca y sin haber sido un espectador asiduo de los teatros y de los círculos literarios, habías sentido el deseo de escuchar mi drama, él, Bruno Tellegra, por el contrario, no se había preocupado de asistir, despreciándolo desde el principio, como si se

tratara de una obra femínea. No obstante había encontrado la manera, no sin dificultad, de que nos presentaran justamente la víspera.

Se había fijado en mí, dos años antes, en un hotel de montaña, donde Piera Vasco, en aquel entonces celosa de él, le había dicho: «Terminarás por enamorarte de esa escritora de hermoso perfil».

Yo recordaba a la peculiar pareja: ella, pequeña, diminuta, elegante, con el aire fatal propio de un ídolo y él, alto, controlado, con dos perlas oscuras en el esmalte de sus órbitas...

«¡Tellegra, el mago!».

El día de la presentación de mi obra, él me había saludado con una inclinación, con un extraño temblor visible en todo su rostro y luego, sentándose a mi lado, me había hecho algunas preguntas, al arrastrar la voz, algo ausente. Su mano derecha, larga, fina, con un hilo de oro alrededor de su muñeca y las uñas muy brillantes, estaba apoyada en su rodilla, cerca de la mía y se contraía casi de forma imperceptible en una expresión entre estática y rapaz.

Yo me había dicho a mí misma, «Este me desea». Había añadido: «¿Por qué no?».

Y pensé en él la noche de la *première*, volviendo a casa después del gran fracaso de la obra.

Durante el espectáculo me había quedado entre bastidores, sola, erguida en una silla que el director del teatro me había ofrecido mortificado. Había escuchado las provocaciones, las gracias del público, los enormes disparates que llegaban hasta el escenario. Había visto, de pasada, la confusión de todos los personajes, el rostro del protagonista, víctima del clásico pánico escénico, y el de la primera actriz que, desde el principio, y de forma deliberada, había demostrado ser una irresponsable, llegando a subrayar, durante las contra escenas, con rápidas sonrisas de canalla, los chistes de la sala.

«Usted es una poetisa y le harán sufrir», me había escrito la Duse cuando había leído *Endimione*.

Pero aquella noche yo no sufría, allí entre bastidores.

Justificaba al público y en parte también a los actores. No asistía a la representación de mi obra sino a su misma caricatura.

Era como si me hubiesen mostrado una grotesca máscara de mi propio rostro.

Ofenderme, sufrir por ello, hubiera sido una necedad pueril.

Sin embargo, de aquella situación tan cómica y a la vez tan irrefutable, yo podía obtener una nueva certeza con respeto a mi propia valía.

¿Hay hombres que lloran por sus fracasos teatrales?

¿Hombres que tiemblan, palidecen, se desmayan al sentir el primer silbido?

Mi rostro y toda mi persona aparecían impasibles. Ni siquiera me alteré cuando, en la última escena, y en el interior del foco rojizo, oí al protagonista, perseguido por el apuntador y por el pánico, pronunciar después de su propia réplica, la réplica de la primera actriz, la cual, mientras tanto, perdido totalmente el hilo, callaba hierática y cándida.

Toda aquella deformación no era nada más que una grosera broma de la suerte, con una finalidad que un día se me revelaría.

Al volver al hotel, sola, me pregunté: «¿Qué diferencia hay, en realidad, con respecto a aquella vez en París, cuando volví a casa, después de ser aplaudida? Estaba sola, también entonces».

Había una diferencia. Más de una, incluso. Pero las demás, yo las ignoraba.

¿Qué sabía de ti, mi joven espectador? Ni siquiera si existías.

Mientras que tú, tal vez, vagabas por las calles de la ciudad, con tu corazón turbado y a la vez acunado por la historia de ensueño y de pasión escrita y sufrida por mí.

Cansada, como sucede cuando termina, de una forma o de otra, una época de ansiedad. Cansada e inerte, mi impotencia me impedía imaginar que la poesía que brotaba de mí, viviese, aquella noche, entre el cielo y la tierra y que actuara, autónoma, como si fuera mi doble y preparase para mí, para el futuro, al-

gunas ofertas que estaban madurándose bajo su mismo calor; ofertas nupciales, tal vez mortales...

Sin embargo pensé en el encuentro de la víspera, en Bruno Tellegra, a quien vería al día siguiente. Invasada ya por el sueño y lejana de lo que había sucedido en el teatro (y como si, en consecuencia, el fracaso de mi obra no representara para mí una continuación de repetidas angustias materiales y de pobreza heroica; olvidándome hasta de los críticos que, en aquel momento, estaban redactando, más o menos, unas críticas malignas), repetí, con una leve sonrisa de desafío —¿de desafío hacia quién, Sibilla, hacia quién?— la palabra del día anterior: «¿Por qué no?».

En mi corazón había un vago sentido de esperanza, bajo el cielo había una vibración que yo sentía que se dirigía a mí con dulzura, venía de ti, Luciano, pero yo no lo sabía, le ponía un rostro que no era el verdadero, que no era el tuyo. ¿O tal vez soñé contigo, aquella misma noche? ¿Quién podría decirlo? ¿O soñé con un laberinto? Toda mi vida ha sido una continuación de historias que me hacían pensar en el laberinto de Dédalo, calles y más calles continuamente recorridas como en tortuosas pesadillas, engañosas, hasta cuando, de modo prodigioso, llegaba a algún momento de libertad, de canto, de sublime transparencia, de amor universal...Luego, de nuevo, me volvía a atrapar el enredo de las líneas sin ninguna aparente salida.

Esta vez, fuera del laberinto, estabas tú, Luciano. Tú, en el umbral, pero yo no te vi al principio y me lancé tras alguien que huía, huía y que luego se desvaneció y por fin estás aquí, Luciano, ¡me esperabas! ¿Qué significa esta alegoría? Ni siquiera tú, tal vez, puedes explicarla totalmente.

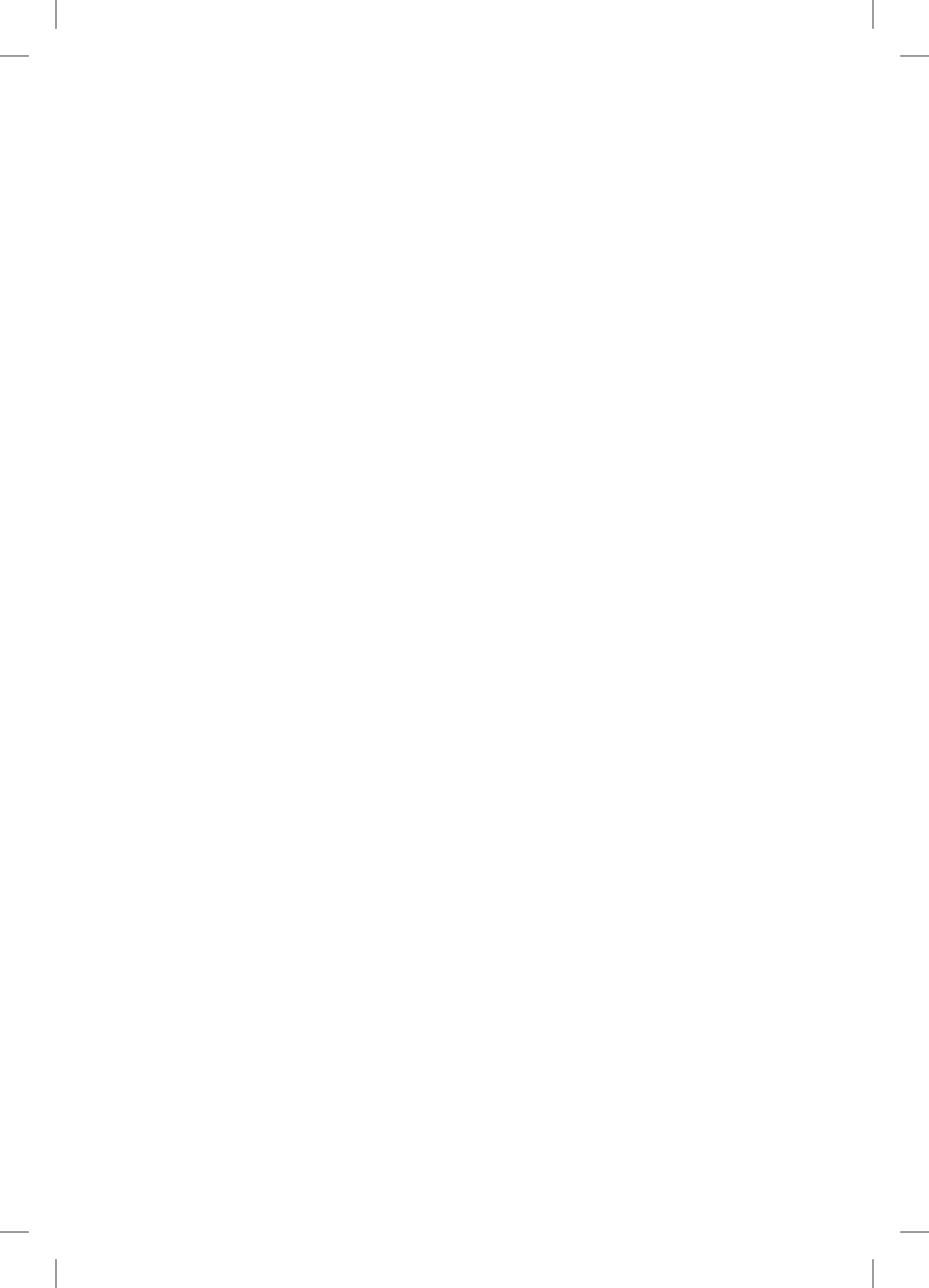
24 de julio

La sabia —¿sabía?— Annie, me dice:

«*Siempre* hay que dejar en la incertidumbre a los hombres que queremos que nos amen. También cuando la diferencia de edad puede asustar hasta a la más temeraria. Hay que zaherirlos con frases de este tipo: “Mon cher, tu ne marchais pas encore que déjà je roulais dans les bras des hommes”³⁴. Y luego, debemos costarles mucho, en tiempo, en angustias, y también sí, en dinero.

Al final, acuérdate de que la felicidad consiste en tener al lado a alguien que también nos quiera durante los días en que estamos enfermas, en los que estamos feas, a alguien que se preocupe si nos ve un poco pálidas...».

³⁴ «Querido, no te habías ido aún que yo ya estaba viajando en los brazos de otros hombres». La traducción es mía. (*N. de la T.*)



25 de julio

Sin embargo la lección que muchas mujeres aprenden desde muy jóvenes y que no olvidan nunca más, para mí siempre ha sido inútil. Nunca quise aceptarla.

Y también esta rebelión, ¡cuánto me ha costado!

¡También el año pasado, la última derrota, el año pasado, cuando todo me avisaba para que actuara de otra manera...!

¿Qué importa?

Siempre tuve, siempre me llevo la mejor parte.

Nada supera la felicidad de poder confesar perdidamente nuestro amor, nuestro corazón.

Escondarse, fingir, jugar con astucia, vivir calculando, ¡no!

Mejor ser traicionadas, diez, veinte veces, por haber expresado ingenuamente la íntima realidad. Diez, veinte veces, y luego se vuelve a renacer, intacta.

Solo la mentira lima, disminuye, agota.

Las mujeres que «vencen», las mujeres que atraen y seducen mediante la sabia explotación de la debilidad masculina, y encadenan a los hombres haciendo que sufran y lloren, infravalorándolos en vez de ensalzarlos, luego son castigadas por un mal peor que cualquier abandono: la incapacidad de amar.

He conocido a muchas de ellas; me han exhortado a seguir su ejemplo, ninguna admite que se ha equivocado, todas celan con orgullo la amargura de su aridez.

Aparentemente son deliciosas. Felinas, serpentinadas. Se creen excepcionales, únicas.

Lo cierto es que nada se sube tanto a la cabeza como la vanidad, al ver a unos hombres valientes arrastrarse a tus propios pies.

Y una de ellas, una de las muchas, pobres mujeres, consiguió hacerte llorar a ti también, ¡Luciano!

Mira, ¡aunque tan solo fuera por no imitarla a ella y a otras tantas como ella, solo les pido a los Dioses que yo nunca tenga que hacerte llorar!

(O que tú lo hagas solo el día en que me vaya y que esto suceda en pleno fervor de ternura y en un día brillante de alegría. Y que la certeza de haber iluminado mi partida con tu gracia haga que tu llanto me sea más dulce.

¡No! Que ni siquiera en ese día llores, porque la muerte es una cosa hermosa, y que mi amor sobreviva a mis restos y te consuele, Luciano, para siempre).

La noche que te conocí, saliendo de la casa de la Vasco, empezamos a hablar, ¿cómo fue?, de los sufrimientos producidos por la pasión amorosa. ¿Aún te dolía la herida que te provocó esa pequeña hechicera? ¿O pensabas en mí, en mi nostalgia por Endimione, o conocías mi locura por Tellegra?

«Se sufre demasiado», decías. «Es algo necio, a fin de cuentas».

¿Y cómo nos pusimos a hablar de la bondad?

No lo recuerdo. Pero cuando yo te dije: «Tal vez mi bondad sea mi debilidad» y tú me contestaste: «No. Es su fuerza. Grande»; eso me llegó al corazón y volvió a menudo a mi memoria, como una viva y fresca caricia.

26 de julio

Hoy me aferra de nuevo la angustia por tu lejanía. El temor de que tú, a pesar de tu juventud y tu magia, hayas sufrido físicamente en esta reclusión, hayas enfermado...

¡Poder oír tu voz!

De noche, con los ojos cerrados, concentro toda mi fuerza hacia ti, te invoco, tal vez me escuches, pero no apareces ante mí, ¡nunca!

Y de día, esta gente que me rodea, dentro y fuera del hotel y que me habla con deferente curiosidad, esta gente formada por sujetos individuales; —cada uno es un mundo, o por lo menos una fracción de mundo— (Nietzsche decía: algunos no son nada más que un gran ojo, otros un gran oído, otros una gran boca...) esta gente, toda ella ignora mis pensamientos y no solo estos, sino ignora también que exista mi Luciano sobre la faz de la tierra y que él esté practicando quién sabe qué experiencias atroces en su torre solitaria, como un cano alquimista del medievo, ¡Luciano mío!

Mañana hará cuatro semanas que no acaricio tus tupidos y dulces cabellos y que no escucho tu voz, con su acento tan natural, hablarme de la vida secreta en la que te has iniciado, a la que podrías, tal vez, iniciarme yo también, algún día...

¿Está a punto de terminar el plazo definido? ¿O lo prolongarás?

¿Mi recuerdo, determina, en una mínima parte, tu voluntad?

¿Aunque hayas conseguido, en este mes, y consigas dominar tu carne, así la nombrabas mientras me abrazabas, dejas al menos que tu corazón anhele mi imagen y permites que tu espíritu asista al mío?

Tienes que sentir esta mañana, pues, cuánto sufro, el miedo que me da perderme por el gran cansancio.

He terminado el tratamiento. He fijado mi viaje para mañana. Si recibo el cheque de mi editor. Le he pedido a una familia

de amigos, que tiene una pequeña villa en el Garda, que me invite durante algunos días y hoy recibiré una respuesta.

He salido, he ido al fotógrafo local, que el otro día me pidió posar ante sus objetivos. Me ha enseñado una prueba húmeda. Retocó demasiado y el resultado es un rostro liso, de jovencita, insípido. Pero los ojos son los míos. Estrellados. Pensé en ti durante la pose.

Prometiste que tú también me harás un retrato, a lápiz, cuando nos encontremos de nuevo.

Tal vez tú no seas en absoluto lo que yo pienso ni tampoco sobre quien escribo. Tal vez, cuando vuelvas, conoceré tu realidad, y tal vez no la ame... ¿Y si tu realidad fuese todo menos que amable? ¿Si hubiese en ti, en lugar de aquella gracia generosa que creí ver, solo una voluntad de potencia cerrada y detestable?

Un temblor de rebelión me invade frente semejante hipótesis. Todas estas páginas se volverían mentira. ¡Oh! Es el destino de muchas otras cartas de amor, ¡lo sé! Pero estas, ¡no!

Mortificarme otra vez más por el nuevo engaño, mirar hacia tus ojos, helados nuevamente, sentirte embadurnado de orgullo, de ambición, incapaz de abandonarte por completo a la adoración de otro ser, como se abandona uno al viento de la poesía... Un día dijiste, cuando justamente te hablaba de la fatal soledad de mi corazón, dijiste: «Todos los hombres son viles, yo también lo he sido».

Como yo vivo continuamente en los cuentos, tú vives constantemente en el símbolo.

He conocido a dos japonesitas, aquí en el hotel. Estudian canto en Milán. Una de ellas interpretó prosa en su país. Interpretó, me dice, a Ibsen. Le hice hablar un poco, en su italiano titubeante, agraciado, de religión: budismo, sintoísmo. «Profunda, es una religión profunda».

¡Poder ir a Oriente, contigo!

¿Por qué no ejercitas toda tu fuerza para poder realizar este sueño?

Me ha llegado un paquete, el manuscrito de *Il passaggio*, que estaba en casa de un amigo al que se lo he vuelto a pedir hace un mes en la remota hipótesis de poderlo vender en Milán a algún coleccionista. El amigo, mientras tanto, lo ha encuadernado. Pero aquí, de momento, no encuentro a ningún coleccionista.

Tú has leído el libro, lo has llamado el libro del tormento. Quisiera mostrarte que en realidad es un manuscrito atormentado, escrito en folios de distinta naturaleza y formato, en distintos tipos de tinta y a lápiz y con todas las características de las cosas destinadas a vivir mucho más que nosotros. No lo había vuelto a ver desde hacía años, me ha producido una intensa conmoción. Sabes que es, entre mis obras, la que me ha hecho sufrir más, la más fuerte y la más infravalorada, la que tal vez recordaría solo con un cierto orgullo en el momento de mi muerte, si es que en aquel momento llegara a pensar que he sido una poeta.

Tardé siete años en escribirla. Y ni siquiera llega a las doscientas páginas. Cuando salió, fue muy criticada y después sepultada en el silencio. Una vez que fue traducida en Francia, y que cosechó en ese país los elogios de los más exigentes, se empezó, también aquí, a admitir que este libro existe. Los jóvenes, los más sensibles e inteligentes lo prefieren a *Una mujer*. Pero jamás será popular. Páginas inmoladoras, páginas de lúcido delirio... ¡Ah, poder escribir otras de ese nivel y tan vertiginosas, pero ya no, bajo un estado de tormento, sino de ensueño, como tú me deseabas...!

Tarde. El malestar aumenta. Me he tumbado.

El dinero aún no llega.

Vuelvo a pensar en la que quería llamar *Historia de un baúl*, el invierno pasado. Es decir, en el baúl que se quedó en prenda en un pequeño hotel, en Roma, durante muchos meses, al no conseguir encontrar las mil liras para pagar la cuenta y retirarlo...

Durante muchos meses continué viajando y fui a otros muchos hoteles solamente con una maleta...

¡Ca rajeunit...!³⁵

¿Pero tú, cuando te enteres de toda esta miseria material que ni te imaginas, no sentirás repulsión?

Más de un hombre ha huido al conocerla y antes había dicho que me amaba y, tal vez, me amaba un poco.

¿No recordarás, en un ímpetu de deseo, los vestidos estilizados de Piera Vasco? ¿Su casa sabiamente dispuesta para la voluptuosidad?

Ella también vive sola, separada del marido. No es muy rica, pero posee una renta discreta y segura. Y su única preocupación es la de gustar, gustar cada vez más, conforme el tiempo amenaza su rostro de ídolo...

¿Quién es más libre, ella o yo?

¡La libertad! ¿Ha llegado hoy el momento de elevarle un himno, mientras estoy enferma en la cama y no puedo hacer nada por mi amor, ni siquiera saber si sigue vivo?

Es justamente en días como estos, cuando quisiera cantar ese himno. Y afirmar que en esta pequeña tierra no hay bien más grande que ese, y que yo lo he alcanzado.

Íntima libertad.

¡Sentimiento de absolución por mi vida entera, llena de obras y lágrimas, con el cielo que se abría de vez en cuando en arcos sonrientes, fugitivos!

35 «Eso rejuvenece». En francés en el original. (*N. de la T.*)

27 de julio

Esta noche ha venido a verme un demonio que me es bastante familiar.

Una vez escribí: «¡Tan cercanos están humildad y orgullo!».

¿Fui orgullosa en la carta de ayer? Y mira, esta noche he tenido un ímpetu de desprecio hacia mí misma.

Desprecio, desprecio. Me he visto pequeña, impotente para todo. ¿Dónde estaban las grandes cosas que pensaba haber realizado?

¿Qué era en realidad mi alma a la que yo proclamaba libre?

¿Adónde iba, hacia qué meta?

¡Crisis de dudas, tan frecuentes, familiares, sí, ay!

Aterrizaje en zonas pantanosas, brumosas.

Y parece que mis alas nunca más volverán a levantarme hacia los claros espacios.

Era como si hubiese vuelto un año atrás.

El hombre que tú sabes, aquel Tellegra al que amé, me miraba y me decía, impasible: «Ya basta, de una vez por todas». Me alejaba con su mano fina, de uñas brillantes, con el hilo de oro en la muñeca.

¿Sabes? También él me amó.

Inhumano cual es, gélido arquitecto de teorías funambulescas, vanidoso, vicioso, perverso, se encontró con una mujer muy viva, muy pura, mientras él había fantaseado con quien sabe que aventuras necrófilas.

Y esta mujer tan viva y tan pura lo turbó, lo emocionó, secretamente.

Si yo sentí pasión hacia él, tal vez fue por eso, por haber entendido las involuntarias y casi imperceptibles señales de su estupor y de su íntimo temblor.

No tenía nada para poder llegar a gustarme, todo para repugnarme. Cinismo, artificiosidad, gélida compostura...

Sin embargo, bajo aquel artefacto mecánico y esnob, seguían existiendo posibilidades sentimentales.

El poeta y el artista que él pensaba haber apagado para siempre aún podían volver a aflorar...

De ese modo me engañé.

Y durante algún tiempo, algunas semanas, mantuvo ante mí aquel vago estado emotivo que casi le subyugó.

Yo no me sentía feliz, desde luego ningún hechizo me envolvía, pero a falta de felicidad, de éxtasis, o incluso de incendio, me abandonaba a la espera de algún milagro, con el fervor, cada día más creciente, de quien está acostumbrado a crear a partir de la nada, a ver surgir armonías desde la página blanca.

Si aquella mujer, si Piera Vasco, no hubiese intervenido, tal vez, todavía hoy, Bruno Tellegra y yo seríamos amantes.

En cuanto al esperado milagro, ¡quién sabe si se hubiese producido más adelante!

(¡Te hubiese conocido igualmente! ¿Me hubieras alejado de él, me hubieras enamorado? ¡Contesta tú!).

Piera Vasco intervino.

Te dije, la única vez que hablamos de todo esto, brevemente, que estuve celosa de ella.

Y tú me contestaste, sonriendo:

«Entonces podrías estarlo también de mí».

Te tuvo como amante después de haberlo tenido a él, como ha tenido a casi todos los hombres que ha querido, lo sé. Pronto os habéis dejado. Ella sexualmente se cansa pronto y es incapaz de pasión y de ternura. Pero tú, después de haber sufrido un poco (físicamente más que otra cosa, me has dicho) estás totalmente liberado ahora, con tu juventud intacta por la suerte que te espera, y a la que Sibilla está unida, me has dicho, por su mismo nombre.

Sin embargo, Tellegra, se enfermó por ella. Yo no lo sabía.

Tal vez vino hacia mí con la inconsciente esperanza de que yo le curara.

¿Por qué cuando hizo que se la presentaran, palideció, balbuceó, él siempre tan dueño de sí mismo? Yo ignoraba, insisto, la importancia que en su vida había tenido la mujer enigmática con quien le vi dos años antes en el hotel, allá arriba, en Courmayeur.

Durante las primeras semanas no supe nada de eso. Ella no estaba. Volvió, él le dijo que me había encontrado, ella quiso conocerme. Por no sé qué oscuro instinto de defensa, tardé, tardé, pero al final nos encontramos la una frente a la otra. En una repentina iluminación comprendí, con tanta desesperada claridad que hubiese podido, sin dudas, haberme ahorrado todo el tormento que luego padecí, y a ella y a Tellegra, muchas molestias, aunque aderezadas de complacencia.

Pero mis destellos de clarividencia difícilmente consiguen salvarme.

¿Por qué? Si vivimos cerca, tú y yo, si podemos, juntos, estudiar durante un largo tiempo las leyes secretas de nuestra esencia, sabremos también lo siguiente.

(El conocimiento casi siempre se alcanza cuando ya no es necesario: como un lujo).

Una noche, en una de tus primeras visitas, me definiste «de naturaleza angelical». «Y la Vasco, añadiste, en cambio es demoniaca».

Demoniaca.

La percibí así en un solo instante.

Y me dije a mí misma que, por fatalidad, Bruno Tellegra estaba hecho más para sufrir el encanto de un demonio que el de un ángel.

Entonces, la desesperación me cegó.

En lugar de resignarme, de huir (y en este caso quizás hubiese obtenido ser considerada y deseada), mostré mi terror.

Tellegra, inicialmente, intentó tranquilizarme. Leí en sus ojos, unas cuantas veces, un reproche, una añoranza que no disimulaba, no disimulaba.

Pero en parte, sincero hacia mí, él aun así jugaba una doble partida; deseaba conservarme, pero no supo resistir a la tentación de aprovecharse de mis celos para intentar volver a encender el deseo de Piera Vasco y poseerla de nuevo.

En lugar de espaciarle aún más sus visitas, como me decía haber hecho, las retomó con más frecuencia. Sin espiarles, había noches en que yo tenía la desesperada certeza de su cercanía. No hay nada que me exaspere más y me haga perder el dominio de mí misma que una atmosfera de engaño. Es como si respirase verdaderamente veneno.

Ante Tellegra, la realidad de su duplicidad, agravaba mi exasperación; yo le percibía como verdadero y falso a la vez y me retorció como una condenada en un laberinto.

En el intento de persuadirme de que tan solo era víctima de mi imaginación, me agarré a Piera, la busqué a diario, hice que hablara de él, de él...

Aquí se encuentra el punto más trágico de toda la historia y el más difícil de aclarar, aún hoy.

Poseer una naturaleza demoniaca no siempre significa ser malvados.

Al contrario, a menudo, significa ejercer la maldad sin quererlo, a pesar de uno.

Tú has podido observar la mezcla turbia que hay en la Vasco, de consciencia e inconsciencia, de veleidades nobles y de instintos destructivos.

«¿Por qué», prorrumpió un día Tellegra, en unos de sus momentos de abandono, cuando me suplicaba que me calmara, que fuera buena y me aseguraba amarme, «por qué tomarla con esa desgraciada...?».

Desde luego, afortunada no es, no es para envidiarla, a pesar de sus victorias. Desde luego, su suerte es aún más tétrica que la mía.

Pero, en aquel entonces, hace un año, estas consideraciones que con todo hacía, no ayudaban a mi dolor.

Piera Vasco, frente la revelación de mi pasión (también ella, al igual que Bruno Tellegra, a pesar de haber leído algunos de mis libros, pero no *Endimione*, me veía como una mujer cerebral, curiosa y fría), frente el candor inerme de mi alma, tuvo también ella, como Tellegra, un arrebató de sincera y conmovedora atracción.

Insuficiente, sin embargo, ante lo que la suerte le deparaba. Se indignó con Tellegra, pero no admitió, ni de lejos, que él pudiera amarme y olvidarse de ella. Sus acciones se dirigieron enteramente, ella creía que con la mejor intención, y tal vez siga creyéndolo, a iluminarme sobre este engaño.

Creía, basándose en su propio temple, que está hecho de orgullo y nada más que de orgullo, que yo, en cuanto hubiese conocido la verdad, me liberaría de él con una actitud desdeñosa.

Lo que no suponía, era la infernal expresión que quemaba su rostro, mientras me hablaba.

¿Comprendes?

Puede que sufriera por el mal que me hacía. ¡Pero también había en ella un goce tal, quizás inconsciente, mientras proclamaba la pasión que ella había sabido despertar y mantener en un hombre tan gélido como Tellegra!

Tal vez, quizás sin quererlo, exageraba. ¿Quién puede saberlo?

«Es mi esclavo», decía, «es mi esclavo. Lo he visto llorar, cuántas veces, rodar en el suelo, él, el soberbio misógino. ¡No sufras, no palidezcas, no vale la pena!».

Mi rostro, ciertamente, más que pálido se ponía lívido.

«Hemos sido amantes durante tres años, pero yo estaba ya cansada de él tras algunos meses, tuve a otros al mismo tiempo, él lo sabía, no le importaba, con tal de que yo siguiera teniendo relaciones con él, al contrario, le gustaba encontrarme todavía caliente, después de haber estado con otro hombre. Él me presentó a muchos hombres, todos chicos hermosos. Pero un día dije basta, no a los chicos hermosos sino a él, en resumidas cuentas. Al principio pensó que era un capricho, lo aceptó, estudiaba mucho por aquel entonces, luego tuvo crisis de desesperación; volví con él, una o dos veces, por aplacarle, pero eso fue hace más de un año. Sensualmente me repugna. ¡Y eso que me gustaba! ¡Es curioso! Ahora no puedo ni imaginar besarle. La otra noche, me aferró las muñecas, en las escaleras, quería que le enseñara una carta que había encontrado allí abajo en el buzón, le arañé hasta sangrar. No puede aceptar que ahora tenga una vida secreta. Y está convencido de que volverá a estar conmigo. Aunque

sea solo una vez, dice. Está empeñado con eso. Y mientras tanto puedo hacer lo que quiera con él. ¿Por qué te retuerces así? Así se retorció él. ¡No pienses más en él! ¡Una mujer como tú! ¡Me das pena! ¡Te pones fea! ¡Qué te importa de alguien que no te ama, de alguien que te ha mentido, que te contaba que iba a reuniones de magia, mientras sin embargo corría a verme! ¡Déjale! ¿No es mejor que le abandones tú, antes de que lo haga él?».

Sin embargo, fue él. Se convenció, actuó. Me dijo: «Se acabó. *Así lo deseo*».

Juro que sufría. Le vi endurecerse, por su voluntad, sí, pero esforzándose de una forma atroz. Juro que me amaba. Poco, pero me amaba.

Lo más vil fue justamente esto: que él mintió tres veces, a mí, a ella y a sí mismo. Ante ella ni siquiera quiso admitir haberme querido, ni que me dejaba por complacerla y tenerla de nuevo. E inventó, también por ella, el cuento grotesco de que él me había buscado por un simple experimento, estableciendo desde el principio la fecha término.

Se mintió a sí mismo, porque enseguida actuó como si creyese en su propio cuento.

Hizo que su filosofía (filosofía mala y ni siquiera demasiado original, pero no se trata de esto) sirviera para enmascarar la realidad de su vida sentimental.

La menos *dupe*³⁶ de los tres, en sustancia, fui yo. Y él lo sabe.

Y porque sentía, sentía que era víctima de una aberración en la que también no había ninguna posibilidad de salvación para él, al que amaba; me arrastré, me arrastré mucho tiempo, implorando con las manos unidas.

«Eres vil», me decía la otra, y una expresión diabólica seguía quemándole el rostro.

«¿Quieres que le diga que vuelva a estar contigo? Si yo se lo pido, lo hará, pero, cuidado, querrá una compensación mía. Es lo que espera. ¿Quieres...?».

³⁶ 'Engañada'. En francés en el original. (*N. de la T.*)

Y una mañana, después de una noche de furioso tormento, le llevé una carta para él, en la que amenazaba con suicidarme. Ella la leyó, vio la locura en mis ojos, corrió a buscarle... ¡Fue ella que me lo entregó de nuevo! ¿Vil, yo? Pero sabía que ella no le amaba, sabía que nadie nunca podría amarle con la misma fuerza que yo.

Volví a tenerle, a condición de que yo no me hiciera ilusiones para el futuro, y que enseguida después, partiera con ella.

Ella se había empeñado en curarme. Me llevó a su villa en la Costa. Me hablaba de su amor misterioso hacia otro hombre. Venía a mi habitación, medio desnuda, me obsesionaba con su piel, con sus gestos de gata, con relatos lascivos. Nunca nos hemos ni besado, ni abrazado. En el fondo, por mucho que yo siguiera llorando y ella sonriendo, era yo la que probaba una gran piedad hacia ella, y era ella quien me envidiaba.

La dejé después de algunos días, casi hui, volví a *Roma*, vi de nuevo a Tellegra.

Obtuve aún una o dos noches.

Miseria.

También miseria de sentir la inanidad de toda esperanza.

Ya todas las posibilidades de crear una ilusión, de crear un hechizo, estaban perdidas...

Fue en aquel entonces cuando empezó su periodo de reclusión en su casa, entre espiras de éter...

Me resigné, continuando, aun así, durante algún tiempo, a escribirle, a esperarle.

Recuerdo una noche. Una generosa puesta del sol, entre dramáticas nubes.

Y yo sentí que también mi espera terminaba y me encontraba íntegra, a pesar del inmenso espacio de tiempo en el que había creído consumirme, hasta en mis venas y mis médulas y quemar toda mi sustancia en un don.

Íntegra, como al día después de cualquier derrota mía.

*Purpúrea belleza en el cielo esta noche,
entre rayas de oro y venas de azul, belleza,
como una parpadeante mirada*

*hacia mis pensamientos de muerte,
pudiera así terminar el cansancio
por toda mi vana pasión,
rayas de oro, sangre, esperanzas de azul,
vana eres tú también en el cielo, belleza,
pero purpúrea, pero dulce...*

Quizás había sido aún más inhumana yo que él. Porque la humanidad que yo había mortificado en mí durante todo aquel tiempo de dedicación, era más rica que la suya.

Tan rica que había asistido a su propio tormento sin empobrecerse interiormente.

Él veía en mí solo los gestos, el llanto, las manos que suplicaban, el cuerpo que se ofrecía listo para ser quebrado, y no lo que en mí él no podía destrozar.

Pero la amarga estela me siguió durante mucho tiempo... Y todavía, ves, de vez en cuando, por la noche, me parece sentirla detrás de mí... Y cuando de repente, el terror de que se me engañe o de engañarme me asalta, cuando pierdo la noción de lo que soy y puedo, es por el recuerdo de lo que aquellos dos, hombre y mujer de miserable especie, me han infligido.

28 de julio

(En el tren, entre Borgo San Donnino y Fornovo)

Lluvia. Un trenecillo desierto. En Fornovo cogeré otro hacia La Spezia. En lugar que ir al Garda o a las Alpes, voy a Levanto³⁷. Pero solo dos días y luego a Roma.

La idea de ir a Levanto me la dio ayer en Salso una señora que conocí en los últimos días y que parece tener muchas ideas en lo relativo a la resolución de la vida práctica de las personas que le caen bien. Y yo le caigo bien. También ella a mí, *d'ailleurs*³⁸. Es de origen francés, casada con un italiano. Agraciada, vivaz, elegantísima. Me admiraba ya de antes por mis libros. Basta, estos días, en Levanto, está el director de una revista americana. «¿Por qué no le habla y no le ofrece su colaboración? Yo le voy a dar una nota para él, le conozco, es simpático, y su mujer es una criatura adorable, ya lo verá. ¡Vaya enseguida!».

Llegaré a las once esta noche, si no me aplastan estos dos trenes.

En Salso, las señoras de los autógrafos me llevaron muchas flores a la estación. Estaban emocionadas. Buenas mujeres de provincia que habían leído *Una mujer* y mis versos.

Una anciana rolliza, me dio unos consejos maternos sobre la salud, después de haber dicho que siempre recordará mi rostro «tan dulce».

¿Es «dulce» mi rostro, Luciano? ¿Lo recuerdas?

Sí, me parece sentir que piensas en mí, que me llamas, más a menudo, más a menudo, cuanto más se acerca el plazo de nuestra separación...

El tren hace paradas en estacioncillas florecidas entre los campos y luego parte de nuevo bajo la lluvia.

³⁷ Aquí Sibilla menciona distintos lugares que se encuentran en Italia, entre la región de Emilia Romagna (Borgo San Donnino y Fornovo) y la región de Liguria (La Spezia, Levanto). Habla también de Los Alpes y el Garda, que se encuentran en la región de Lombardía. Se trata de un recorrido que ella hace en tren y que va desde Fornovo, en la provincia de Parma, hasta Levanto, en Liguria. Entre el Apenino emiliano y el Apenino ligur.

³⁸ 'Además'. En el original en francés. (N. de la T.)

Elegía de este vagón de primera clase, polvoriento, donde estoy sola con mis maletas y los papeles de mis ramos de claveles y rosas.

Elegía de un día tan gris, del humo, de los ferroviarios que me entregan el carnet de periodista con una reverencia respetuosa y una tímida mirada de admiración.

Elegía de los hilares de vides fugaces, del maíz aún verde, del horizonte incierto. Elegía del giro telegráfico, cobrado esta mañana y de los pocos centenares de liras que aún me quedan, del agua de lavanda que aún no he comprado.

Elegía de esta calma que hay en mí, como si tu mano, que amo, estuviese en mi frente y me diese paz, suavemente.

Levanto, 29 de julio

«¡Pobrecillos los huesos de mi Amado, después de un mes sin otra cosa que una hamaca como lecho!». Pensaba anoche, dando vueltas en la cama turca en el cuartito de baño, donde me han acomodado a falta de otra cosa.

Pero hoy, sin embargo, ante el mar aún un poco turbio por la borrasca de ayer, con estrías oscilantes de malaquita y de jade y un fresco viento alrededor de alguna escasa vela blanca, he dicho: «¡Luciano, al contemplar la diversidad de estas aguas, a todas las horas y durante tantos días, lejos de toda humana visión, tienes que haber gozado de una inmensa beatitud!».

¿Quizás hayas escrito música, poesía, tus propias visiones?

¿Y si me enseñaras las páginas que has escrito durante este tiempo, qué me revelarán?

¿Serán vertiginosos y arcanos diálogos con las olas, con las nubes, con los espacios resonantes, iluminados por una sonrisa divina, o palabras murmuradas solo para ti, y tal vez, algunas al menos, para mí?

¡Ah, quisiera las unas y las otras! Acentos astrales y acentos de pasión.

¡Saber por encima de todo que también durante tu asalto a las puertas invisibles no me has olvidado! ¡Y que no he sido, para ti, como me pedías, solo una idea pura, puro espíritu, sino que me has percibido, al menos algunas veces, como una espina aguda, en tu corazón y en tu carne!

Saber que has temblado frente la duda de perderme y no volverme a encontrar...

Que te has tambaleado ante el recuerdo repentino de mis frescos brazos y de su dulce modo de apoyarse en tus mejillas de fuego. Que de ello has imaginado cómo me entregaré a ti, cuando por fin quieras. ¡Saber, saber que el macho que hay en ti me ha deseado, terriblemente, ha deseado a la hembra que yo soy, yo

y nada más, este cuerpo mío que tú conoces y desconoces y que, milagrosamente, ha llegado hasta ti para que tú lo sacies...!

Macho tú, has poseído cada día, durante un tiempo, a cinco, seis hembras. ¿Me poseerás a mí ahora, solo a mí?

El acto será complemento de felicidad, de aquella felicidad que ya cuando estábamos cerca sin tocarnos chispeaba voluptuosidad. Todo es voluptuosidad, en nuestro amor. Porque todo es éxtasis. Pensamos que habíamos tardado en unirnos, pero, en realidad, cuando nos unamos de verdad, comprobaremos que, en su esencia, tal acto ya había acontecido.

Nos hemos fundido en los besos, en las miradas y en las palabras. Cada palabra de estas cartas mías vale una fusión, profunda, total. Tiene mi perfume y tiene el halo que está alrededor de mi cuerpo cuando vibra listo para recibirte... ¿Me poseerás para que yo calle! ¿Para que yo descanse!

Te poseeré como hacen las olas, ahora suaves, ahora furiosas, y tus hermosos miembros soñarán que son amados por una Diosa marina.

Nuestras bocas se han encontrado como si se hubiesen buscado durante toda la eternidad, así se encontrarán nuestros cuerpos, ah, en fin, ¡así se encontrarán nuestras vidas!

30 de julio

Esta noche parto de nuevo. Para Roma.

El periodista americano ha sido muy amable, me ha invitado a desayunar en su villa, con su deliciosa mujer y sus dos hermosos hijos; me ha hablado mucho de su vida en Nueva York, como si yo le entrevistara. En otros tiempos, él hizo miles de entrevistas. Mientras hablábamos de rascacielos y de *struggle for life*³⁹, las cortinas de una ventana, sacudidas por el viento de poniente, descubrían el pequeño golfo verde azul, tan hermoso casi como un trozo del mar napolitano o amalfitano, sonriente en la hora del mediodía. Otra ventana mostraba una gran pared de roca, con matas de pinos salvajes, y me recordaba Córcega, la aromática isla de mi primer canto, la solitaria contempladora de sepulcros, divinamente altiva.

«El hombre, en América, vale el dinero que sabe ganar. Al artista europeo, que llega allí con la aureola de la celebridad, se le premia por la aureola; oro sobre oro.

Pero hasta que no es muy famoso, no interesa y puede ahorrarse el viaje, quedarse aquí.

Por lo demás, también los grandes éxitos, por ejemplo, la *Vita di Cristo* de Papini⁴⁰, se agotan en el plazo de dos años y luego se los olvida por completo.

No hay tiempo para recordar, allá abajo, en nuestra tierra...».

Conclusión: la revista que él dirige, publica solo artículos de *variétés* y relatos de aventura.

Nada que hacer, para mí.

Me lo imaginaba. Pero de ese modo tengo la tranquilidad de no haber ignorado también esta tentativa.

39 'Luchar por la vida'. En inglés en el original. (N. de la T.)

40 Giovanni Papini, poeta italiano con el que Sibilla mantuvo una relación sentimental. Fundó, en 1908, junto al también poeta Prezzolini, la revista *La Voce*, destinada a ser una de las más importantes revistas culturales del siglo XX.

Hace un año, de nuevo en verano, me detuve en esta misma playa, de nuevo por motivos «de negocios». Ah, tu sonríes al pensar en los negocios de Sibilla.

Quisiera que vieras, y quisiera yo misma ver mi cara cuando supero mi timidez y aversión y expongo mis proyectos. Debo de ser muy divertida. El año pasado, tenía la idea de fundar un periódico, un gran semanal literario, que yo dirigiría. Es más, la idea ya la tenía desde hace dos años y no estaba en absoluto equivocada. Había hablado de ella con muchas personas, con editores también. Y uno de ellos, este invierno dio casi todo el dinero necesario para fundarlo. Pero no me lo dio a mí, sino a un hombre. El periódico nació y prospera, pero yo no participo en él.

El gran industrial al que pregunté si quería apoyar económicamente este asunto, él también estaba de vacaciones aquí, me miró con un inefable sentido de conmiseración.

«Gentil señora, si se tratase de dejar morir algún periódico, hasta podríamos hablarlo, pero si se trata de hacer que nazcan nuevos, ¡no, no!».

En la playa me han parado, más veces: conocidos, y también personas que no recuerdo haber visto nunca y que dicen haber tenido el honor, etc., en casa de uno o de otro... Sonrisas, reverencias. Mi mechón blanco despierta mucha admiración.

Mañana estaré en Roma.

¡Quién sabe si tú también a esta hora no dirás lo mismo, quién sabe si también tú esta noche no estarás viajando, en el litoral, tú con tu coche hacia el norte, yo con mi coche hacia el sur, quién sabe si no nos bajaremos de los dos trenes casi en el mismo momento, mañana por la mañana...!

Tú, tu rostro perfecto, tu cabellera negro violeta, tus ojos...
¿Qué habrá en tus ojos...?

Roma, 31 de julio, por la tarde

Me fui andando, alrededor del mediodía, desde el barrio Ludovisi hasta tu casa. Llevé una nota, palabras embelesadas, con la esperanza de verte de nuevo. Pero el portero me dijo que no habías vuelto. Me dijo también que no sabía nada y que tu madre y tu hermana no estaban tampoco, es más, que se habían marchado antes que tú. «El señor Luciano se quedó aquí un rato más, se marchó hace poco...». «¿Cómo, hace poco?». No sé si mi rostro me traicionó.

El anciano amable, intentó precisar. «¡Bueno, hará quince días... tal vez incluso veinte... es que el tiempo pasa tan de prisa!». Cogió la nota y me aseguró que no había ningún correo para ti. Por lo tanto, has recibido la carta con la dirección de *Salsomaggiore*... Y te has quedado realmente en Roma durante la primera decena de julio, sin que yo lo supiera, cuando yo también hubiera podido quedarme aquí... ¿Qué pasó? Me asaltaron las hipótesis peores, en particular, una de ellas, malvada, mientras volvía a recorrer la calle, ya sin mi paso glorioso, sino arrastrándome... Las rechacé, las rechacé. Sin embargo, todavía, me han dejado una pizca de angustia.

Tú no sabes cuánto te amo, a lo mejor ni siquiera yo lo sé.

He vuelto a entrar en aquel cuartucho que se asoma a las murallas aurelianas y a Villa Borghese. Me he tumbado, con la esperanza de recuperarme del viaje de la noche. En cambio me he encontrado mal, escalofríos de fiebre, y de repente la sensación de una mano que quisiera sumergirme o desarraigarme, no sé.

Algo muy penoso. Afortunadamente duró poco. Me levanté de nuevo. Debo dejar las persianas cerradas por el sol.

Tengo aquí tres melocotones, almorzaré con ellos. En este hotel no es obligatorio tomar las comidas, volveré otra vez a ayunar un poco.

Si esta noche durmiera, espero no volver a sufrir mañana otra vez por este martilleo en la cabeza. Entonces tal vez me

resulte menos difícil enfrentarme a la idea de que te quedarás fuera en agosto también... Hoy no puedo pensarlo, no puedo, tengo la sensación de que se me rompe el cráneo.

Y no quiero llorar. Desde luego sería un alivio, pero ¿si mañana tuviera que volverte a ver y tuviera el rostro flácido y los ojos cansados...? No quiero. Si me mantengo hermosa, significa que soy digna de ti. Si tengo fe en este amor, venceré.

¿Por qué hay que pensar que el mundo está lleno de cosas seductoras que pueden haber atraído a Luciano durante este tiempo y haberle empujado a vivir muy lejos de su torre solitaria y de los ritos mágicos? Al contrario, quiero repetirme que existe una sola mujer capaz de creer en lo que él dijo, capaz de esperarle en la plenitud del espíritu, y que aquella soy yo.

Si tú no hubieras llevado a cabo lo que te habías impuesto a ti mismo, por lo menos que yo viva y siga viviendo como si tú lo estuvieras haciendo.

Ojalá tu sueño sirva para aliviarme, a mí, al menos, si es que a ti te faltan las alas.

Pero no te faltan. No pueden haberte faltado. Eres Luciano, te amo porque eres Luciano, no una larva, sino una voluntad esplendorosa y apasionada, no gélida, no orgullosa, sino con todos los rasgos de la gracia, para donar al mundo más amor, más calor.

Eres Luciano, eres mío. La mano que antes parecía querer ahogarme era la de algún gnomo deforme. ¡Fuera!, fuera cualquier tentación de hundirme en los terrores celosos.

¿Quién puede gustarte más que yo? ¿Quién tiene un corazón igual que el mío? ¿A quién has cogido entre tus brazos y levantado con semejante pura alegría?

Nos reíamos como dos Dioses.

Volverás.

Me llamo Sibilla.

1 de agosto

He dormido sin pesadillas y sin sueños.

Tengo un cuartucho de tres metros por cuatro, de techo bajo, debajo del tejado. No importa. Encima de la mesilla, mi maletín de cuero, el Buda de los reflejos de oro y algún que otro pequeño objeto que brilla, crean aquí, como en cualquier otra demora, mi atmosfera. Ellos son mi casa. Los retratitos, en un solo marco, de mi madre y de mi padre, cuando eran jóvenes, guapísimos. ¿Los has visto? ¿Y el de mi hijo, cuando era niño?

Desde hace muchos años estoy acostumbrada a vivir en habitaciones alquiladas, ahora aquí, ahora allí, ahora en hoteles, ahora en pensiones, entre muebles siempre del mismo tipo, neutro, de «cosas» verdaderas, que creo haberme vuelto realmente incapaz de concebir la idea de «propiedad», y el día en que tuviera que darme cuenta de que poseo cuatro sillas, una mesa y una cama, los miraría con la misma indiferencia con la que miro estos, habiendo ya adquirido para siempre el sentido profundo de que nada le pertenece a nadie y que solo el significado interior, el «símbolo» de las cosas, cuando sabe uno percibirlo, es «nuestro», en perpetuo tránsito.

Desde la cama, desde donde te escribo esta mañana, no veo los árboles de la Villa, sin embargo veo una parte de un grupo de casas, más allá de la avenida: un internado femenino. Ha aparecido en la terraza una monja con el *cornette*⁴¹ blanco; ha desaparecido. La mañana es luminosa.

Hace diez o doce años, en invierno, cuando vivía en Sorrento, en una pequeña casa entre los olivos y los naranjos, una hija del propietario, que hacía de camarera y se había encariñado de mí, me confesó un día:

⁴¹ Aquí *cornette* hace referencia a un tipo de toca almidonada y doblada hacia arriba, que ciertas congregaciones religiosas femeninas usaban cuando abandonaban su clausura. En Italia, en los años veinte, todavía podían verse algunas monjas con ella. (N. de la T.)

«Mi hermana mayor quiere ser monja. Hay un preboste desgraciado, desde hace un tiempo, Dios le perdone, que encanta a casi todas las chicas del pueblo y las convence para tomar el velo... Pero yo le dije a mi hermana, más bien, átate una piedra al cuello y tírate al mar. ¿Señora, quiere intentar usted hablarle? Mis padres están desesperados...».

Gente buena, patriarcal, del campo, chicas sanas y guapas. La que quería ser monja, cuando la interrogué con precaución, me contestó que el mundo no la atraía, que en ello se hubiese sentido más triste que en un convento y otras frases que seguro escuchó del preboste, pero que ella, por virtud de la sugestión, las pronunciaba ya como si fueran propias.

Era como una virgencita, suave. Ojos claros ya difuminados de mística paz.

Por satisfacer a la otra, «intenté»:

«Eres tan joven, eres guapa, podrías ser feliz, ser mamá de niños hermosos».

Ella sacudía la cabeza, lentamente. No. No quería esa felicidad, sino una beatitud más grande, celeste.

De repente, impensablemente, me miró fijamente, los dulces ojos le centellearon:

«¿Pero y usted, señora, acaso no vive usted también fuera del mundo? Lleva aquí muchos meses, completamente sola, nunca va al pueblo, se conforma con dar unos paseos por arriba y por abajo en el huerto o con quedarse aquí dentro con sus libros... ¿No es un poco monja también usted, guapa y joven también usted...?».

Estaba escribiendo por aquel entonces los primeros capítulos inmoladores de *Il passaggio*, mi alma se hallaba tumultuosa de pasión, llena de añoranza, de anhelo, un gran brasero de vida, y para los cándidos testigos de mis días de entonces, yo aparecía casi como una santa...

Turbada por la inesperada deducción, turbada hasta tener que reprimir mis lágrimas, intenté explicar a la inocente criatura que había por lo menos una diferencia entre mi reclusión y la que ella deseaba:

«Yo aquí soy libre, elijo periodos de soledad para poder trabajar mejor, pero, cuando quiera, tal vez mañana, puedo marcharme, volver entre la gente...».

La chica sacudía la cabeza de nuevo, lentamente. No podía, no sabía replicar, pero sentía en el fondo que ella tenía razón, sentía haber tocado el nudo más íntimo de su espíritu y del mío, y que en realidad la comparación entre las dos «vocaciones», básicamente, se sostenía.

Búsqueda de los bienes esenciales, desprecio de los contactos vanos, anhelo del absoluto... La pequeña campesina confiaba satisfacer todo eso en el claustro, en las oraciones, en la aniquilación. Yo...

Yo...

Tarde. Si aún no has vuelto, si no vuelves durante todo este mes, quiere decir, tal vez, por lo que me ataño, que yo aún no he volcado en mis cartas para ti todo lo que tengo que volcar...

¿Optimismo heroico?

¿A lo mejor nunca se consigue una entrega completa? ¿Decirlo todo?

¿Si yo viviese a tu lado diez años, tal vez llegaría a demostrarte más mi amor el último día que el primer día?

He ido a ver si por casualidad estaba vacío el estudio donde me alojé en junio, donde nos hemos besado...

La propietaria estaba en el jardincito, vino ella hasta la cancela, la puerta donde se apoyaba tu mano esperando que la camarera la abriera, la amable camarera que te llamaba «el señor de bellos cabellos» cuando yo le decía que preparara el té frío que tú prefieres.

El estudio, como me temía, está ocupado por otros. ¡Si hubiera podido seguir alquilándolo también durante tus pocas semanas de ausencia!

¿Encontraremos de nuevo un sitio tan propicio para el amor?

¿Recuerdas que sensación de aislamiento? Te gustaba. Olía a jazmín recién recogido.

Hoy han pasado dos meses desde el primer beso, ayer pasó un mes desde el último.

Tu corazón latía de forma prodigiosa. En la penumbra tu rostro se revelaba más que humano. Esos cabellos que se movían, como vides temblorosas, alrededor de tu frente reclinada sobre mí, que estaba boca arriba, se me han grabado en los ojos como si Medusa me hubiese mirado de verdad fijamente.

Me apretabas y me besabas y parecía que la fuerza de tu deseo estaba a punto de derribar el invisible firmamento encima de nosotros.

Pero oponías tu voluntad a tu deseo con una fuerza terrible. «Ahora no», decías, «ahora no».

Amplia penumbra, silencio, libertad.

Susurrabas palabras que no percibía como distintas; me rumoreaban en la oreja, en el cuello, en mis pechos y se alternaban melodiosamente al estribillo de mi nombre: «¡Sibilla! ¡Sibilla!».

Zonas de luz, chispas que tal vez provenían de nuestras dos cabelleras, una fluida llama alrededor de los miembros que tus manos rozaban pero no intentaban desnudar...

Y yo tampoco me atrevía. Respondía a tus besos, aniquilándome y volviendo a nacer en cada uno de ellos. Con una dulzura oscura, volvía a ser, en esa hora, tal vez después de milenios, una pequeña gran cosa sumisa, una cosa completamente femenina, sumisa a una potencia trascendente, la vida.

«No hagas nada», me suplicaba el instinto, «no operes con tu voluntad, que tú sabes que es fuerte como la suya, ni con el anhelo de tu tan poderosa sangre.

Déjale libre, y selo tú también, aceptando lo que él quiere. Respétale, mientras él te rechaza como carne y no se une a ti, temblorosa...».

Milenios.

Era Sibilla, era también Eva, Eva todavía en el jardín de las delicias, Eva que aún no había oído el silbido de la serpiente.

Cada vez que el mito de la primera pareja se presenta al espíritu de dos amantes abrazados, un ala de gracia los distingue y, bajando desde lo alto, los acaricia.

«¡Sibilla!».

«¡Luciano!».

El fabuloso juego se acoplaba a la raíz misma de nuestra vida. Que se había vuelto una sola y tal vez ya no nos pertenecía.

Tumbados, sin premeditación, boca contra boca, la primera vez, después de un año que nos habíamos conocido y nos habíamos gustado. La mujer ya no joven y el hombre aún chiquillo, la artista conocida y el mago desconocido, la leona y el aguilucho, y su crueldad, su afán, su sueño en el centro del universo.

¡Besos de sabor inefable!

Cada beso contenía mil y una palabras.

Palabras impregnadas de alegría, de llanto, de mar lejano, de viento alpino.

Palabras de poder y de dedicación, color de llamas.

Cada beso ardía casi como si proviniera de víctimas felices de morir en la hoguera.

Nunca la muerte había sido así en lo alto del alma, como una victoria de alas inmensas.

Las alas, abiertas hacia atrás, arrancaban el pasado y al mismo tiempo levantaban su polvo, su olor.



*2 de junio*⁴²

¿Y si tú fueras una creación de mi deseo? ¿La flor suprema de mi vida y de mi arte?

Mi larga vida, mi lentísimo arte.

¡Cuántas veces creí haber tocado la cumbre, haber suscitado la forma elegida entre todas!

El loco Orfeo, con su frenética música encerrada en el pecho, la música que exhalaba solo en algún momento de desgarradora dulzura, y las piedras y las aguas a su alrededor sentían verdaderamente su fascinación.

Loco, se golpeaba y me golpeaba, se destruyó y estaba por destruirme. Sin embargo, nadie, nadie jamás me ha amado con semejante ímpetu, nadie me ha envuelto, al igual que él, por algún tiempo, en el velo a través del cual todas las cosas eternas vibran y sonríen...

¿Y Endimione?

Juventud y muerte. Junco al viento, suspiro apasionado hacia la vida fugaz terrenal...

¡Y el Príncipe!

El hombre más parecido a mí en su forma física y en su temple moral. Alto, muy bello y desdeñoso de la suerte.

Si lo hubiese encontrado en uno de los jardines de mi adolescencia y de la suya, toda la vida, luego, hubiera sido para él y para mí como una fiesta nupcial.

A causa de esa certeza que se apoderó de nosotros durante nuestra primera mirada, un día de nuestra ardiente madurez, la amistad amorosa que nació de allí fue luego gobernada cada vez más por la lúcida sabiduría.

Desde cerca, desde lejos, en insólitos y breves regresos y en largos y aparentes olvidos, en algunas cartas, en algunas graciosas y dulces caricias.

⁴² «2 de junio» en el original. A esta carta le corresponde en realidad la fecha del 2 de agosto. Puede tratarse de un error tipográfico o bien simplemente de un despiste de la propia Sibilla.

Más intensa y fuerte la exaltación dentro de mí, más creativa, con zonas de llanto muy puro, pero el Príncipe siempre me vio sonriente, como una señora perfecta.

De mí amó sobre todo los pequeños poemas, que le recordaban los fragmentos de los líricos griegos que había admirado en su juventud y mis pequeñas manos, las más hermosas, dijo, entre todas las que vio en las Cortes de todo el mundo...

El Príncipe... Endimione... Orfeo... Cabellos de plata, cabellos de violeta, cabellos de sol...

Escribo sobre ellos, ves, como si fueran invenciones de mi fantasía. Personajes irreales, forjados como la muñeca de Villiers de l'Isle-Adam, de mi ciencia y de mi gusto, solo para mí...

En realidad, siempre hay un elemento misterioso en todos mis encuentros, como si colaborara con la suerte de una forma instintiva, fluida, dirías tú...

Y cada vez, en amplios círculos de alegría y de dolor, la vida se vuelve más grande, la vida se perfecciona.

Ahora, Luciano, estás delante de mí.

Y en ti, deslumbrante, veo la suma de todos los dones que en los demás vi por separado.

La fresca y flexible armonía de uno, la profunda y antigua sabiduría de otro, también la locura de aquello que, al igual que un fauno, me amó, desnuda yo, durante un incandescente verano.

*Lejos del mundo,
robles,
ralos al sol de agosto,
aguas entre las piedras,
lejos del tiempo,
y tú
dorado ríes,
tú ala blanca mi hombro,
tú ante su música virginal,
alegría en los ojos ríes.*

¿Qué poesía brotará ahora de mi amor para ti, de nuestro amor?

Estas cartas tan solo son un presagio, un preludio.

¡No escribo nada más desde hace muchos días!

Todo está suspendido, en la inminencia de lo que sucederá, fusión contigo o muerte.

Si muero, estas cartas certificarán que mi paso en la tierra terminó mientras anhelaba una nueva forma de belleza, reveladora de más altos horizontes.

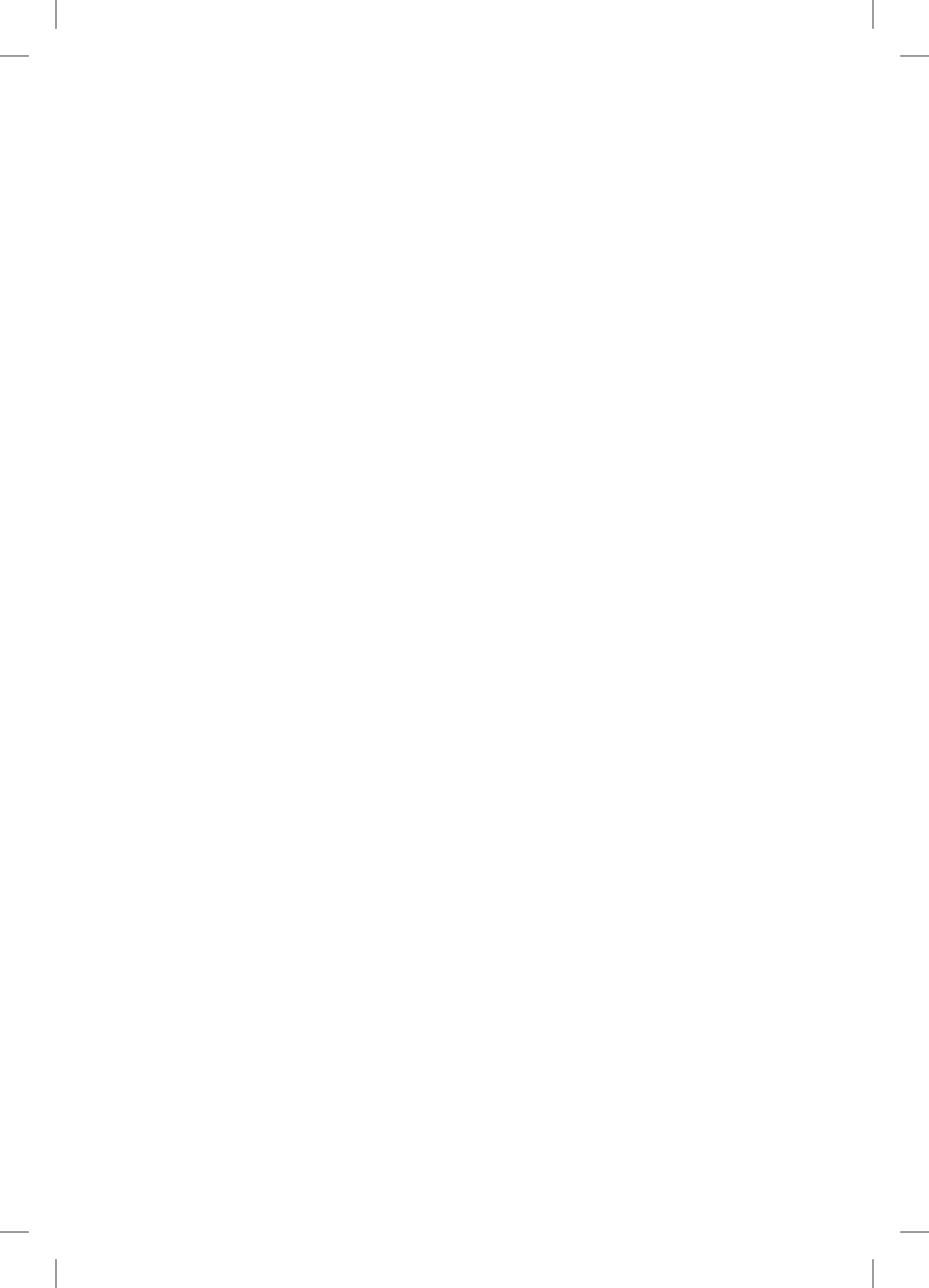
Sin embargo, si todas estas páginas llegan a tus manos, Luciano, estas páginas que escribo mientras tú te encuentras en soledad e inalcanzable y cada signo que escribo es acto de oración para que tu viva y es afán de unión contigo, si llegan a tus manos, Luciano, Luciano, el amor querrá un canto aún jamás oído, grande.

Y tal vez será el canto a dos que soñé durante toda mi vida.

Tu voz, unida a la mía, para elogiar el amor.

La fuerza que tenemos, sagrada, que nos empuja, tan distintos y tan parecidos, el uno hacia el otro y que se traduce en besos y en miradas donde el ser se pierde; esta maravilla inviolable, ¡poder, juntos, hacer de ella un himno!

¡Quién sabe en qué clara mañana o en qué noche de viento y de estrellas, quién sabe después de qué innumerable serie de días completamente desbordantes de nuestro ardor, oír brotar de nosotros, en palabras alternas, una música ahora delirante ahora estática, profunda como las raíces de donde brota hasta nosotros una linfa viva; música dulce, secreta, terrenal y celeste, donde termine disuelto el misterio individual y nuestras dos unidades se confundan, como en criatura de carne y tenga tu fragancia y la mía, tu fuerza y la mía!



3 de agosto

Después del baño he vuelto a la cama.

Ya son las diez de la mañana y aún no me he vestido.

Creo que tengo algo de fiebre.

El lazo de mi camisón ha bajado por mi hombro, un seno está descubierto.

Tal como lo veo, por debajo de mis ojos, media esfera blanquísima y con el pezón en el centro, pequeño y erguido, me conmueve casi como si no fuera el mío, hermoso como si fuera el de una estatua, pero mi mano, acariciándolo, lo nota túrgido, y más plano que la corola de una rosa.

Es el seno que tú besaste, una vez.

Me siento tentada por un frenesí de oprimir esta forma cándida y dulce hasta hacer que sangre, porque tú no estás aquí y no gozas de ello.

¿Qué es para ti tu cuerpo cuando lo miras?

Mi carne esta mañana me obsesiona.

Ayer, por la calle, me encontré con el aviador de la primavera pasada.

Gallardo jovenzuelo. Los ojos le brillaban. Quería venir a verme.

«No».

«¿Pero por qué?».

E insistía, insistía.

«No».

No puedo imaginar que me toquen manos que no sean las tuyas. ¿Pero, si yo misma me acaricio, no es esto también un robo?

Apoyo mi mejilla que arde en la parte alta de mi hombro.
¿Me recuerdas?

Un deseo insoportable circula en mis venas.

Me ofrezco a ti. Tan blanca y suave. ¡Abrázame, abrázame!

Veo de nuevo los mechones de tus cabellos inclinados sobre este hombro mío...

Tarde. Naufragio durante algunos instantes, grito de alivio y de tripudio... ¿Te ha llegado?

Es tan sano mi organismo y su equilibrio tan sólido que no teme caer nunca en ningún vicio. Como nunca se dejó cautivar por ninguna sustancia tóxica, así también la voluptuosidad, de cualquier especie, jamás podrá destrozarme, y también la que tú me darás, será conquista y triunfo de vida, no aún pozo mortal.

Casta, desde hace meses y meses, en la espera del momento en que estrecharás mis miembros contra los tuyos, he podido esta mañana, sin temor, abandonarme durante algunos instantes al placer de mí misma y luego levantarme de nuevo, con un sentido de profundo refrigerio.

Ahora me siento más cerca de ti, todavía más tuya, sometida por mi voluntad a tu ser varonil.

Hay muchas cosas que ninguna pareja jamás ha dicho y que tal vez nosotros osemos traducir y confesarnos desde nuestra alegría, desde nuestro mutuo asombro.

¿Qué sabe acaso el hombre de lo que la mujer siente realmente cuando él la posee, y en el momento del deseo y en el del cansancio?

¿Y qué sabe la mujer del hombre?

Tal vez sea este silencio, al que quisiera denominar ancestral, por no decir animal, el que, desde hace un tiempo infinito, aleje al valor del acto conyugal del plano espiritual.

¿Y no crees que el secreto, según el cual los amores unisexuales aparecen, para sus seguidores, más nobles que los amores normales, resida justamente en el hecho de que entre amantes del mismo sexo tal vez el silencio sea menos absoluto, y que se intente un intercambio de sensaciones también en el campo de las palabras?

Me viene a la memoria una de mis páginas de la que me había olvidado, una de mis pocas páginas inéditas, una especie de novela escrita hace un año.

La busco, aquí está. Vuelvo a copiar este trozo: un hombre y una mujer están cerca, se desean, aún no se han besado:

«... Él se siente tentado, pero más aún que por aquella gran femineidad, por darse en ella la misteriosa realización de un mundo casi apocalíptico, el mundo espiritual de la mujer...».

«En lugar de susurrarle, después, las aburridas preguntas de siempre: ¿Me quieres? ¿Eres feliz?, le preguntaría, abrupto pero ansioso, ¿qué? ¿no sabe! Que ella le desvelase el más nimio de los secretos de la especie, que ella dijera, con inteligencia, como si fuese Diótima⁴³ resucitada, en lugar de hundirse en un sopor feliz, qué reinos alcanza su esencia en el momento de la fusión con la esencia varonil, si en su goce hay alguna partícula de trascendencia, si su soledad íntima es vencida o algo más espantoso aún».

Noche. He estado pensando muchas veces, vagamente, que el semen enriquece a la mujer que lo recibe, si ella posee virtudes profundas de amor.

Y que toda relación, aunque no le fecunde el vientre, la fecunde en sustancia intelectual.

¿No podría ser esta la causa del oscuro rencor que el hombre, si no es de raza superior y generosa, siente después de haberle hecho el don de sí mismo...?

Hay algún bruto que se queda dormido vaciado, obnubilado.

El mediocre se queda con un sentimiento rencoroso de empobrecimiento. Solo el verdadero señor, aquel que posee una ilimitada abundancia de vida interior y creativa, siente una orgullosa ternura hacia aquella que lo ha acogido...

Imagina a un Leonardo, imagina a un Goethe, imagina a un Whitman...

Se me podría objetar: «Pero según esta hipótesis, ¿en qué se transforma la mujer en sí misma, la virgen por ejemplo? ¿De

43 Diótima de Mantinea fue una sabia iniciada en los misterios del amor. En *El banquete* de Platón, Sócrates, en el último discurso, relata una conversación que había tenido con una sabia iniciada en los misterios del amor, Diótima de Mantinea. Según ella, el amor, como tal, busca lo bueno en sí mismo, junto con la belleza y se caracteriza, además, por querer poseerlo. Esta persecución activa de lo bueno toma el nombre de *amor* cuando se convierte en *producción de la belleza*, a través de un proceso de fecundación que se da tanto en el cuerpo como en el alma. La única forma que tienen la especie humana y los animales de perpetuarse es a través de la reproducción. Pero con respecto a los humanos, existe otro tipo de fecundación que va más allá de lo corporal, la *fecundación del alma*.

ese modo se la “desvaloriza” terriblemente! ¿Es justo esto que quiere Sibilla?».

Yo no quiero en absoluto «desvalorizar» a la mujer.

Ella «de por sí» existe.

La virgen, la niña, son maravillosas criaturas de tácita potencia. Si pienso en mi adolescencia continuo conmoviéndome, por lo próxima que estaba a un estado de perfección, por lo mucho que acogía las voces del infinito con sencillez y gracia, por lo mucho que, con armonía, aspiraba a conocer, a comprender, a crecer, a tocar las estrellas... El macho de especie elemental, que luego sería mi marido, me atrapó a traición, con mis dieciséis años. Tal fue la violación, que durante mucho tiempo, mi aspecto fue marcado por los signos del bloqueo, de un perdido desasosiego, como el de una pobre niña deportada en regiones sin aire ni luz.

Te mostré una fotografía de mis veinte años donde estoy mucho menos «viva» de lo que estoy ahora, con inmensos ojos sorprendidos y el rostro completamente difuso de patética pesadez... Pero cuando, más adelante, conocí el amor, encontré de nuevo la primitiva frescura, mi mirada volvió a ser estrellada...

Ahora bien, la mujer nace con profundos tesoros de sentimiento, de intelecto, de voluntad que, en el contacto físico con el hombre, pueden, o ser sumergidos o negados, o desarrollarse y florecer gloriosamente, o también no provocar ninguna reacción, sin hacerse ni más grandes ni más pequeños.

Creo que la mujer más «verdadera» es la que en el amor recibe más y que de la sangre que el varón le dona, saca mayor cantidad de entidad espiritual, no solamente para sus hijos sino para sí misma, gracias a la coloración y vibración de sus propios pensamientos... Aquella que acoge con ardor al principio varonil y lo elabora y le da una transparencia completamente femenina...

Veo algo majestuoso en este destino de hermosa ánfora consciente.

Amo, luego existo.

4 de agosto

Medianoche. Vuelvo de Frascati⁴⁴. He pasado allá el día en casa de mi amiga Erdos. Volviendo a casa, anhelaba la idea de encontrarme con algunas palabras tuyas. Nada.

⁴⁴ Pueblo cercano a Roma.



5 de agosto

Mientras el automóvil me traía de nuevo a la ciudad; ayer por la noche, mi huésped, mi querida Renata Erdos, me preguntó tímidamente, pero a la vez de manera aguda, como la mujer de noble intelecto que es, si ha pasado algo nuevo en mi vida en estos últimos tiempos y si las «noticias» que espero y por las que permanezco en Roma, a pesar del calor, se refieren a alguien al que amo. Asentí, con la cabeza, con una sonrisa sumisa. Ella, alentada, deseaba que especificara: «¿Está lejos? ¿Le escribe? ¿Prometió volver? Quisiera verdaderamente que fuera para usted una relación duradera, para toda la vida...». Contesté: «*Dragam*, querida, no puedo decirle nada, no puedo explicárselo, algún día sabrá algo más».

Aparte de que no quiero hablar de ti con nadie, ¿que podría llegar a pensar de nuestra historia incluso una persona como la Erdos, poetisa y novelista?

Hasta ella me tacharía de loca. Loca por tener mi alma suspendida ante una irrealidad tan grande. Loca por creerme amada por un chiquillo que me pospone a quiméricas hazañas, aunque sea verdad que es por estas y no por otra cosa que él está lejos de mí y aún no se me ha entregado... ¡Loca, loca, loca, con todos mis años, con toda mi experiencia, no cansada aun de trágicas ilusiones!

El automóvil corría por la solitaria calle Tuscolana inundada por el reflector. Miraba hacia mi lado, en la penumbra, el bellissimo rostro de Renata y sus grandes ojos adorablemente límpidos. Sé que ella pensaba: «Sibilla no se abre a mí porque me cree una pequeña burguesa, porque quiero a mi marido y a mis hijas, porque tomo el almuerzo de forma regular y con buen apetito y trabajo metódicamente cada día, como una obrera y con mis treinta volúmenes después de años de sacrificios, solamente ahora me he garantizado una renta segura...».

¡*Dragam* Renata!

Propuso a su editor, por propia iniciativa, publicar *Una mujer*, que aún no se ha traducido en Hungría, y ayer me comunicó la respuesta, en general favorable.

Ella misma escribirá el prólogo. Por la cesión de los derechos tendré, eso espero, algunos millones de coronas magiars, vamos, cuatro o cinco mil liras nuestras y la mitad enseguida, es decir, dentro de algunas semanas. Una buena noticia, ¿verdad? Yo que no sabía cómo seguir tirando después del pasado octubre...

Ayer por la noche, conducía el coche el marido de Renata, marido enamorado y orgulloso. A su lado estaba su compatriota y amigo. Al llegar a Roma, en lugar que llevarme al hotel, me arrastraron a un teatro de verano, así vestida, como estaba desde por la mañana. Una parte del espectáculo merecía la pena; una pareja de bailarines que bailaba precisamente la *czarda*, con ímpetu orgiástico.

El amigo de los Erdos, de unos cuarenta años, vivaz, simpático e inteligentísimo, desde la época en que su país ha sido desmembrado, es decir, desde hace ocho años, hizo voto de castidad, que mantendrá, dice, hasta que Hungría no sea liberada y reintegrada. La Erdos está convencida de que él no es un fanfarrón.

Noche. ¡Ayúdame! Tengo terror a no saber si aún te amo, esta noche.

Los reproches hacia ti, por el tormento que me infliges con tu silencio, me ahogan el corazón. ¡No me escuchas! Si me escuchases no aguantarías, al menos me harías saber si vives. Yo no soy nada para ti. Tengo miedo a no poder perdonarte esta amarga angustia...

6 de agosto

Es casi seguro que este ataque de inquietud procede de mi estado físico. Son días en los que me es más difícil ser optimista. ¿Pero si esta coincidencia sin embargo fuese real? ¿Si mi afán de saber de ti procediera de un oscuro presentimiento de desgracia?

Sufro. Sufro, ¡Luciano!

Tarde. Unas rosas blancas que me regaló Renata me miran. Silenciosas, me excitan hacia imágenes insospechadas, me provocan un sufrimiento debido a mi incapacidad.

Hermosas, alucinantes, secretas. Cálices de íntima tragedia, de belleza desesperada.

Una lejana mañana de nieve, en una habitación de hotel, triste como esta, sentí el fortísimo deseo de una rosa. La veía con mi imaginación, hermosa, de calidad rara, de tallo largo. Hubiera, por sí sola, cambiado la habitación, echado luz a la atmosfera grisácea, habría dado empuje a mi trabajo. Alta en su tallo, grande, rósea, insolente, risueña.

Pero nadie pensaba mandármela. Ninguno de los tres o cuatro amigos amables que veía a menudo en aquel cuarto de estar y que me invitaban a un té o a al teatro. No aquel que me prestaba prácticamente cada día su automóvil ni siquiera aquel otro al que tal vez había enamorado y que a lo mejor yo también estaba empezando a amar...

Ninguna de las dos o tres mujeres que, en aquella ciudad, decía quererme.

¿Y los centenares de conocidos? ¿Y los millares de lectores desconocidos?

Podía salir y comprarme esa rosa anhelada. Incluso en los días de mayor pobreza nunca dudé en dar mis últimas liras por una flor, si de una flor había sentido el deseo.

Sabía dónde estaban las tiendas más bonitas de la ciudad; una ciudad con valles y colinas, con grandes avenidas y túneles.

Y en las plazas, en frente de las fuentes heladas en las mañanas de nieve, imaginaba los brillantes escaparates, los colores vivaces o dulces; las violetas, las mimosas, las camelias, capullos rojos, capullos de oro, helechos, muguets tempranos, azaleas, azaleas, y sola, en el jarrón de Murano, o en el medio de un ramo de hermanas menores, la rosa suave y abierta que yo quería, con su perfume apenas sensible, de perfección deslumbrante.

¿Por qué no salía a buscarla?

¡No sé!

Hay días desdichados en los calendarios herméticos, en los que hasta la persona más fuerte y acostumbrada a la soledad le confiesa a su corazón, sollozando: «¡Bastarse a sí mismos, qué cosa más detestable!».

Días en los que, el orgullo de nuestra propia suerte, la fidelidad a la suerte que nos forjamos, parecen desaparecer de forma inconsistente. Y toda la energía se derrumba y todo el fresco vigor de las iniciativas, cualquier facultad creativa autónoma. Es así, hasta el simple gesto de coger una maya si camino a la orilla de un río... ¡Otra mano, otra mano que arranque la flor para mí!

Más tarde. ¿Por qué una vez me llamaste «peligrosa»? ¿Qué quiere decir? ¿Qué mis besos y mi ardor tienen un poder y que de toda potencia ajena hay que saberse alejar? ¿Esta es tu pobre sabiduría? ¿Parecida a la sabiduría de un cínico vividor cualquiera?

Una vez te pregunté que había en tu corazón. Contestaste: «Yo estoy allí. En mi cerebro está *mi* pensamiento, en *mi* corazón mi intelecto».

Hermes...

Anochecer. ¡Poderte tener aquí, ahora! Sentado en el brazo de este sillón, mirar conmigo la copa de los pinos, que desde aquí se parece a la línea de una colina ondulada, oscura bajo el cielo de amatista, donde las estrellas aún no se han encendido...

Noche. Si calculo con mis manos el volumen de estas cartas, escritas para engañar tu espera —engaño; todas las más dul-

ces y profundas formas de vida son un engaño, ¿qué espera?— y el corazón de repente me duele, oscura advertencia, pienso que en este volumen hay tan poco de mí, ¡tan poco!

¡Ay, que tú nunca tengas que sacar de este cúmulo de palabras la revelación de lo que yo soy! ¡Qué tú nunca, por una absurda hipótesis, leas estas palabras sin antes haber conocido mi esencia!

Pero —también pienso— ¿si algún día haré de ellas un libro para enviárselo al mundo entero, qué parte infinitesimal de la verdad representará, de esta verdad que plasma el instante y lo eterno, qué miserable mínima parte?

Un demonio me contesta que en todas las obras, no solo individuales sino también colectivas, sucede esto, y ni la *Odissea* ni la catedral gótica, ni un fino pequeño poema de Mallarmé pueden pretender expresar el cosmos o ser la síntesis de un alma. Todo es parcial, ¡ay! Y todo da vueltas instante tras instante, las piedras, las estrellas y este corazón mío dolido que no puedo pensar infundir en el canto, ¡aunque yo sepa cantar!

Pero un ángel, después del demonio, me tranquiliza y me dice:

«Más allá de tu voz, Sibilla, más allá de tus cartas y de tus libros, tu entidad se manifiesta de forma silenciosa e indecible; en un relámpago de tu mirada, en un rubor o palidez de tu rostro; allí estás resumida con todo tu mal y con todo tu bien, con todos tus temores y con todas tus acrobacias; ignorante y sabia, cruel y dulce, allí te ve milagrosamente quien te ama, no puede ser de otra forma; el arte supremo, la verdadera magia, y tú lo sabes, es el amor».



7 de agosto

Esta mañana, en los prados de Villa Borghese, sentí en la cara una brisa de montaña, la que sopla en los altos pastos. Y como las hierbas y como las nubes sentía que me movía armónica en la luz, mientras las cosas y los pensamientos rimaban: levedad, caridad.

Después, bajando por la calle Veneto y por el Tritón, muchos transeúntes me miraban; rosa palo mi vestido, rosas pálidas mis mejillas sin colorete; solo los labios acentuados por el carmín.

Homenajes por la calle... así empezaba un antiguo y pequeño poema mío que no he recopilado en mi volumen de poesías.

Homenajes en los ojos que se dilatan elocuentes... de hombres que han poseído criaturas altivas... Homenajes por la calle...

Aún me admiran. Hoy todavía más aún, diría yo, que mucho tiempo atrás. O tal vez note más las miradas. Y es difícil, ahora, que esto me moleste. Porque he adquirido la exacta noción de mi poder de atracción; no la mancha de color, no el balanceo de mi persona y ni siquiera la fusión de líneas delicadas y de líneas enérgicas de mi rostro, sino la luz de mis pupilas, eso es lo que llama la atención y que hace mío, por un instante, a cualquiera que yo mire fijamente. Luz, tú mismo me dijiste, deslumbrante, por un instante. Expresión fulmínea de la espiritualidad que hay en mí y que trasciende mi imagen de mujer. Esto es lo que turba secretamente: este centelleo de una vida profunda, este centelleo de inmortalidad en el envoltorio femenino róseo y suave y de dulce olor.

A la vuelta, en el *tranvía*, me ha impactado la cara de un hombre joven, sentado delante de mí. Su expresión era dura, concentrada, entre dos grandes cejas dibujadas de forma audaz y perfecta. Labios apretados y violentos. El desconocido llevaba alrededor del cuello una bufanda de colores, enrollada con negligencia. Sacó del bolsillo un pequeño plano de la ciudad, lo con-

sultó y lo dobló de nuevo. ¿Forastero? ¿Artista? Por el sombrero y la camisa, hubiera podido ser incluso un obrero de vacaciones. Pero no, había entre aquellas pestañas pardas un pensamiento salvaje que venía de lejos. En los hombros, en toda su persona, esbelta y alta sin duda ninguna, se notaba una fuerza preparada para no sé qué salto y como un silencioso desafío ante todo lo que es mundo alrededor de un alma solitaria. Un hombre, era un hombre. Me ofrecía la imagen fugaz de las numerosas acciones que es capaz de realizar un ser de su especie, geniales o delictivas: inventar una máquina, fundar una ley, escalar el cielo, clavar un cuchillo en la tibia garganta de una niña...

Y llevaba su soledad con más orgullo que yo, porque es un hombre, porque su vigor físico le hace sufrir desde luego menos que a mí, que soy mujer, la angustia profunda de ir de ese modo, bajo el cielo matutino y luminoso, con su propio secreto, ir de ese modo, en el desierto poblado. Una mujer, aunque heroica o santa o maldita, tal vez no pueda nunca tener en su rostro una expresión semejante de completa connivencia consigo misma, ¡vaya!

Anochecer. Pasé la tarde en la peluquería. Consigo que me den crédito. Cada semana, champú y peinado con ondas, cada dos, corte. Cada cincuenta días más o menos, un retoque de henna, rubio. Hoy me tocaba hacer esto. Que me trae siempre buena suerte, desde hace cinco o seis años que lo hago. Si no fuese que por la distracción de algunas horas, y luego verme en el espejo, durante algunos días, con un halo más cálido alrededor de mi frente, que me da, no sé, una extravagante sugestión de alegría.

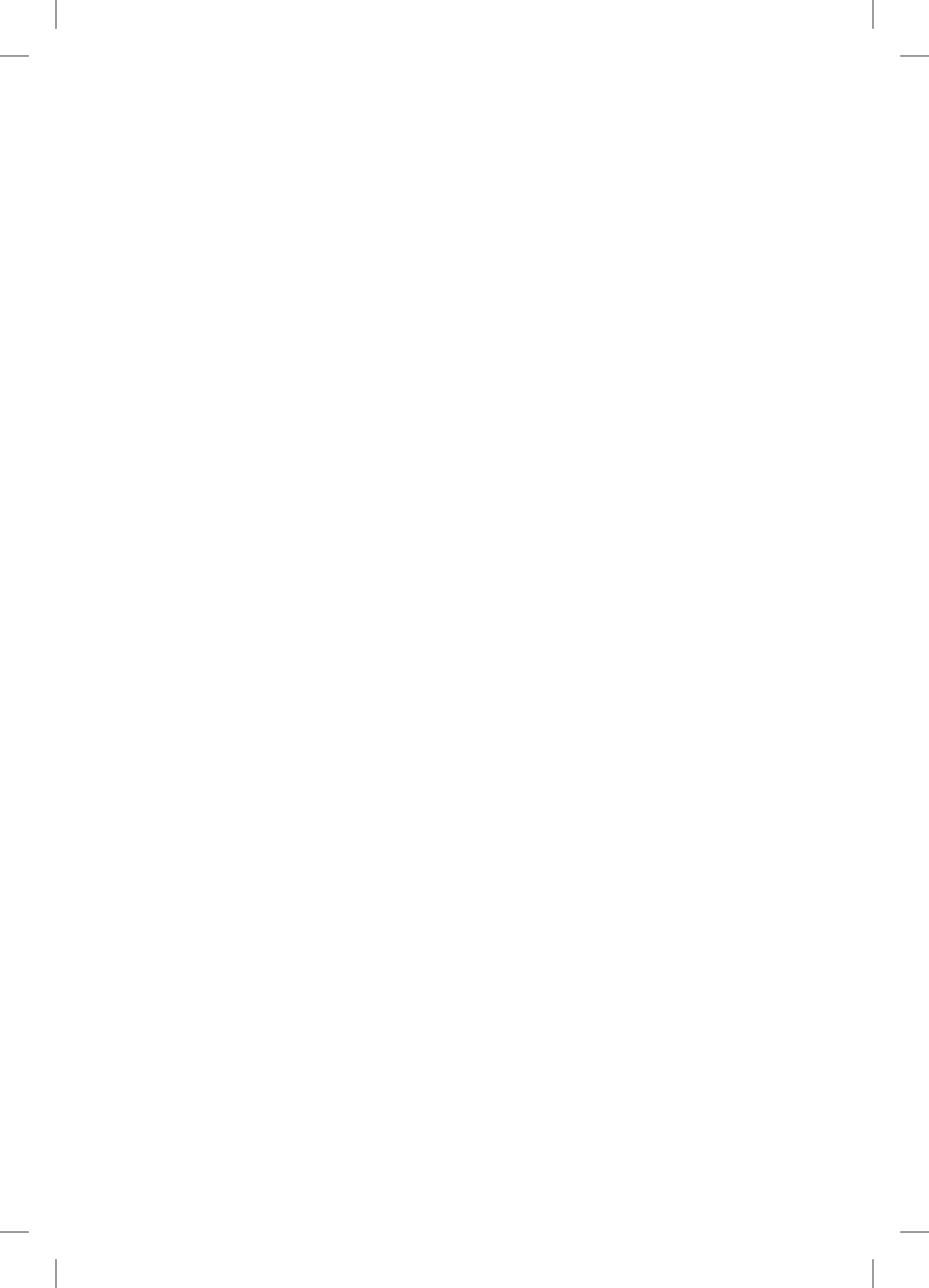
Al principio, estuve dudando. Tardé en persuadirme a mí misma de que este toque de oro en mis cabellos, que de castaño claro empezaban a entristecerse porque las sienas aparecían canas, representaba un engaño inocente, por el que todo el mundo acabaría dándome las gracias. Para que esta inocencia fuera más auténtica aún, pensé dejar en medio del rubio el mechón blanquísimo, que en cambio enfatiza este engaño. ¡Bah!

Si tu vieras lo divertida que soy durante la que, en la jerga de los peluqueros, llaman «aplicación». Después de haber decolorado el mechón con el oxígeno, el buen Attilio, con seriedad sacerdotal, llega con un pucherito humeante y «aplica» en mis

sienes el emplasto de henna, muy caliente, con largas y nerviosas pinceladas de maestro. Durante siete u ocho minutos, mi cabeza está lisa y negra, salvo mi mechón enrollado en papel cebolla y algodón. Muy divertida. Luego el agua se lleva todo el emplasto y los cabellos sorprendentemente se vuelven luminosos. Hoy, por alguna pequeña distracción en la dosis, después del lavado aparecieron rojizos, parecía que llevaba una peluca de *clown*. Hemos tenido que repetir en parte la operación, ¡pobre cutis!

Me ha quedado un matiz rojizo que Attilio dice se irá en dos o tres días.

¿Tú, llegarás antes?



8 de agosto

Me deleitan estos días y sus noches, llenas por completo de mi espera. Son hermosas, regidas por un ritmo altivo y suave, en el que se disuelve la inquietud, se disuelve la angustia y el deseo se nutre de apasionada fe. Estas son de las más hermosas que he vivido.

Tan alejada del mundo, en este cuartucho suspendido más arriba del verde, mientras abajo el hotel hormiguea de americanos en caravana. En la ciudad desierta no hay ningún amigo. Salgo hacia el mediodía a comprar dos huevos en la *crémèrie*⁴⁵ más cercana, luego compro al frutero dos melocotones, dos naranjas, que constituyen mi cena. Vuelvo a casa con el cucurucho, el *lifter*⁴⁶ se agacha, me sube de nuevo, otra vez aquí estoy, ante los pinos y el cielo.

¿Es tan grande la diferencia entre tu vida y la mía, en estos días?

Lo que me resulta más difícil de soportar es no saber lo que haces tú realmente, lo que tú piensas y sientes.

Esto te lo escribía ya desde Salso, me parece. Sin saber nada de ti, intento al menos acercarme a aquella forma de vida que me dijiste que sería la tuya, lejos de aquí; una concentración espiritual sin las fuerzas de las que tu dispones, de las que te hiciste dueño, sin tu ciencia oculta y sin ningún rito ni ningún filtro mágico, como una profana.

Pero el sentimiento de pureza y el de libertad deben ser parecidos a los que experimentas tú, en tu aislamiento, como quiero imaginarlo.

¿Y también el móvil (si se puede hablar de móvil tratándose de inmovilidad, y, perdona el *calembour* ¡lo uso tan raramente!) no es tal vez igual para ambos?

¿No es por amor —amor cósmico— por lo que quieres descubrir el rostro de los Dioses?

45 'Lechería'. En francés en el original. (N. de la T.)

46 'Mozo'. En inglés en el original. (N. de la T.)

Te has propuesto esta disciplina de silencio, este ejercicio de tus más secretas potencias, esta temeraria escalada hacia la luz invisible, porque crees que nuestra humanidad es digna de afinarse, de ascender, de hacerse ella misma divina, mañana o dentro de unos milenios, no importa, el tiempo no existe.

Y tu juventud y los claros días de verano y la fiesta de aquellos que podrían ser nuestros besos; todo lo donas por amor hacia tu idea.

¿No se trata de la misma aniquilación que me pides a mí?

¿Y, a través de tu imagen, no amo yo acaso aquello que te hace vibrar y hace que te expandas?

Más hermosa que cualquier otra que mis ojos hayan mirado y ahora lejana, escondida (no me has dejado ninguna imagen tuya).

Hermosa imagen de gracia, de nobleza y de gloria.

Anticipación radiante de la especie que poblará la tierra, ¿dentro de cuántos milenios?

No importa, el tiempo no existe.

El mismo éxtasis nos posee, desde lejos. El mismo vértigo. Y largas pausas, casi vacías de pensamientos, dulces extravíos de la certidumbre de estar vivos.

Sopla sobre nuestras cabezas un viento caliente, el siroco imperial.

¿Veremos esta noche el cielo rayado de estrellas fugaces?

¿Qué prados nos esperan, verdes, tupidos, coloreados de gencianas, para ahondar en ellos nuestros rostros?

¿En qué arroyos o ríos o lagos invocarás para mí, como prometiste, el espíritu de las aguas?

Me desvelarás los arcanos que ahora estás penetrando.

Volverás con las manos llenas de las respuestas más maravillosas ante los porque más audaces.

¿Por qué se ama? ¿Por qué se llora? ¿Por qué se canta?

Pero yo no querré escuchar.

Me recogeré en tu pecho y tú me dirás: «¿Qué pequeña te vuelves!» y con tu boca sellarás en la mía todos los secretos, todas las músicas.

Tarde. ¿Y después...?

Me lo preguntabas tú, las primeras veces que nos besamos.

«¿Y después?...». Y tras un silencio, seguías: «Dentro de dos, tres meses me olvidarás por otro...».

Cuando vuelvas —¿cuándo? ¿cuándo?— y hayamos celebrado nuestro reencuentro, ¿qué sucederá después?

¿Sabremos pertenecernos? ¿Podremos? ¿Durante un largo tiempo, dignamente?

¿O tú tendrás que partir de nuevo, empujado por tu destino?

Hablabas de la posibilidad de un viaje transoceánico, para el próximo año...

En este momento en el cielo de Roma, el viento, que ya no es el siroco sino un viento fresco, casi otoñal, transporta, de forma temeraria, una flota de cirros rubios. ¡Poder sacar de ellos un horóscopo dichoso!

¡Tengo sed de alegría, de alegría, hermoso!

Tú no puedes saber, a pesar de todos tus poderes de adivino, cuánta alegría me ha faltado en la vida, y tampoco puedes saber, jovencito, qué valiosa me resulta, yo que he conquistado tan duramente otros bienes, bienes que yo juzgaba mayores: la libertad, la certidumbre de un poco de gloria para el futuro, ¿qué más...?

«La vida es algo más grande que la felicidad», le hace decir un poeta, G.B. Shaw, a un personaje suyo, muy joven.

Y bien, yo también lo he creído y sigo creyéndolo.

Pero sin embargo, sin embargo, ¡si en mi noche se encendiera una hoguera!

¿Encuentras farisaica mi oración?

¡Una gran hoguera crepitante de alegría!

¿Por qué si no conservaría una fuerza de juventud tan irrefutable?

¿Por qué si no te he encontrado, Luciano, dispensador de sueños?

Ayer por la noche, antes de quedarme dormida, en la oscuridad, evoque tu rostro, tu figura de forma nítida, como nunca

me había pasado hasta ahora. Toda una serie de instantáneas, casi como en una pantalla; tu sonrisa, tu manera de agachar y volver a levantar el cuello y la frente, la línea perfecta del hombro a la cadera y la mirada, tu mirada enamorada...

Enamorado de mí te vi, ¡tú que resistes, lejos de mí!

¿Cuándo vuelves? ¿Me avisarás en los sueños o volverás a aparecer de repente y el corazón me dolerá?

¿Y después, y después?

Me acaba de llamar Tellegra, se ha enterado de que estoy aquí, me ha preguntado si me puede visitar esta noche.

¿Osaré preguntarle si sabe algo de ti?

9 de agosto

En esmoquin y con el monóculo, ayer por la noche, vino a verme Tellegra.

Me esperaba abajo en uno de los salones. Los americanos en caravana acababan de salir, porque el aire era irrespirable, denso de humo.

Cada vez que nos vemos, inesperadamente o no, Tellegra, a pesar de ser muy hábil a la hora de dominarse, no logra conseguir que su cara no se contraiga, por un instante.

Después, su pequeña superficie oval, vuelve a ser de esmalte.

Ayer por la noche, sus ojos dejaban transparentar que me encontraba «en forma».

Apoyaba su mirada, sin que se notara, ahora en mi frente, luego en mis brazos desnudos, después en mi figura adelgazada.

Yo sonreía, desenvuelta, y por mi parte le miraba a hurtadillas. Él también era bastante à son avantage⁴⁷. Hay que reconocer que el monstruo moderno que él es lleva perfectamente la máscara del fante mundano. Monstruo de la especie de las serpientes. Pero su veneno no es letal. Sentía, no sé yo qué complacencia —por lo demás ociosa— en testimoniarle, una vez más, con mi aspecto, que ya estaba sanada, en comparación con los morbosos días del verano pasado, que él también, en silencio, recordaba.

Yo testimoniaba, no ostentaba. Probablemente era en aquella absoluta sencillez mía, en aquella genuina distinción, donde él leía mi revancha definitiva.

Me pareció, en un momento concreto, que sentía por ello una especie de punzada —pero a lo mejor me equivoqué—.

De todas maneras, este asunto me dejó indiferente.

Hablábamos con suave elegancia de viajes, trabajos, relaciones sociales. Su libro saldrá en otoño. El mío está casi termi-

47 En el original en francés. Esta expresión puede traducirse de dos formas: 'Estar en una posición de superioridad' o 'aparecer favorecido'. En este contexto más bien parece referirse a que, al igual que Sibilla, Tellegra estaba «en forma». (N. de la T.)

nado. Se han batido en un duelo el escritor A. y el crítico B. El primero está en Austria, la segunda está en Capri.

«¿Y Piera Vasco, sigue en Karersee?».

«Eso creo. Me escribió hace algunas semanas, aún no le contesté».

Mientras yo decía esto, me miró a los ojos; pero yo estaba más sonriente y clara que nunca. En realidad pensaba si soltarle o no esta otra pregunta; la única que me importara: «¿Se encuentra en Roma su amigo Luciano...?».

Pero, de repente, él pronunció estas frases incoherentes:

«¿Será de nuevo autobiográfico su nuevo libro? ¿Contendrá un informe de sus últimos sucesos?». Y tras un segundo de silencio: «¿Ya se le pasó la *dernière griserie*⁴⁸?».

Creo no haberme sobresaltado. Pero interiormente esto me afectó.

Tal vez Tellegra no pensaba en absoluto en ti. Tal vez no sepa nada de nada. E intentaba simplemente adivinar. O la Vasco le dijo, en primavera, que yo estaba consolándome con alguna misteriosa aventura. Pero ni el uno ni el otro, si tú no has hablado, pueden imaginar la verdad.

Tellegra nos ha visto juntos solo una vez, en el Augusteo.

Sin embargo, aquella palabra, *griserie*, lanzada así, inesperadamente, creí que se referiría justo a mi amor por ti... En un instante pensé en las cosas más absurdas; que tú habías hablado, justamente, con él, y con ella; que os habíais divertido con mi ingenuidad a la espera de verme *dégrisée*⁴⁹...

Perdóname.

Perdóname. He sido castigada. Estuve mal toda la velada y toda la noche. Aún me siento como apaleada.

Pero he escondido, he fingido —algunas veces, raramente, lo consigo— y Tellegra no supo divisar el efecto de sus palabras.

«No entiendo a qué se refiere».

«*Pardon*, tal vez tuvo muchas al mismo tiempo...».

48 'Última borrachera' pero también, en sentido figurado, 'última exaltación (sentimental)'. En francés en el original. Puede que aquí el hombre se refiera al amor que Sibilla sentía hacia él. (N. de la T.)

49 'Que ya se le pasó la borrachera' pero también, en sentido figurado, la 'exaltación'. En francés en el original. (N. de la T.)

«Tal vez. ¿De todos modos, usted, con su magia, tiene que saberlo todo al igual que yo, no?».

Una leve mueca, y cambió de tema.

(A no ser que hubiera querido decir si se me había pasado realmente la pasión por él... ¡Es posible!).

Después de un rato salimos y fuimos al Café de Villa Borghese. Había música napolitana por un lado y *jazz-band* por el otro. Hace un año también, una noche, estábamos juntos, él y yo, casi en la misma mesa... Algo menos orgulloso esta vez, el marqués Tellegra. Un poco (un poco) más consciente del hecho de que yo existo y de que los demás existen, independientemente de él, el autárquico. Sin embargo, el rostro de esmalte no traiciona, como no traicionaba un año atrás.

A la salida de la Villa me pidió que camináramos un poco más por la calle desierta que ladea las puertas. El año pasado fui yo quien le rogué que hiciéramos lo mismo, y no quiso.

«Caminemos», le contesté. Y de repente, en una mancha de sombra, me aferró de un brazo, puso su mano en mi nuca e insinuó sus largos dedos en mis cabellos aterciopelados.

Los cabellos que me corté porque a él no le gustaban largos.

Me alejé. Pero entonces me aferró las muñecas y abalanzó todo su cuerpo contra el mío, intentando besarme.

Lucha silenciosa contra el tronco oscuro de un árbol y, en lo alto, entre el follaje, algunas estrellas fantaseaban.

Le mordí las manos, me sentía transformada en pantera, sin odio, alegre, conseguí desvincularme, victoriosa.

«Es usted fuerte. No la creía tan fuerte», murmuró.

Me acompañó de nuevo hasta el umbral del hotel. Me dará aquella novela, *Golem*, de la que tú me hablaste. Me llamará para saber si me quedo o si me voy de nuevo. La noche le engulló otra vez.

Su conquista de insensibilidad es comparable a la de los fumadores de opio.

«Nous devenons des pieds à la tête un mensonge. Nous nous momifions», leía justo ayer en un pequeño volumen de Jean

Cocteau. «L'opium escamote les souffrances. Mais elles attendent en cachette». Y describiendo el proceso de desintoxicación: «On devine le désarroi des veines et de l'âme retrouvant toutes neuves ces souffrances mises au garage depuis une année...»⁵⁰.

¡Ojalá que tú nunca te parezcas a él! ¡Qué te libres de la maldición que está en él! ¡Qué tú me repitas que en mi bondad está mi fuerza, en mi potencia de amor, mi gloria...!

¡Te llamé durante toda la noche!

50 «Nos volvemos de pie a cabeza una mentira. Nos momificamos». «El opio esconde los sufrimientos pero estos esperan en su escondrijo». «Se intuye el desasosiego de las venas y del alma al volver a encontrar, completamente nuevos, los sufrimientos aparcados desde hace un año...». La traducción es mía. (*N. de la T.*)

10 de agosto

La semana pasada vendí setenta liras en libros.

Ayer recibí uno de mi traductor francés con esta dedicatoria: «à S.A. soeur tragique de Rousseau et de Varlaine»⁵¹.

Ayer por la noche me quedaban exactamente cinco liras; llevaba dos días en ayunas, en un estado de levedad y casi de alegría, silenciosa, cuando un viejo amigo me llamó diciéndome que estaba por aquí por pocas horas y que me invitaba a comer con otra gente en el Pincio.

Luces, elegancias, conversaciones vivaces.

A la vuelta, alejándonos un poco de los demás, mi amigo se informó acerca de mi situación.

La noche estival, con su avenida frondosa y perfumada, se extendía sobre Roma con vasto y quieto respiro.

Amigo de ayer y de siempre, el querido Emirico, me ha enviado esta mañana un billete de mil, con algunas palabras de ánimo y un frasco de esencia de rosas, de Coty.

Amigo fraterno, nunca me besó ni siquiera la punta de los dedos. En Milán, en Nápoles y aquí, ya no sé cuántas veces, en encuentros inesperados, adivinó siempre antes de que yo hablara, y siempre me ha estado ayudando, así, con delicadeza infinita, casi ruborizándose, casi pidiendo perdón.

Dos nombres, yo pronuncio, en voz baja, solo para mí, cada vez que tengo la tentación de dudar sobre la bondad humana y sobre la posibilidad de una sincera amistad entre un hombre y una mujer; el suyo, Emirico, y el de otro, igualmente fraterno y magnánimo, Renato. Renato, de muy modesta condición, que años atrás me obligó a aceptar una suma considerable que representaba todos sus ahorros.

Por lo que atañe la acción sagaz de la suerte en los momentos extremos, me he acordado justo ahora de la historieta americana del renacuajo optimista, que me contó el invierno pasado la querida marquesa Martina de A.

⁵¹ «Para S.A., trágica hermana de Rousseau y de Verlaine». La traducción es mía. (*N. de la T.*)

Los renacuajos eran dos y cayeron juntos en un vaso de leche. El que era de temperamento pesimista se sintió perdido y enseguida se ahogó. El otro, chapoteó, se agitó, se agitó durante mucho tiempo, no quería morir, no quería ser vencido, aunque se sentía agotado; ya casi estaba él también a punto de abandonarse, cuando, ¡oh, milagro!, encontró debajo de sus branquias algo sólido, como una isla que de repente había emergido...

Gracias a aquel gran meneo, la leche se había transformado en mantequilla y el renacuajo se salvó.

¡Ríete! Mago, quiero verte reír.

11 de agosto

Sí, sí, te acepto, te *asumo* como eres, más sabio que yo, sí, los años no cuentan, vidente, pero, ya que algo de mí te atrajo, ya que te importo profundamente aunque no me lo digas, tú también, a tu vez, ¡tendrás que asumirme, con todo lo que es más *mío*! Y es la voluntad de llevar el amor hasta la cima de la perfección milagrosa, pero sin hacer de este una abstracción, sino manteniéndolo vivo con toda nuestra sangre, ¿entiendes? Como algunos de nuestros besos, cuando sellaban instantes de comprensión, de contacto espiritual, yo quiero, quiero que el abrazo también exprese el absoluto de la alegría de amarnos, exaltándonos y extasiándonos, haciendo que nuestra carne sea un himno y tal vez una luz, ¿entiendes?

La unión física, la fusión de los cuerpos, no es, desde luego, la expresión suprema del amor, pero es una confirmación esencial de este; tan distinto es lo que se produce en nuestras venas en el acto sexual cuando se ama de lo que se produce cuando no se ama; alegría en el primer caso, solamente placer en el segundo.

Placer hasta violento, vertiginoso. Sin embargo, la alegría, la alegría, ¡qué cosa más divina, incomparable! El espíritu, no sumergido, no oscurecido, ventila su frescura en el ardor de la sangre; está presente, es testigo en las nupcias, exulta y crea la prodigiosa coexistencia de la voluptuosidad y del éxtasis. Quien conoce solo el placer no puede imaginar lo que es la alegría. Tal tenía que ser la desgracia de el que, el primero, proclamó la oscura tristeza de la carne después de la unión. El amor excluye la libido. Los amantes, hasta en los abandonos más lujuriosos, sienten una suavidad redentora. Por lo tanto, si tú me dices que no sientes, al igual que yo, el punzante deseo de llegar a una total y recíproca posesión de los cuerpos, si me dices que esto cobra para ti una importancia menor de la que posee una música o un perfume, yo te contesto, con lúcida vehemencia, que te equivocas, ¡perdóname! Tú eres sabio, pero yo soy Sibilla, y sé, sé

que no me engaño, que no en vano te prometo a ti y a mí misma transfigurar la materia, siempre y cuando tú no te substraigas y entiendas y te abandones como yo me abandoné y concedas al acto sexual toda la potencia límpida que otorgas a los demás actos creativos.

Tenemos que llegar a dejar de distinguirlos, en la que es la escala infinita de las maneras de efusión y sentirlos necesarios, todos, todos hermosos, todos sagrados, desde la mirada hasta el extravío de la vista y de cualquier otro sentido, desde la lágrima silenciosa al grito, desde la carta al apretón furioso.

Si nos amamos, cualquier forma en que se exprese nuestro amor, será el vibrante producto de un hechizo, ¿no lo sientes? ¿Cómo puedes temer que no sea así?

No tenemos que excluir ninguna de aquellas, justo como si se tratara de pruebas de fuego. En cada llama reconoceremos nuestra esencia divina y la de nuestro encuentro.

Me dijiste que por lo general, las relaciones físicas con las mujeres te alejan de ellas aún más...

¡Pero yo quiero que nuestro amor sea más fuerte que tu «norma»! Yo no tengo miedo. Estoy segura de que venceremos. Durante toda la vida he tenido fe en la futura purificación de los sentidos por medio de la llegada al mundo de una pareja perfecta.

Tú también, por otra parte, una vez admitiste que llegaríamos al triunfo, cuando haya acontecido la compenetración espiritual, superada toda antítesis... ¡Recíbeme!

12 de agosto

Siento que se acerca no sé qué acontecimiento, hoy, mañana...

¿O el deseo me engaña?

Hace dos noches soñé con grandes cestas llenas de fruta.

¿Abundancia? ¿Alegría? Ayer, la hoz de la luna nueva me apareció en el cielo muy claro, como un emblema festivo.

Me muevo prudente, atenta... tal vez tu paso resuene a lo lejos, tal vez se acerque...

¿Y si mañana no llegas, te manifestarás ante mí al menos de alguna forma?

¡Saber, saber dónde estás!

Siempre allá abajo, con las manos cruzadas debajo de tu cabeza, tumbado en la hamaca que yo te di. O erguido en el puente de vapor. O en la cabina del aeroplano. Saber qué visiones te han agrandado los ojos, qué estigmas llevas, incurables o que yo podré borrar con mis caricias, lentamente, lentamente.

¡Te quiero, te quiero!

Luciano, Luciano mío. ¿Comprenderás cuál ha sido mi fe en todo este tiempo? ¿Tendré un premio en una de tus sonrisas que temblará dulcemente como una de estas lágrimas mías entre las pestañas?

Tarde. ¿Es grande el mundo? ¿Existe el tiempo? ¿Qué parte mínima de la realidad se refleja en mi consciencia? ¿Qué parte de la realidad cósmica?

¿Entre el pequeño espacio que mi cuerpo ocupa y aquel otro inconmensurable que mi espíritu obtiene, tal vez exista la misma ecuación que hay entre la tierra y el universo?

¿Y esta espantosa potencia de pensamientos que hay en mí, qué es, qué es?

¡Lo contiene todo! La memoria del firmamento y la idea de los abismos infernales, toda riqueza y toda indignancia, talento,

idiotez, los contrastes más vertiginosos, relámpagos de deidad y luego dolor, dolor...

¿Mi sustancia, con cuántas muertes engrandeció? ¿A cuántas vidas alimentó?

Se han vislumbrado sonrisas en mi rostro y a lo mejor en este instante iluminan unas almas que no conozco o que ya no recuerdo; almas de hombres, países, plantas...

Siento en el ritmo de mis sienes la respiración de las mareas que jamás veré.

¿Soy mujer o elemento etéreo? ¿Música o piedra?

Un hijo tuve de mis entrañas y está más lejos de mí que la hoz de la luna que, ayer por la noche, me prometió beatitud...

¿Distancias, distancias o ilusiones?

¿Y tú, crees que eres solamente tú, el único al que mi mente se vuelve?

Media hora después. ¡Tú!

Aún tenía el lápiz en la mano cuando vinieron a decirme que me esperabas, al teléfono.

¡Tú, tu voz!

¿No escribí esta mañana que sentía que algo pasaría?

¿Pues mi instinto es infalible, siempre?

Estás vivo, estás aquí.

Por esto, esta mañana mis ojos estaban húmedos de llanto.

El timbre de tu voz está resquebrajado...

Y hasta mañana no nos veremos...

Y tal vez junto con la gran alegría habrá inquietud, todavía...

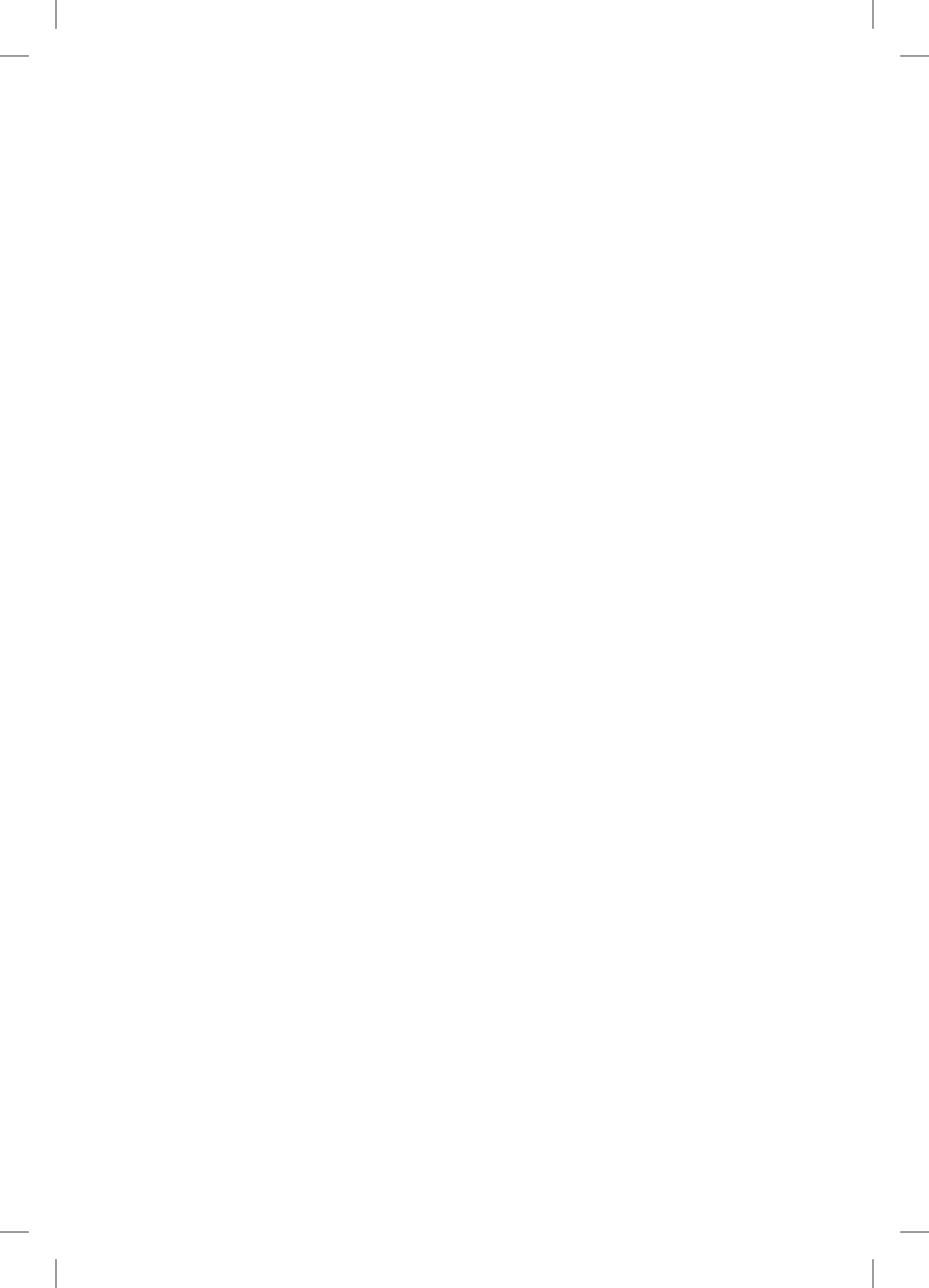
Pero hay un milagro en tu regreso, hoy.

Y desde mañana quiero ser yo, amor, quien te envuelva de gracia.

Desde mañana, irrumpiendo del sueño, comenzará nuestra vida. Todas las palabras que he escrito para ti hasta el día de hoy no son nada en comparación con la mirada que apoyaré sobre ti, con la caricia que le haré a tus cabellos, con la frente que te ofreceré para que tú la beses...

No en vano esperé, en pureza, en dedicación absoluta...

Has vuelto, estás aquí, ahora podré estar callada, escucharte; estás vivo, el misterio no te ha destruido, mi Luciano, el misterio te manda de nuevo a mí, quiere que tú seas amado por mí. Quiere, con más fuerza aún, quizá, que tú me ames, que a tu vez tú te entregues, en un gran cántico de ternura y de agradecimiento, que tú, ardiendo, te entregues, a mí.



14 de agosto

He abierto de par en par la ventana sin llamar, como de costumbre, a la camarera.

Es temprano; una frescura, una claridad deliciosa. Abajo, en la calle, he visto pasar a un niño corriendo. ¿Símbolo de la vida que huye? Esta mañana cumplo años. Pero ayer tú me dijiste que venzo la fatalidad.

Es temprano, tengo aquí un racimo de uvas, me lo como, grano a grano, está algo ácido.

¿Me traerás hoy el trocito de pan que hacías con tus manos, allá abajo, en la torre?

Tus queridas manos, pero ayer una estaba vendada.

Me has contado todo enseguida. Tu relato nos ha ayudado a superar la incomodidad de encontrarnos de nuevo en un salón del hotel, ¿verdad?

¡Qué formales fuimos después, a pesar de que el salón estaba desierto!

Sentados uno en frente del otro, nos miramos con ojos graves y a la vez risueños.

«¿He cambiado? Toqué reinos subterráneos. Pero tuve también días muy bonitos. Te contaré. Te contaré».

Me preguntaste cómo estuve durante todo este tiempo, qué había hecho.

«Pensé en ti, te esperé... y ahora estoy tan contenta de tenerte ante mí que no sé nada más, no recuerdo nada».

«Así, bien», has asentido con uno de esos destellos de silencioso amor de tus ojos, que valen por todas las cosas que no me dices.

Mi alegría creció aún más. Límpida, leve, casi impalpable, ¿verdad?

¡Pero inmensa! Tu continuaste mirándome, grave y risueño.

Quizá yo resplandecía, tu divina juventud reflejada en mí, mientras sobre ti reinaba la corona de mis años apasionados. Me

sentí verdaderamente bendita, purificada de infinitas tristezas, de todo mal, mío y ajeno, de toda culpa, como el peregrino que, por la noche, vislumbra en el cielo la blanca flor de Espero. Prodigio, perennidad de luz.

«Te quiero».

«Yo también».

Nada más.

Todo instinto salvaje, toda violencia de deseo y también toda soberbia de pensamientos naufragaban ante aquella simple pero infinita y perfecta afirmación del amor. Y no nos besamos, no nos prometimos nada, no sabemos qué horas nos esperan, cercanas, remotas, qué encantos y delirios, afanes y ascesis otra vez, no sabemos.

Como en un vuelo, leves, raptados, más allá de la vida, más allá de la muerte, vimos, yo en ti, tú en mí, el rostro aureolado de la felicidad.

AGRADECIMIENTOS:

a Mercedes Arriaga Flórez por haberme ofrecido la gran posibilidad de dar a conocer esta novela de Sibilla en España, publicando mi libro en su editorial;

a Elisa Martínez Garrido, maestra y amiga, por haberme acercado a la literatura de las mujeres y por haber dirigido mi trabajo durante todos estos años con su gran inteligencia y sabiduría, creyendo en mí en todo momento;

a la "Fondazione Istituto Gramsci" de Roma y a Arianna Pizzi, por su disponibilidad y por haberme dejado utilizar la imagen de Sibilla para la cubierta del libro;

a mi querida alumna y amiga Gema Fouz que me ha ayudado en la última revisión del libro; su apoyo ha sido valioso;

a Elena Carchenilla Wolff, por su inesperada y muy apreciada generosidad en quererme ayudar con el formato del libro, cuando ya no me quedaban ni ojos;

a mi gran amigo Filippo Bruschi, por sus sugerencias acerca de las tomas de decisión sobre la traducción de las partes del texto en francés;

a mi querido amigo, el fotógrafo Carlos Vacas, por la foto de la contraportada y por haberme sacado "guapa";

a mi hermano, el poeta Emilio Zucchi y a su esposa, Paola Barla, por las brillantes conversaciones literarias, los valiosos consejos recibidos y por las lecturas compartidas. Y también por haberme regalado textos muy difíciles de encontrar y que han sido fundamentales para mi trabajo;

a Daniel, mi marido, por estar siempre a mi lado y por haberme apoyado y animado con fuerza y con amor, día tras día; sin él este libro no hubiese podido salir jamás;

a mis maravillosos niños, Nicolás y Pascal, por sus miradas, por sus sonrisas y por su inmensa felicidad;

a los abuelos Maricarmen y Jesús que han estado a mi lado con gran generosidad y cariño, regalándome la posibilidad de concentrarme y dedicarme a mis estudios durante un verano entero;

a mis amados padres, Carlo y Antonina, por ser lo que soy; una persona feliz, y por haberme enseñado a observar el mundo con curiosidad y amor y a percibir la belleza cuando la hay;

a mi hermano Alessandro por haberme enseñado el canto que hace que la vida sea mucho más divertida y creativa. Y Sibilla nos lo recuerda a menudo;

a mi querida amiga Lucía Antebi, por las largas conversaciones sobre Sibilla y por los silencios compartidos en la biblioteca pero, sobre todo, por entender siempre mi trabajo, también en los momentos de desasosiego e incertidumbre;

y finalmente a todas las Mujeres importantes de mi vida por haberme regalado la mejor parte de sí y por acompañarme siempre, no solo en los momentos de alegría sino también en los 'oscuros; en aquellos donde la 'densidad' abruma el corazón y los pensamientos.

